



Nicomedes Pastor Díaz

Italia y Roma: Roma sin el Papa

INDICE

- Prólogo, por el Excmo. Sr. Marqués de Molins.
- ITALIA.
- I Introducción.
- II Cuestión de actualidad.
- III Planteamiento de la cuestión.
- IV Causas de los obstáculos, su fecha y si aún permanecen.
- V Deberes de la Italia.
- VI Independencia de Italia.- Lo que fue.- Lo que puede ser.
- VII Idea y naturaleza del Imperio: su perpetuidad.- Soberanía de Roma. -El Papa depositario del Imperio.
- VIII Análisis de la independencia de Italia en estos siglos.
- IX El Pontífice y el Santo Imperio.
- X Fraccionamiento: espíritu conquistador.- Testimonio del Dante.- Independencia de la Italia de los siglos XIII, XIV y XV.
- XI Autonomía italiana de Italia en el Imperio de Carlos V.
- XII Carlo Magno: Carlos V: Luis XIV: La revolución francesa: Napoleón.

XIIICuestión de hoy: Pleito de siglos.
XIVUnidad.- La unidad de Roma, y aun la unidad de Italia, es la unidad del mundo.- Ley providencial.
XVDe la constitución de las nacionalidades europeas.- Por qué no ha lugar en Italia.
XVIUnidad del Imperio moderno de Occidente: Carlo Magno: Carlos V: Napoleón.
ROMA SIN EL PAPA. LO QUE FUE.- LO QUE PUEDE SER.
PRELIMINARES.
IObligaciones que impone la Historia: síntesis de la de Roma.
IIUnidad religiosa: sin límites en el tiempo ni en el espacio.
IIICómo rebajan a Italia y a Roma los que hoy aspiran a realizarlas.- Nuestro propósito: el Pontificado independiente en una Italia independiente.
IVUrbs y civitas en la Roma antigua: Roma imperial.
VErradas apreciaciones históricas.- La verdad.
VIUnidad del Imperio, aún dividido.- Aversión al fraccionamiento.
VIIRoma del Santo Imperio.
VIIPersonificación de Roma, muertos el Senado y el Imperio.
IXRefutación, como de pasada, de Voltaire y los volterianos.
XVida italiana de Italia en el Santo Imperio.- Autonomía especial.
XIIInfluencia y poder de Italia: parangón y piedra de toque:
-Demostración histórica.
XIIIEl Pontificado es indiscutible, porque es incuestionable.- No es italiano ni aun europeo porque es católico.
XIIIIGrandeza verdadera de Roma.- Orígenes y fecha del poder temporal del Pontificado.
XIVRoma pontificia hasta 1852.- Unidad moral, la unidad católica: urbi et orbi.
XVLa Iglesia, regeneradora del mundo: fuente del derecho: madre de las ciencias y las artes.- Las tres coronas del Pontífice.
XVIEl Papa en Aviñón: Roma deja de ser Pontificia: Italia de ser soberana: Alemania de ser imperial.
XVIIEspíritu pagano.- Materialismo anónimo.- Rivalidad política.- Apoyo que dan a la herejía de la reforma.
XVIIIObra de Carlos V.- Arietes para derribarla.- Nueva Cartago resucita contra Roma.
XIXInglaterra.- Su máquina de guerra.- Mezquina política y diplomacia de más de dos siglos.
XXLa hora del escarmiento.- Conducta gloriosa del Pontificado desde que ésta sonó.
XXIConfianza del Papa en Dios y en su misión divina.- Quién pierde más.
XXIIProblema actual.- Datos.
XXIIIDivorcio entre la religión y la libertad.- Napoleón, italiano.- Yerro de Napoleón.- Error de Italia.
XXIVLa Italia de Napoleón no es la Italia papal; es la Italia anti-papista.- Ilustres escritores italianos contemporáneos.- El Pontificado católico vale más que el de la revolución y el de la disidencia.

XXVCompromisos de las alianzas.- Solución de Pío IX: Roma independiente en medio de una Italia libre.- Encono del antipapismo protestante.

XXVIPlan protestante.- ¿Qué importa Venecia? -Lo que importa es decapitar al Catolicismo.

XXVIISin Venecia no hay unidad italiana.- Roma Pontificia defensora del mundo católico.

XXVIISolución.- Aspiraciones.- Posibilidades.- Lo permanente.- Lo necesario.- Lo accidental.- Lo transitorio.- Lo italiano.- Lo revolucionario.- Lo católico-religioso.- Lo católico-político.- Roma en estas condiciones.

XXIXQuerer y no querer.- ¿Por qué no derriban los ingleses su catedral de San Pablo? -Las lágrimas de Melancton y la gran carcajada de Carlo Magno.

XXXGuardad en Roma al Papa, italianos.

XXXIEl Papa en Jerusalén.- Querer engendrar la vida en los brazos de la muerte.

Prólogo

Muchas veces los escritores ascéticos han comparado al enfermo próximo a la muerte, con una plaza sitiada por invencible y cruel enemigo, pronto ya a apoderarse de ella. Caen por todas partes los embestidos baluartes, el combate no cesa, la lucha, por desesperada no es menos cruel, los asaltos se alcanzan unos a otros; ninguna esperanza hay de exterior socorro, y en lo interior todo es llanto, desolación y ruinas.

Nadie mejor que los que asistíamos en sus últimos tiempos a D. Nicomedes-Pastor Díaz, pudimos juzgar de la exactitud de esta pintura: uno tras otro se lastimaban y paralizaban sus miembros; el dolor siempre vivía permanente; ninguna esperanza en los exteriores auxilios de la ciencia, y las noches sin sueño, y los días sin alivio, y las angustias de la agonía a cada momento; el alma sola velaba, acongojada, pero firme.

Pues bien: si en aquel conflicto al mísero defensor se le ofreciese lugar seguro en que poner a salvo cuanto quisiera; de cierto que en tal sitio encerrara no solo su caudal y alhajas, sino los primores del arte, los escritos importantes, los títulos de propiedad, y más que nada, las prendas de su puro amor y los venerados objetos de su culto.

Arrasada luego la ciudad, pasados a cuchillo sus moradores, ¡feliz quien entre las cenizas encontrara el escondido tesoro! que fácilmente formaría idea cabal del modo de ser y de sentir de quien lo ocultó, de sus creencias y de sus afectos.

Así aprecio yo el escrito que hoy sale a luz, y que con buen acuerdo coloca en el primer lugar entre las obras de Pastor Díaz su celoso compilador. El insigne varón, no sólo aquejado por tenaz y dolorosísima enfermedad, sino desengañado del mundo, y cierto de su próximo fin, parece como que quiere poner a salvo en el sagrado de este libro todos los tesoros de su alma; su fe sólida, su razón ilustrada, su imaginación riquísima, la piedad de católico, las joyas de poeta, el caudal de

historiador, de filósofo, de estadista; cuanto heredó de la naturaleza, cuanto adquirió con el estudio; y aun no sé qué cuadros más vivos a la vez y misteriosos, iluminados casi con la luz de la eternidad.

El lector que atentamente recorra estas páginas, bien satisfecho puede estar de que conoce a Pastor Díaz, y de que le ha visto en el punto culminante de su elevación.

Pastor Díaz, que había nacido y crecido en un hogar católico; que mancebo había hecho sus estudios en las escuelas clásicas; que hombre de Estado había presidido en distintas épocas los Ministerios donde radican nuestros asuntos diplomáticos y los de nuestro único culto, de nuestra justicia y de nuestra instrucción pública; que como diplomático, en fin, había visitado y tratado de cerca las ciudades y los hombres de la Italia contemporánea, no podía menos de dar preferente atención al importante problema que, afectando al mundo y a la eternidad, se ventila en aquel reducido espacio, en plazo limitado, y con apremio grande.

Al estudio de ese grave asunto dedicó, pues, los mejores años de su vida; los mejores, porque aún vivían en su alma las flores de su primera juventud; y herido y roto y (permítaseme decirlo) triturado el cuerpo, desprendido por tanto de mezquinos intereses o de voluptuosas ligaduras, dejaba a su alma levantar el vuelo sobre los horizontes de la historia y de la filosofía; y ver, y medir, y dibujar clara y correctamente a Roma y a Italia; y adivinar y bosquejar en lontananza lo que puede ser la ciudad, que aspira al nombre de Eterna, si no la habita el Hombre o el Poder a quien está prometida infaliblemente la eternidad.

En dos partes, por tanto, dividió su trabajo: Italia y Roma se titula la primera; Roma sin Papa es el nombre de la segunda. En la primera parte, que es necesariamente retrospectiva, prueba que Roma es mayor que Italia, no sólo en su vida histórica, sino en su misión providencial; porque Italia fue provincia y Roma Estado, como que Italia es el país Che il mar circonda e gli Alpi, y Roma es el imperio que no tiene límites; porque Italia obedece la ley de su autonomía, y Roma guarda la ley de la civilización del mundo; porque en Italia, en fin, la libertad es parcial, la unidad es peninsular, la independencia es anti-austriaca; y para Roma, libertad quiere decir emancipación humana; unidad quiere decir sede universal; independencia quiere decir exención de todo poder. ¿Qué entiende Roma de libertad, pues es soberana? ¿Qué de unidad, pues es sola? ¿Qué de independencia, pues es señora?

Después que Pastor Díaz ha examinado en la primera parte de este escrito la primacía y la universalidad de Roma, como ley providencial incontrastable y como hecho histórico patente; después que ha descrito la carrera que por el cielo de Roma y del mundo han seguido César, y Carlo Magno, y Carlos V, y Napoleón, esos grandes planetas de la historia, justo es que recoja la vista, como aquel que concentra y fija la mirada para distinguir mejor una constelación nebulosa, y analizar la posibilidad de su existencia en el equilibrio del orbe, y medir su distancia, y calcular su curso; deja, pues, a Roma y a su imperio

La quale, e il quale (a voler dir lo vero)

Fur stabiliti per lo loco santo

U' siede il successor del maggior Piero,

y se fija en esta Roma, predestinada para Sede del Pontífice, según Dante, y en esa otra Roma sin Papa, que, cual cometa misterioso, o como estrella pasajera, columbran algunos.

«Italia sin Roma, me decía poco tiempo ha un hombre de Estado de la Gran Bretaña, es para mí como Inglaterra sin mar.» Y esta proposición, que se aventuraba quizá con objeto muy diverso, es la definición exacta de lo que sería Italia huérfana del Pontificado: quizá parezca poética la expresión; el sentido es matemáticamente exacto.

El mar que aísla a Inglaterra, no sólo es su defensa, sino su ser; hace inexpugnables sus costas, pero más aún hace universal su influencia.

Roma es la barca de Pedro, surta hoy en el Tíber como antes en Genesareth, pero rodeada del mar; del mar que durará hasta la consumación de los siglos; que se extiende por todo el ámbito del mundo, insondable, inmenso, el mar de la creencia católica, de la civilización cristiana. Ese mar trae a Italia, en encrespadas olas y recios huracanes, borrascas, tempestades, herejías, conquistas, guerras... pero lleva de Italia, y desde Italia a todo el mundo, el comercio salvador de la verdad, el santo influjo de la caridad evangélica.

Suprimid con la mente el Océano que baña las islas inglesas, y ni tendrán riqueza, ni influencia, ni existencia.

Suprimid a Roma con la barca de Pedro, anclada en el Vaticano, y con el mar de la cristiandad que la rodea; y entonces Italia, como las pirámides, se asentará en un mar de arena, y será olvidada y esclava.

Volviendo a la obra de Pastor Díaz, tengo una satisfacción en reconocer que en esta parte de la cuestión, en que parece que el autor había de ser arrastrado por su entusiasmo de católico o por su imaginación de poeta, es donde más gala hace de su razón de estadista y de su frío cálculo de político. Como si temiese acusaciones de parcial o de apasionado, se resigna un momento a ser utilitario; y dejando aparte la historia y la humanidad, que Roma sola comprendió y preside, se limita a ser italiano: y en tal concepto demuestra que la gloria, la conveniencia, la necesidad de Italia, su modo de ser y su medio de durar y de influir, dependen de Roma; de Roma, libre como en la antigua República, soberana como en el grande Imperio, independiente como en el Pontificado.

No se crea que, limitándose en la primera parte a generalidades elocuentes, y en esta segunda a abstractas combinaciones, no propone soluciones prácticas.- Pastor Díaz, hombre de fe y de inspiración, católico y poeta, volaba con sobrada elevación para que no extendiese mucho su mirada: por eso generaliza y hasta canta; pero Pastor Díaz, hombre de Estado y moribundo, se acercaba demasiado a la tierra, y tocaba hartó próxima la verdad material y la eterna, para que dejase su obra sin conclusión verdadera y práctica.

Cuál sea esta, la verá el lector.

Si es español y católico, gloriése de que su compatriota ha luchado por la misma causa, con las mismas armas y no con menos honra que los Dupanloup y los Mauning: si es italiano, quizá inscriba el nombre de nuestro Académico en el catálogo en que brillan Gioberti, Manzoni y Azeglio, defensores, no de una Iglesia libre en un Estado libre, sino de una Roma, de un Pontificado independiente, en medio de una Italia libre: una trinidad latina con su Primado italiano. Si el lector, en fin, no ha

nacido en ninguna de las dos Penínsulas latinas, pero como hombre, al cabo, admira el talento y busca la verdad, párese un poco, y verá cómo una mano trémula por la dolencia postrera, escribe trozos de sublime y enérgica elocuencia, y cómo ojos entornados ya por el sueño de la muerte, penetran avizores a sondear los abismos del porvenir.

Ocasión fuera ésta de copiar trozos que justificaran semejante juicio: alguno, además, como si fuese iluminado por luz superior, presentaría anunciados y previstos, años hace, el engrandecimiento de Prusia, la nueva división Germánica, la humillación de Austria, la cesión oportuna de Venecia, y hasta las perplejidades que hoy agitan al que quiere optar entre una Roma liberal o una Italia anti-católica. Pero quien esto escribe, se propuso, desde que tomó la pluma, no manchar con sus repeticiones el escrito magistral de Pastor Díaz; no analizar, no comentar, no copiar una frase siquiera de un libro, que por el grave asunto de que trata, por la dolorosa ocasión en que fue escrito, hasta por la época solemne y suprema en que aparece, no debe ser desflorado con irreverentes mutilaciones, antes bien respetado en su imponente integridad.

Si con esta convicción, si a pesar de ella y en medio de secreta y casi invencible repugnancia, tomo la pluma, y a la carrera, tras largo meditar trazo estas líneas, es con dos objetos meramente: el primero, explicar el porqué una obra, la última en el orden cronológico, y quizá no la más perfecta en el literario, ocupa con justicia el primer lugar en la colección que hoy se da a luz; y el segundo, el de pagar un homenaje de cariño y un recuerdo de altísima estimación al hombre a quien, mientras vivió, tributó fraternal amistad, y ya en el reposo de los justos consagra admiración piadosa
El marqués de Molins.

Italia

- I -

Introducción.

La historia de Italia es la historia del mundo casi desde la fundación de Roma, y más principalmente desde la primera guerra púnica. Es la historia de la legislación y de la política, de las armas y de las letras, de las artes y de las ciencias, de la civilización y de la Europa entera. Desde el siglo de Augusto es la historia de la Religión y del Cristianismo, la historia de los tiempos modernos, la historia de las razas y de las revoluciones que han fundado todos los Estados y Monarquías que existen en Europa.

Todo hecho, todo hombre, todo capitán, todo artista, todo sabio, todo Santo, han venido o pasado por Italia. Toda ciencia ha nacido allí; toda institución se ha ensayado allí; toda obra maestra de arte se ha inspirado allí; toda ley ha sido allí promulgada; toda política ha tenido de allí su origen; todo descubrimiento humano ha necesitado, si no para nacer, para desenvolverse y tomar posesión de la tierra, la fecundación de aquel suelo.

Aníbal no hubiera sido gran General si no hubiera batallado en la

patria de los Escipiones. Los códigos modernos están hechos de las Doce Tablas. De Virgilio al Dante, y del Dante a Manzoni, la cadena de oro, de los poetas europeos cuenta tantos brillantes como poetas italianos. Shakespeare y Milton, Cervantes, Byron y Goëthe no serían lumbreras de la literatura europea si no los hubiera iluminado el sol de la Italia. Copérnico fue de Polonia a Italia, para ver desde lo alto del Capitolio cómo estaba construido el universo. Galileo sintió en Italia cómo rodaba bajo sus pies el planeta en que, habitamos. Después de Puffendorf, de Grocio, de Montesquieu y de J. J. Rousseau, todavía se lee con avidez a Machiavello.

En el molde enciclopédico de Cicerón habían de modelar la Italia cristiana Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. Vico dio leyes a la historia, antes que, Bossuet y de Ballanche; pero estos filósofos no hubieran tenido texto a sus prodigiosas lecciones, sin Tito-Livio y Guicchiardini. El grabado inicia en Italia la imprenta. Giotto y Cimabue pintaban, y eran ya genios de la pintura, en los bárbaros siglos en que Dante iba a crear la lengua de la poesía. Dos siglos después, Rafael había trazado con su pincel los últimos límites de la pintura idea, haciendo bajar a sus tablas la Reina de los Ángeles como está en los cielos; y Miguel Ángel había señalado en éstos el último punto a donde el hombre puede alzar un altar al Dios verdadero.

La Providencia quiso que la Madre del Antiguo Mundo fuera la que primero tuviera la revelación del Mundo Nuevo. Cristóbal Colón y Américo Vespucio eran italianos.

Pero ¿qué mucho que cupiera a la Italia la revelación de un mundo, cuando quince, siglos antes le había sido dado el poder de hacer a la Europa la revelación del cielo? Si Colón y Américo dieron al globo su mitad, y a esta mitad un nombre, de más alta maravilla fueron instrumentos los que vinieron a decir al hombre: «tu destino no es de este mundo;» los que vinieron a enseñar en la cátedra universal del derecho humano los principios del derecho divino.

Jesucristo, subiendo, a Sion sobre la más humilde cabalgadura, para morir bajo el poder de un Pretor romano, parece que quiso escarnecer el orgullo de la ciudad primitivamente predestinada. Cuando subió al Calvario para atraerlo todo a sí, la Cruz reflejó en el Tíber los resplandores que aún habían de ver tres siglos después las legiones de Constantino. Desde el Gólgota miraba al Capitolio, y legaba el imperio de la nueva ley a San Pedro. A Jerusalén la condenó a la destrucción y a la barbarie. Donde había de resonar eternamente su palabra, era en Roma. Jerusalén no es más que el sepulcro de Cristo: el cristianismo es la cátedra de San Pedro. San Pablo recibe en Damasco la misión de evangelizar a los romanos, y desde entonces hasta nuestros días, la transfiguración y regeneración del mundo se llamó Iglesia católica; y el mundo que se prosternó ante el Pontífice romano, fue la cristiandad toda entera.

Desde entonces la autoridad, el prestigio y el nombre de la ciudad del Tíber no tuvieron límites ni barrera; y la Italia, como el peristilo de un gran santuario, pudo ser hollada, despedazada, dividida, dominada, cargada de hierros, regada de sangre, inundada del llanto de todas las desventuras de la tierra. Pero por toda la redondez del globo, víctimas y verdugos, vencedores y vencidos, pueblos y soberanos, acataron su

autoridad, doblaron el cuello a su ley, se humillaron ante su poder, hicieron ante ella penitencia de sus crímenes, o abjuración de sus errores, y tuvieron vueltos los ojos siempre a aquella tierra sagrada, para consultar los oráculos de la eterna sabiduría, para recibir las inspiraciones de la eterna belleza, para aspirar a la apoteosis de su santidad.

Cuando los Griegos, y los Turcos, y los Tártaros pasaron por el Asia, no quedó nada de sus sucesivos Imperios. Cuando los Romanos, y los Turcos han devastado la Grecia, nada queda de sus artes, de su destino. Cuando los Árabes han plantado sus tiendas en Egipto, cuna de todas las civilizaciones antiguas, queda el Egipto tan sepultado como sus momias, y su historia tan incomprensible como sus jeroglíficos. Cuando todas las hordas de bárbaros han caído unas tras otras sobre Italia en una depredación de más de dos siglos, la Italia no muere, no desaparece, no se despuebla, no abdica, no pierde importancia, no amengua en influencia.

Allí donde más feroces y numerosos se derraman los bárbaros, allí no hay nunca barbarie. Allí donde más espesas parece que debían condensarse las tinieblas de la ignorancia, allí no se extingue nunca la vida de la ciencia ni la luz de la sabiduría. Allí donde los furiosos combinados de la codicia y de la destrucción se ceban en las obras del arte, allí el arte no muere, y el lujo no se acaba; la industria no retrocede, y los siglos medios continúan en aumentar nuevas maravillas a la conservación de las antiguas. La que recibe más numerosos y más feroces conquistadores, conserva más el lujo, las industrias, los trajes, la lengua, la cultura de la civilización, en todos los demás países destruida.

Allí donde se levanta o impera tanta tiranía, allí es donde más vive, y se agita, y se desenvuelve el espíritu de libertad: allí donde se destruye el grande imperio que peleaba con todo el mundo, cada república que se levanta, sigue guerreando fuera, y conquistando sola: allí donde se ahoga, la independencia, cada Estado crea una soberanía. Allí es precisamente donde se conserva el tesoro intacto de las leyes civiles; la tradición de las instituciones sociales; el hábito y la posesión de las costumbres políticas. Allí donde más corrió la sangre de los mártires, y más hecatombes de víctimas hizo el hierro de las persecuciones, allí tiene su asiento y pone su cátedra la enseñanza de la Religión, y la santidad del Evangelio. Allí, de donde huyeron los Emperadores, los Reyes bárbaros dejan su solio a los Pontífices.

Allí se celebran los concilios, y las instituciones religiosas tienen su centro y sus jerarquías. Allí se construyen por todas partes maravillas de catedrales, y al lado de los castillos, portentos de palacios. Allí, donde van los cruzados a bendecirse, van los sabios a hacerse doctores. Allí donde van a guerrear los condottieros, van a fundar santuarios los monjes. Allí irán los Agustinos, los Benitos, a fundar órdenes religiosas; y allí vendrán en otros días San Francisco de Asís, y los hijos de Santo Domingo. Allí, entre el estruendo de la guerra, al lado de los santuarios del ascetismo y de la piedad, y en medio de las convulsiones de la tiranía, la ciencia dilatará su imperio tanto como la Religión, y nacerán tantas universidades como santuarios. Allí vendrán al mundo los Tomás de Aquino, y San Buenaventura, y Pedro Lombardo, y Pico de la Mirandola, y todos los doctores de Bolonia, y toda la Universidad de Pavía, y los profundos

políticos de Venecia, y los de Génova y Pisa.

Allí los mismos errores, y los sistemas más temerarios tendrán sus apóstoles y representantes; allí Arrioldo de Brescia primero, y después Savonarola, vendrán delante de Lutero y Calvino; y Campanella y Giordano Bruno antes que los socialistas modernos. Allí donde parece que reina tanta depredación y anarquía, se alzarán los más espléndidos palacios, los más maravillosos jardines: aquella región devastada florecerá en cultivo esmerado, y será cruzada de canales; y esa zona de tierra que faldea los Alpes, por donde bajan todos los conquistadores, y donde se da el mayor número de batallas, es, por una rara maravilla, la zona de tierra donde en igual dirección y extensión, la Europa cuenta el mayor número de ciudades florecientes.

Italia recoge toda la grandeza, toda la autoridad de Roma. Como aquellos monstruosos reptiles, cuyos miembros desunidos y cortados conservan cada uno movimiento y vida, así parece que se multiplica, después del gran cataclismo de la barbarie, la prodigiosa vitalidad del desmembrado coloso. Italia subyugada, no deja de ser la Italia señora. La púrpura de los Emperadores de Oriente tiene que teñirse en las aguas del Tíber. Las águilas de todos los ejércitos de Europa continúan tomando vuelo desde el Capitolio. Los conquistadores que llegan sedientos de sangre y de venganza, no aspiran a más alto premio que a recibir los favores y la adopción de la vencida. Pero ella no recibe ni aclimata, como la Francia, la Inglaterra y la España, ninguna dinastía bárbara. Teodorico pasa, Odoacre pasa, los Lombardos pasan.- Ella no quiere dejar de ser latina, ni recibir la soberanía que ella no dé.

La Roma del bajo imperio; la Ravena de los exarcas; la Monza de los Lombardos; la Nápoles de los Partenopeos: la Milán gáulica; la Florencia etrusca, se disputan, bajo los nuevos señores, la primacía universal o la influencia local que ellos mismos fundan en los títulos de sus nuevos dominios. Alarico, Ricimer, Odoacre, Alboino, Teodorico, son grandes entre los bárbaros; fundan imperios, reparten las provincias, desafían a los Emperadores de Oriente, porque reinan en Italia, y porque Italia es Europa. Ataúlfo funda la monarquía gótica de España, porque la recibe como flote de una hermana de Honorio, y se desposa en Barcelona, hablando la lengua y revistiendo el traje imperatorio de los Césares. Atila decae y muere, y pasa como un sangriento meteoro, porque ha tenido pavor de enseñorearse de Roma. Cuando quiere aspirar al imperio, se presenta como llamado por una princesa imperial. Al abandonar a Italia, dejaba en ella un Pontífice santificado con sus terrores, y una colonia de fugitivos de sus armas, que habían de continuar en los pantanos de la Venecia la república de los antiguos patricios.

Cuando todas las naciones bárbaras se reúnen para lanzar de su seno a aquel nuevo monstruo, precursor de Gengiskan y de Timur, es todavía un caudillo general de Italia el caudillo a quien obedecen. Las Galias del Mediodía continúan en ser italianas, a despecho de los francos del Sena. Y en toda la inmensa vega del Danubio, las colonias de Trajano conservan, a través de los Hunnos, de los Germanos, de los Ávaros, de los Esclavones y los Tártaros, aquel sello indeleble, que llega a nuestros días con un cuño tan tenazmente italiano, de raza, de lengua, de derecho y denominación. En el caos anárquico de la barbarie, toda luz, toda ley, toda salvación, toda

vida, toda autoridad viene de aquella tierra saqueada, vencida, pero cada vez más inagotable, cada vez más fecunda.

Cuando las tinieblas se condensan, y la barbarie parece tocar a sus últimos límites, y se siente en el mundo la necesidad de que haya un centro de unidad después de tanta lucha, un principio de organización entre tanta anarquía, y una eminencia de superioridad entre tantas individualidades feroces, y entre tantas tiranías anárquicas, la Italia llama al caudillo de los Francos, y al debelador de los nuevos Germanos, para encomendarle la tutela de la Europa; y el Pontífice le aclama Señor del mundo y sucesor de los Césares. Pero Carlo Magno no se cree señor del mundo y soberano de todos los pueblos y tribus nacidos del consorcio germano-latino, sino cuando un sucesor de San Pedro ungió su cabeza en la ciudad de Augusto y cuando la Italia adoptó por hijo de los Césares al que se arrodillaba a los pies de su pueblo y de su Sacerdote, para recibir de manos italianas la corona restaurada del que, con tan altas miras y tan grande autoridad, se denominó Santo Imperio.

Mas ¿qué mucho esto, si Pipino, para ser Rey de Francia, había sido primero Patricio de Roma, y consagrado por Esteban III? Desde entonces, franca o germana, la Italia no cesa de conservar la primacía, porque son los Francos y los Germanos los que se disputan, no lo, que ellos la han de imponer, sino la sanción y título que sólo ella les puede dar. Desde entonces, todo predominio en Europa sigue siendo italiano, y donde todo poder europeo había de traer de Italia los timbres de su gloria, toda querella italiana fue acontecimiento europeo. La casa de Suevia, la casa de Anjou, la dinastía de Aragón y la familia de Habsburgo; los Normandos de Islandia, la casa de Borgoña, y los Comenos y Paleólogos del Oriente, que resumen y representan todas las grandes contiendas de la historia europea, y todos los principales jefes y naciones que se repartieron el Imperio, se dan cita de reto, y se señalan campo de desafío, por espacio de siglos, en aquella Italia, que ellos miran como suya. Y ella, más que rechazarlos como extranjeros, forma parcialidades en torno de aquellos que son sus más adictos y simpáticos campeones.

El camino de los Alpes es hasta nuestros días el camino de la gloria; las orillas del Po, del Ádige, del Mincio, del Tíber y del Garellano, el teatro de toda gran contienda, la escena de todo gran drama. Por allí bajaron un día Breno y Aníbal, y los Cimbros que venció Mario; por allí Alarico, Ricimer, Teodorico, Odoacre, Atila, Genserico y Alboino; por allí Pipino Heristal, y Carlos el Grande, y Ludovico el Piadoso. Allí irá la progenie de San Luis, con Carlos de Anjou, y los temerarios descendientes de Rollon de Normandía. Allí irán los Conrados y los Enriques de Suevia; los Alfonsos de Aragón, los Federicos Barbarrojas; los Hohenstaufen; los Habsburgos, fundadores de Imperios. Allí irá la estirpe denodada de los condes de Barcelona; allí los duques de Aquitania, los señores de la Provenza, los dueños de Arlés, los condes de Aviñón, los poderosos de la Baviera, los temerarios de la Borgoña. Allí irán los Humbertos y los Amadeos de Saboya. Allí Gonzalo de Córdoba, a reivindicar para los descendientes de Alfonso, la usurpada presa de los Angevinos. Allí tornarán, en memoria de Carlo Magno y de Carlos de Anjou, Francisco I y Bayardo. Allí estará esperándolo Carlos V, en nombre de Rodolfo de Habsburg, de Carlos el Temerario y de Fernando el Católico; con Antonio de

Leiva y el marqués de Pescara, y el desheredado y proscripto vástago de los Borbones. Allí irá Luis XIII con Richelieu a buscar a Mazarino; allí irá Luis XIV a tomar venganza por Francisco I, y a preparar a Alberoni; allí irá Isabel Farnesio a desquitarse de la Toscana perdida, y a las Dos-Sicilias la dinastía que reina en Aragón.

Y después de todos, y eclipsándolos a todos, en el gran día del cataclismo de todos los imperios, y del terremoto que conmueve todos los tronos, y de la renovación social que subvierte todos los principios, irá allí el más joven y más denodado de los Generales de la República Francesa, y volverá de allí Cónsul, a ser consagrado Emperador. ¿Por qué? No busquéis la clave de este portento en el estado de la Francia, ni en el número y calidad de sus victorias. Suponed que las ha ganado en el Rhin, en el Mosa, en el Támesis o en el Volga, y veréis cómo no puede traer de allí la corona de Carlo Magno, que estaba amayorazgada en los archivos imperiales de Monza. La púrpura, la diadema, el globo imperial no podían venir sino de la tierra augusta de los Césares. Sólo en el Capitolio había una púrpura consular, sólo en el Vaticano había un globo imperial; sólo en las aguas del Po y en las del Tíber, el que había entrado General, podía ser bautizado César.

Italia le había dado la sangre; Italia le había dado la gloria; Italia le dio el poder. Había nacido Güelfo: pudo ser Gibelino de sí propio. De padres italianos se llamó Bonaparte. Una Asamblea italiana le aclamó Napoleón; y desde entonces este nombre fue Cesáreo y Augusto, como el de los Luises y de los Carlos. Los Habsburgos se honraron con darle su hija, porque ya les había dado el anillo nupcial del Adriático; porque él traía en dote propio las provincias de Italia. Su hijo pudo nacer Rey de Roma. El sucesor de su nombre y de su dinastía fue mirado con malos ojos del pueblo de Italia, porque desde los primeros días de su advenimiento no miró aquella tierra como su patrimonio y como su protectorado.

Y por eso, a la caída del nuevo Carlo Magno, le reclamó como suyo el que siempre aspiró a mantener viva la idea del Imperio, y a reconstruir la política fundamental de la Europa sobre la base tradicional del Cesarismo Germano-latino. Por eso Metternich no consintió que en 1815 envainaran su espada los vencedores de Bonaparte, sin que sentaran los cimientos de una organización, en que pueblos germanos y latinos habían de aparecer al fin como tributarios de su Soberano. Por eso en 1815 el César de Viena volvió a coronarse en Milán Rey de la Lombardía. Por eso no soltó de sus manos el anillo misterioso que le traía la dominación del Adriático en dote de la recobrada esposa. Hijos de este consorcio fecundo vinieron a ser dentro de poco, en tratados que fueron la renovación de los antiguos feudos, los Ducados de Parma y Plasencia, el gran Ducado de Toscana, la corona borbónica de la dinastía secular de los duques subalpinos, hechos Reyes con la Cerdeña y la Liguria, la Italia toda entera. Porque apoyado en este baluarte, había de dar otra vez la ley al Rhin, al Elba (Albis)(6), y al Espreo, el soberano del Danubio, que volvía a ser el Emperador del Tíber, vuelve a ser la Italia, en los últimos cuarenta años, la clave de todos los sistemas, el núcleo de todas las cuestiones, el teatro de todos los acontecimientos, el blanco de todas las revoluciones.

La revolución de España en 1820, proclamando una Constitución que había sido reconocida en 1812 en Velicky-lucky por el Emperador de Rusia,

no importa nada a la Europa, hasta que suscita la independencia de Turín, y la emancipación de Nápoles en 1821. Los franceses pasan los Pirineos en 1823, como instrumentos pasivos de lo que se decide en Laybach y en Verona, para que los austriacos puedan pasar de nuevo los Alpes como únicos señores. La Europa imperial transige con el liberalismo francés de 1830, a condición de que la Francia de Luis Felipe reconozca su dominación en la Península itálica, tan ampliamente como Luis XVI. Pero el advenimiento de un Papa que se presenta como Güelfo, y un liberalismo italiano que amenaza la constitución fundamental del Imperio, basta para conmover la Europa, y en 1848 hacer caer en seis meses casi todos los tronos bajo la masa de sus pueblos, como si se hubiera desplomado la clave de la bóveda que a todos los cubría. La clave no estaba en París, sino en el Quirinal.

Así que se conmovió la alta cúpula, las columnas cedieron bajo el peso de la vetusta mole, y sus escombros rodaron con estrépito en ambas orillas del Sena y del Danubio. Por eso vimos todavía los ejércitos del César bajar a las llanuras del Po, y al viejo Radetzky, representante nonagenario de un Imperio más caduco que sus años, humillar a la revolución subalpina en la rota sangrienta de Novara. Por eso aquella batalla fue, como las otras mil dadas en aquellos contornos, un acontecimiento que cambió la faz de los sucesos europeos, poniendo un dique a la revolución francesa, y obligándola a darse un César, si había de cumplir los destinos de la Francia, y no había de pasar como un terremoto demagógico.

Por eso, cuando a la cesación del terremoto se le llamó la paz, la montaña que había levantado en su sacudida, tuvo que abrirse para vomitar el fuego de la guerra. La eminencia que se llamaba Napoleón, no podía dejar de tener sus vertientes a la patria del primer Cónsul. Para eso, para armarse soberano, como en otros tiempos los paladines se armaban caballeros, aceptó la primera ocasión de guerra, y envió sus legiones al primer palenque de gloria, que la Providencia le deparó en aquella Táuride, antiguo teatro de la primera epopeya europea. Pero cuando de Soberano para la Inglaterra y la Rusia, quiso pasar a César para la Europa, bien sabía que si en San Remigio se ungen los Reyes, no hay más que un templo donde se consagran los Emperadores. Por eso llevó a Crimea las banderas de Italia; por eso tomó bajo su amparo las libertades piamontesas y las aspiraciones lombardas; por eso bajaron por el Splugen y pasaron el Tessino 200,000 hombres; por eso 150,000 franceses cruzaron el Mont-Cenis y el Apenino. Por eso tronó estrepitosamente el cañón de Magenta y Solferino (casi en los mismos sitios en que cayó Bayardo y el Rey Francisco) en medio de la viva ansiedad de la Europa entera. Por eso las águilas de Napoleón volaron sobre el Montblanc hasta las hondas gargantas de la Maurienne, y sobre el Coll de Tende hasta las playas de Niza.

Por eso en Villafranca tomó otra vez en su mano la corona de Lombardía, para que de él la recibiera el que de esta manera le prestaba homenaje. Por eso aquella estipulación no fue a los ojos de Europa un convenio de paz, sino una tregua para enterrar los muertos de la pelea, y preparar las nuevas líneas de batalla. Y por eso, mientras en España hay una guerra de África, más gloriosa que las expediciones heroicas de

Cisneros y Carlos V; mientras la Rusia asimila las tribus mahometanas del Cáucaso, y haciendo prisionero a su profeta caudillo, civiliza las riberas dilatadas del tártaro Amor, y emancipa en un día una inmensa nación de siervos; mientras la Inglaterra sostiene en las riberas del Ganges una guerra feroz y desigual con ochenta millones de pueblos indostánicos; mientras en las orillas del Delaware, y del Mississippi amenaza feroz ruina y desmembración la que se creía juvenil inmortal república de Washington; mientras que las agoniosas convulsiones del mahometismo oriental renuevan en las faldas del Líbano la época gloriosa de las leyendas de los mártires; mientras, en fin, que los dos ejércitos europeos penetran en las antiguas misteriosas regiones del Catay fabuloso, descubren al mundo los arcanos del Imperio y penetrando por la emblemática muralla, profanan los misterios de la enigmática Pekín, y dan al fuego las espléndidas mansiones que inspiraron tal vez los cuentos de Las mil y una noches; ningún pueblo tiene ojos, ni oídos, ni expectación, ni ansiedad, ni interés sino para los sucesos que pasan, y las cuestiones que se ventilan allí donde las arterias de su sangre, allí donde palpita el corazón de la Europa, mientras esa entidad que se llama Europa, exista sobre la tierra, y sea la reguladora del mundo.

- II -

Cuestión de actualidad

Las reflexiones que acabamos de hacer, las líneas que acabamos de escribir, no son el prólogo de un libro sobre Italia. No tenemos esa pretensión, no nos asiste tan alta capacidad: ni nuestras fuerzas físicas nos consentirían tan arduo trabajo. Nuestro propósito no es más que exponer en las menos frases posibles, los términos en que quisiéramos ver tratado y discutido ese espinoso problema.

Y sin embargo, a esta nación y a esa historia, y a estos sucesos a un espectáculo, que de tal manera nos embarga, y nos interesa, y nos absorbe y preocupa, se han de ajustar el compás y las reglas de esa política empírica y vulgar, de ese espíritu mercantil nivelador, matemático y materialista, que pretende reducir la cuestión de Italia a las proporciones de una nacionalidad cualquiera, que se presentara ahora a constituirse y organizarse, como la Pensilvania cuando la emigración de los puritanos, como los Estados del Norte-América, en tiempo de Washington. ¿Es por ventura ésta la cuestión concreta de un pueblo que cambia su forma de gobierno, como la Inglaterra de 1668, o la Francia de 1789; de un Estado que reivindica su aislada independencia, o su separación autonómica, como la Bélgica de 1830, o como la Hungría de 1848; o la de un pueblo, que había dejado de existir por siglos, y que sale a luz como exhumado de una excavación, por ejemplo, la Grecia de 1823?

Cuando vemos a cierta escuela revolucionaria, o a cierta diplomacia caduca y burocrática, o a cierta filosofía pedante, superficial y vanidosa, considerar de una manera tan fácil y tan cómoda, la cuestión más compleja de la política verdaderamente filosófica, desplegando ante sus ojos un mapa de Europa, y tomando la Italia como si acabase de nacer ahora del seno de los mares, o como si hubiese hecho su aparición en el mundo

después de todos los pueblos conocidos; y sujetarla, los unos a sus combinaciones teóricas, o utilitarias; los otros a sus pretensiones dinásticas; éstos a reglas administrativas; aquéllos a preocupaciones o a medidas estratégicas, y todos ellos queriendo aplicarle o reclamando para ella -en bien o en mal,- lo que llaman el derecho común, el derecho internacional, la autonomía soberana de los pueblos, la ley de los tratados, los intereses del equilibrio europeo, y todos los demás principios que los diversos partidarios de esta misma escuela quieren aplicar a la resolución del arduo, y temeroso problema, ciertamente nos preguntamos: ¿dónde está la inteligencia profunda, sintética, histórica y transcendental de los grandes estadistas europeos? Y aterrados, al mismo tiempo, de nuestra personal medianía, o más bien de nuestra insignificante pequeñez, nos demandamos con asombro si es una ilusión de nuestros ojos, si es una alucinación de nuestra deslumbrada mente la que nos hace ver la Italia tan grande, tan gigantesca, tan excepcional, tan única, que no cabe en las proporciones geométricas, geográficas, aritméticas, económicas o parlamentarias tan acompasadas o exiguas de ninguno de esos improcedentes sistemas. Más que ver la Italia despedazada o sometida, humillada por ultrajes, o embriagada por ilusiones, todavía repugna más a nuestra inteligencia y a nuestro corazón, el ultraje de ver comparadas a la lucha que la trabaja, y la fiebre que la agita, una contienda que pudiera surgir entre la Irlanda y la Inglaterra, entre la Rusia y la Polonia. Hay tales manifestaciones de simpatía, que la rebajan más que la tenacidad dominadora del Austria, o que las enormes aspiraciones del protectorado francés.

Cuando vemos que se quiere ajustar la grandeza del destino de Italia, a las formas de cierta política, o a los consejos de cierta diplomacia, se nos figura ver al augusto cautivo de Santa Helena, oyendo los consejos de un abogado para que demandara a los ingleses ante un tribunal de justicia; o a un honrado banquero que le viniera a decir cómo podía y debía procurar hacer su fortuna, y vivir, simple particular, en el mundo, con el producto de su trabajo; como él, honorable alderman de la City o plantador esforzado y laborioso de la nueva Inglaterra. Nosotros creemos que Napoleón, si había tenido la paciencia de oír, y la humildad de responder, hubiera dicho con plácida sonrisa, mirando a su roca, y extendiendo la mano a través de los mares, hacia las torres de Nuestra Señora de París, o las cúpulas del Duomo: *Voici ma place quand je ne suis pas là.*

No. Nosotros no podemos injuriar de tal manera a la Italia, ni rebajarla delante de la Europa en todo lo que se levanta sobre nosotros, con la abrumadora grandeza de sus veinticuatro siglos de hazañas y portentos. No está en nuestro poder, ni cabe en nuestra razón, tal como Dios nos la ha dado, ser del número de aquellos que no consideran a un pueblo más que por la extensión que ocupa sobre el mapa. Hay para las naciones otra geografía más importante y transcendental, y cuyos límites están trazados por lo que han vivido en el tiempo y ocupado en el espacio. Lo que sería un absurdo, tratándose de la limitada existencia de un individuo; lo que sería quimérico para la ciencia o para la voluntad humana, que quisiera destruir las condiciones físicas de su organización y de su origen, o las condiciones morales que resultan de su pasado, eso nos parece un absurdo elevado a lo infinito, cuando se quiere aplicar a una

nación, ora sea en nombre de la ciencia que se llama política, ora en nombre de ese querer colectivo, aunque sea tan espontáneo y unánime como el individual, que hoy se quiere apellidar soberanía nacional.

Otra cosa debemos añadir.

Amamos mucho, compadecemos mucho, admiramos mucho a Italia. Que nos perdone, pues, lo agusto de su dignidad histórica y providencial, si alguna vez podemos sacar de su grandeza misma conclusiones duras y deducciones que podrán parecer desapiadadas. A los soberanos de la tierra hay que hablarles en nombre de la Historia en un lenguaje respetuoso, pero más severo y menos vulgar que al común de los mortales. La Reina inmortal de las naciones, tiene eso de extraordinario; por la excelsitud de su pasado, su presente tiene que ser juzgado como su porvenir; porque este presente contiene tal vez el germen del porvenir del mundo católico y del mundo civilizado.

- III -

Planteamiento de la cuestión

Ya lo hemos dicho. La cuestión de Italia, como cuestión de actualidad, sería muy fácil: como cuestión concreta de sola la Italia, sería muy sencilla; como cuestión de una nacionalidad moderna, o de organización de un pueblo nuevo, sería muy clara. Sería la cuestión de sus derechos, y de sus agravios; de sus instituciones y de sus intereses: sería la cuestión de su constitución política, de su organización social, y de su jerarquía diplomática. Sería pura y determinadamente la cuestión de su independencia, de su unidad, de su libertad.

Nada más sencillo que la resolución de estas tres cuestiones, ora se las planteara en la esfera del derecho; ora se ventilaran en el terreno de la fuerza, ora se decidieran seguir los intereses de la conveniencia y de la utilidad.

¿De dónde procede, pues, que soluciones que serían tan claras, si se tratara de otra nacionalidad cualquiera, se convierten en obscurísimos problemas, así que se pretende aplicarlos a la nación italiana?

Hombres de recto juicio, de penetración filosófica, de alta inteligencia política y de desapasionada conciencia, cualquiera que sea el partido político en que militéis, y la creencia religiosa o filosófica que profeséis, responded.- ¿Por qué, interrogados de súbito sobre la unidad, la independencia y la libertad política de Italia, vuestro juicio vacila, vuestra inteligencia se turba, vuestra lógica se embaraza y vuestra conciencia se estremece, antes de dar la respuesta terminante y categórica, que vuestros labios y los míos tendrían pronta y expedita para otro pueblo cualquiera, para cualquiera otra región del globo? ¿De dónde provienen las dudas que os asaltan? ¿De dónde las dificultades y obstáculos que se os presentan en las cuestiones mismas?

Algunos de vosotros podréis decirme: «Esas dificultades las ha creado la iniquidad de la fuerza, las tenebrosas intrigas de la diplomacia, puesta al servicio de la tiranía. Esa red de obstáculos se ha tendido en torno de fáciles principios y clarísimos derechos, enfrente de encontrados, vetustos, poderosísimos y arraigados intereses de potencias

opresoras, de ambiciones ilegítimas, de instituciones hostiles, de partidos trastornadores o de soñadores visionarios.»

Pero aun así, ¿por qué en Italia precisamente esos intereses? ¿Por qué allí solamente esa tenaz, prolongada y tiránica dominación? ¿Por qué hacia allí, más bien que hacia otra parte, dirigidas eternamente esas aspiraciones? ¿Por qué allí más grande la importancia de esos derechos? ¿Por qué precisamente allí el desenvolvimiento y predominio de esas instituciones? ¿Y por qué allí también esa secular y desgarradora anarquía; por qué allí, más que en parte alguna, el carácter inflamable, la electricidad expansiva de esas opiniones ardientes, de esos fanatismos revolucionarios?

Vuestra respuesta no sirve sino para subir un poco más arriba el edificio de la cuestión y la altura de la dificultad. De cierto, si fuerais geólogos, yo no os preguntaría por qué la mayor parte de aquellas ciudades están empedradas de lava, por qué aquellas comarcas suministran el azufre a todo el comercio del mundo? Harto sé la causa; harto sabe el mundo por qué fueron sepultadas en cenizas Herculano y Pompeya. Os preguntaría empero, si lo sabíais, cómo hombres de ciencia y cómo oráculos de la enseñanza, ¿por qué entre tantas singularidades hay también en aquella tierra dos volcanes? Y si esto es una calamidad para la Italia, os pediría a algunos de vosotros que presentarais un proyecto o formularais un plebiscito para apagar el Etna y el Vesubio.

- IV -

Causas de los obstáculos, su fecha, y si aún permanecen

Y bien, geólogos de la política, y naturalistas de la historia!.... Yo os pregunto quién ha encendido allí esos Etnas y Vesubios de tiranías y depredaciones; quién ha soltado esas llamas y erupciones de desolación, de guerras y de humareda de conquistas; quién ha sofocado allí con cenizas ardientes de tiranías y dominaciones, la vida de la nacionalidad; quién ha encendido éstas, que vosotros podéis llamar solfataras de superstición, para abrasar con ellas las flores puras de la creencia y la viña fecunda de la fe; quién ha soltado por aquellos campos la lava incandescente de las pasiones anárquicas, y ha hecho menudos pedazos aquel fertilísimo suelo, con las sacudidas y terremotos de tantas revoluciones!....

¿Cómo han sido un obstáculo para su independencia la dominación del imperio austriaco, la dominación española y el protectorado francés?

¿Cómo ha pesado sobre la constitución autonómica de la Italia la intervención extranjera?

¿Cómo ha sido obstáculos a su unidad política la existencia del pontificado, y la multiplicidad anárquica de sus diferentes Estados?

Estos singulares hechos y esos extraordinarios fenómenos, ¿quién los llevó allí? Esos tres conflictos ¿de dónde le han venido? El Imperio, la intervención extranjera, el Pontificado, la división de Estados y Repúblicas, ¿quién los ha llevado a Italia?

No lo dudéis: tenemos que darnos la misma respuesta que nos hubieran dado los geólogos respecto de los volcanes. Ellos me hubieran dicho: son la ley y la condición de su constitución geográfica: son los fundamentos

de su existencia geológica: son la Italia misma: son el resultado de la organización del globo, y determinan el puesto y la manera de ser de las condiciones que ella ocupa.

¡Y bien! El Imperio, la intervención extranjera, el Pontificado, la independencia municipal, feudal o republicana, no lo dudéis; la Italia los creó... La Italia los produjo al mundo. Fueron las condiciones de su vida; fueron las manifestaciones de su espíritu y de su existencia; fueron las bases de su poder; fueron las leyes y las evoluciones de su misma historia.

Todos esos hechos, que hoy se nos presentan convertidos en conflictos, en calamidades, en desventuras, en iniquidades tiránicas, en usurpaciones sacrílegas o en supersticiones fanáticas, fueron un tiempo las creaciones de su genio, las excelencias de su grandeza, los privilegios de su superioridad, los títulos de su primacía en el mundo, los atributos y distintivos de aquella nobilísima raza. Fueron los resultados del destino que le ha cabido en el mundo; fueron los caracteres del papel que representó en el drama de la historia; fueron las preeminencias del altísimo y privilegiado puesto de asimilación, magisterio y sacerdocio en que la colocó la Providencia.

La Italia fue la madre, la señora y la maestra de las naciones latinas.

La Italia fundó, sostuvo, consagró y resucitó dos veces en el mundo al Imperio romano.

La Italia recibió, creó, alimentó en su seno, y extendió por todo el orbe la adoración de su Pontificado.

La Italia, desde su origen, desenvainó su espada contra todos los pueblos de la tierra, provocándolos a un desafío que algunas veces tuvo que ser la invasión. Desde que dijo delenda est Carthago, todo Aníbal pudo pasar los Alpes; y en una intervención no interrumpida de diez siglos, ella fue constantemente la agresora.

¿Creéis que la época de todos estos sucesos son edades tan remotas? ¿Creéis que esos hechos están tan lejanos? ¿Creéis que nuestros ojos padecen una exagerada alucinación histórica, juzgando dotadas todavía de vitalidad e influencia, cosas que os parece que duermen hace siglos en las catacumbas de lo pasado? ¿Creéis que ya no existe nada vivo de cuanto esos siglos dieron a luz? ¡Lo creéis todo lejano, muerto, desaparecido, renovado! Filósofos sin analogía y políticos sin abolengo, ¿creéis que es ilusión literaria pensar que no está muerto y sepultado todo lo de César, y de Augusto, y de Trajano, y de Teodosio, y de Teodorico, y de Carlo Magno, y de Esteban II, y de Gregorio VII, por no hablar de tiempos posteriores? Preguntádselo, por un instante, a la lengua que habláis, a los Códigos por que os regís, a las creencias que profesáis, a los libros por donde aprendéis, al pan de que os sustentáis, a los conductos por donde pasan las aguas que bebéis, a los puentes que atravesáis, a la construcción de las casas que vivís, a los letreros de las tumbas en que os enterráis. Preguntádselo a los meses del año, a los días de la semana; preguntádselo al manto de vuestros Reyes, al ropón de vuestros sacerdotes, a la toga de vuestros magistrados, a las águilas de vuestros ejércitos. ¡Lejanos esos hechos y esas edades!...

¡Veinte siglos, desde César! ¡Doce desde Carlo Magno! ¡Tres desde

Carlos V! ¡Doce, veinte, treinta generaciones... lo más remoto!
¡Lejanos!... Los abuelos de cada uno de nosotros hasta Augusto, podrían comer todos en una mesa de cien cubiertos: sus retratos no llenarían un pequeño álbum de cien fotografías!... ¡Lejanos... y borrados.... y perdidos esos orígenes y esos hechos!... ¡Y los llevamos impresos todavía en nuestras facciones! Somos rubios o atezados, según descendemos de los Latinos o de los Germanos y pretendéis no ser Güelfos, ni Gibelinos, cuando lo ha sido todavía vuestro tercer abuelo, que tal vez os tuvo en las fuentes del bautismo!...

De cierto que sentimos pensar así, y vernos atajados por esos hechos y por esos precedentes, con obstáculos que embarazan nuestro discurso y se oponen, como ruinas amontonadas por los siglos, a la desembarazada ejecución de los grandiosos planes de construcción moderna. Tal vez sea culpa de nuestro medroso ánimo; y envidiamos sobremanera la incontrastable confianza de aquellos espíritus tan poseídos de una convicción, o tan creyentes en la omnipotencia de la lógica, que nunca encuentran dificultades en la región de los hechos, para las creaciones a que dan vida en el mundo de las ideas. ¡Lástima que, según la irreverente frase de Alfonso X, el Criador no les hubiese consultado para construir el mundo! Las primaveras no hubieran tenido tempestades, ni los mares tormentas: las nubes del cielo no hubieran fulminado el rayo; ni las entrañas de la tierra se hubieran agitado en convulsión de terremotos. Los deltas de los grandes ríos no hubieran exhalado gases de epidemias sobre las comarcas más bellas del globo; y los hombres, siquiera hubiésemos de nacer mortales, hubiéramos venido a la luz del día sin dolor de nuestras madres!...

En vez de que ahora, y según nuestra triste filosofía o nuestra menguada preocupación, abrigamos el recelo de que, por laborioso que sea el parto en que sale a la vida un hombre, es más desgarrador todavía, más lleno de angustias y convulsiones el período crítico y doloroso en que una nueva sociedad sale a la historia del mundo, de las entrañas de la que la llevó en su seno.

- V -

Deberes de la Italia

¿No sabe la Italia nueva que nunca ha sido de buen agüero para los hijos haber dado, al nacer, la muerte a sus madres?

¿Es tan absoluto que la Italia histórica se pertenezca a sí propia, que aunque no se pueda decir sin iniquidad y tiranía que ha de ser forzosamente la esclava de un dueño, no puede sostenerse con derecho que le es dado dejar de ser la madre de sus hijos?

¿Desde cuándo es justo ni moral que una madre se pertenezca exclusivamente a sí propia? ¿Bajo mil consideraciones no se pertenece a los que de ella nacieron a la vida?

La Italia, pues; que ahora quiere salir a la vida de la monarquía constitucional, del seno despedazado del Imperio; que quiere sacudir para siempre la prescripción de la intervención extranjera; que aspira a dejar sin asiento territorial al Pontífice; ¿creéis que lo pueda hacer sin

perturbaciones, sin dolores y sin conflictos europeos?

¿Es tan fácil como parece, y como ella misma se figura, desentenderse de los hechos, que por su propia acción, entraron como elementos orgánicos en la constitución de todos los demás pueblos?

¿Es tan obvio, tan natural como se cree, que ahora no quiera reconocer derechos, que algún día hizo prevalecer en las otras naciones, como deberes ?

¿Es tan sencillo y tan hacedero que reclame ahora su destino parcial y su limitada y circunscrita autonomía, cuando su constitución imperial fue la Europa entera, y su primacía religiosa la cristiandad?

¿Es una cuestión orgánica y administrativa de un reino recién nacido, o el de un distrito municipal o electoral de doscientos mil habitantes, la existencia o no existencia del Pontificado de Roma, que ha entrado en la organización política de todas las naciones católicas, en la manera de ser de todas las sociedades, en la existencia íntima, privada, doméstica de cientos de millones de familias?

Y después de todas estas dificultades, hay otra, por el momento, más grave, más complicada, que descuella ante nuestros ojos sobre todas ellas, como un indescifrable logogrifo: la dificultad de comprender y explicar hasta qué punto esas que fueron realidades históricas, son hoy nada más que ilusiones fantásticas, o conservan aún sagrados y legítimos intereses; hasta qué punto los pueblos, los partidos y los poderes que ventilan estas cuestiones, fundan, en lo racional y práctico legítimas pretensiones; o hasta qué punto explotan lo quimérico y lo ilusorio como pretexto de injustificables tiranías, de ambiciones desapoderadas, y aun tal vez, de sueños generosamente ideales.

Y esta dificultad, sobre todas, es la que aún detiene sobre el papel nuestra pluma. Satisfechos con haber indicado acerca de estas cuestiones una manera especial de considerarlas, y dejando a inteligencias más competentes la fórmula de resolverlas, no pensábamos insistir en dudas y perplejidades, que cuando no se les da solución, basta con indicarlas, sin que sea indispensable discutir las. La dificultad que hemos indicado, nos impone el deber de insistir todavía en algunas ideas que puedan esclarecer lo pasado, viniendo en ayuda del criterio presente. Del porvenir nada diremos: misterioso oráculo que permanece mudo delante de nosotros, y al cual solo podemos dirigir, de lo íntimo de nuestra desconfianza, modestas preguntas, por más que alguna vez parezcan en nuestro tono arrogantes y dogmáticas afirmaciones. Su respuesta no la habremos de oír probablemente nosotros. Gusanos de un día, tenemos que decir como Job: si manè me quæsieris, non subsistam.

Quédese para otros la necesidad de ver lo que es, para juzgar lo que será. Contentémonos en las cuestiones indicadas, con ver los hechos sometidos a nuestro examen, para de lo que han sido, deducir lo que producirán.

Ésta, y no otra, es la importancia de la Historia. Por ello sólo es la luz de los tiempos y la maestra de las generaciones.

Independencia de Italia. Lo que fue.- Lo que puede ser

¿Fue Italia alguna vez verdaderamente independiente? En el sentido que las naciones dan a esta palabra, Italia no lo ha sido nunca. Italia dependió sólo de Roma; la Italia romana fue más que independiente; fue señora. Su acción, su destino, su dominación no fueron italianos; fueron europeos; y la dominación, la conquista, la asimilación de la Europa al Imperio romano, no podía ser la independencia, porque fue precisamente todo lo contrario; fue la absorción.

Cuando los flamencos y los belgas se separaron de la dominación española, se quejaron de la tiranía y mal gobierno de sus Reyes; pero nunca dijeron que los españoles los habían conquistado: nunca, ni entonces ni después, pudieron quejarse de la ilegitimidad de su anexión a aquella España, que también tuvo un tiempo su Imperio, como Roma. Cuando Carlos de Gante, su legítimo Soberano, se encontró súbitamente heredero de Carlos el Temerario y de Maximiliano de Austria; de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla, los flamencos tuvieron la ilusión de la improvisada grandeza de su conde de Flandes: creyéronse, como él, llamados a dominar a Europa, y ciertamente que se hubieran peleado por él, si alguien le hubiera disputado los derechos de aquella sorprendente fortuna.

No fueron de cierto los españoles a los Países-Bajos; sino que vinieron los flamencos a enseñorearse de Castilla, como palaciega cohorte del joven heredero de Felipe el Hermoso; y por cierto, bastante insolentes, tiránicos y codiciosos, y desconocedores y enemigos de los fueros y libertades de los reinos españoles, para excitar una revolución formidable, que Carlos I, con ayuda y alegría de sus compatriotas, ahogó en la sangre más generosa de España. Y aun tal vez no hubiera concluido tan ventajosamente para el nuevo poder absoluto, si el nuevo César no hubiera dado a sus nuevos súbditos, cuya importancia y valor conoció desde luego, la única paga por la cual los pueblos entusiastas y belicosos enajenan su libertad, la gloria; a saber, la conquista de Europa como en trueque de los fueros de Castilla. Sucedió después lo que ha sucedido siempre en la historia; que los pocos dominadores, por la ley inexorable y mecánica de la gravedad, se encontraron súbditos y provincia de los muchos dominados; y en la hora del agravio y de la tiranía, Horn y Egmont se habían olvidado de Adriano de Utrecht y del señor de Xévres, y no sabían que sus cabezas pagaban ante la eterna justicia por las ilustres vidas de Padilla y Maldonado. La historia no suele estudiarse bajo el punto de vista de estas enseñanzas morales; cada generación se cree sola e independiente en el mundo, se olvida de que el tiempo no es nada para la Providencia, y tiene por figura o paradoja aquello de *Deus fortis, Zelotes, et patiens, visitans iniquitatem patrum in tertiam et quintam generatonem*.

Hemos aducido un ejemplo moderno para la mejor explicación de un hecho antiguo, no con la mira de un absoluto paralelismo. Roma conquistó el mundo; y el primer resultado de esta poderosísima conquista, es que la idea de Italia, la entidad italiana apenas existe, porque fue desde luego absorbida, como la primera conquistada.

Cuando los bárbaros invaden la Italia, ¿qué es lo que políticamente sucede? Ellos, los pueblos germanos, vienen para establecerse: sus caudillos, para suceder o para nombrar a los Emperadores: ella los recibe

como una calamidad, o como una facción; pero nunca los reconoce como poder, ni como autoridad. Y no sólo se cree siempre la señora del mundo, sino que impone esta creencia a los bárbaros mismos.

La idea del imperio Romano abarca de tal manera a todas las naciones, que ninguno de los pueblos se cree extranjero: los bárbaros se imponen a Roma; no aspiran a destruirla. Los godos y los visigodos pueden ser Emperadores, como lo había sido Maximino, como los españoles Adriano y Teodosio, como el Trace Justiniano, etc., etc., por el derecho de aquella gran ciudadanía que Roma había establecido en el mundo. Italia no podía tener nacionalidad, porque la había borrado todas. Las nacionalidades de los invasores son de raza, de sangre, de origen no de territorio. Los godos son godos en el Danubio y en el Tajo; los vándalos son vándalos en el Elba y en África. Lo que llamamos nacionalidades de territorio habían desaparecido bajo el poder de Roma; aparecen después. En el imperio todos son romanos: en el poder hay usurpaciones, y partijas; pero no hay conquistas. Los bárbaros piden tierras, como los veteranos de César; y como César se las reparten los caudillos, estipulándolas con los Emperadores.

- VII -

Idea y naturaleza del Imperio: su perpetuidad.- Soberanía de Roma.- El Papa depositario del Imperio

La idea del Imperio no muere nunca. Aun cuando se halla transportado a Constantinopla, y los caudillos enseñorean de la Europa, no se atreven a creerse con autoridad, si el Augusto de Oriente no les ha enviado la púrpura; y no les basta que las legiones les doblen la rodilla, si no los aclama augustos el Senado del Capitolio. Los jefes de los ejércitos ostrogodos o los caudillos de los hérulos, no hacen con Roma lo que Alejandro en Babilonia: lo que sus capitanes herederos, en Asia y en Egipto; lo que Escipión en Cartago; lo que César en las Galias y Octavio en España; lo que Paulo Emilio en Tebas y Corinto; lo que Gengiskan en la China, y Timur en el Mogol; lo que el ejército de Muza después de la batalla de Guadalete; lo que Mahomet en Constantinopla.

Aun cuando el Imperio se divide, los hijos de Teodosio el Grande, en lugar de ser colegas, se separan; pero en ninguna de las porciones está la Italia como separada de Occidente: continúa como su cabeza. Los Estados que forman los bárbaros, son lugartenencias con grandes feudos, antes de que se formen los chicos de la gran soberanía. ¿Sabéis cuando la Italia se cree oprimida y rebajada? Cuando Odoacre, después de la abdicación de Augústulo, por primera vez quiere fundar un reino en ella. Entonces, el godo Teodorico, que estaba en Oriente, viene en nombre de Zenón a libertarla, y su conquista aparece como una restauración. Justiniano no dejó de creerse Emperador romano: intervino en África en la cuestión de Hilderico, como supremo soberano; envió a Belisario como General a África y a Sicilia; codificó como Teodosio, y se llamó Gothicus, francicus, etc., porque era señor de todos ellos.

La soberanía de Roma estaba más arraigada en el mundo, y era demasiado universal y cosmopolita, para que la modificaran las ideas de

localidad y nacimiento. Arcadio y Honorio se reparten la púrpura: Augústulo abdica; pero Roma no abdica nunca; y Teodorico y Odoacre, y los exarcas de Ravena, y los prefectos de Milán, y los patricios de Roma continúan vasallos de aquella idea moral, que constituye el predominio de la ciudad eterna, y que continúa dando vida, y esplendor y magisterio y nombre a la ciudad de Constantino. En vano la fuerza y la barbarie se empeñan en que Roma no sea el Imperio de Occidente. El Imperio de Occidente no reconoce el destronamiento de su Reino: como otro San Dionisio, se pasea por la Europa, llevando en las manos su propia cabeza. Los soberanos de Bizancio continuarán en llamarse Emperadores romanos; la Instituta seguirá diciendo en las escuelas griegas y bizantinas *lex est quod populus romanus constituit*, y la Europa occidental continuará pidiendo a los Césares de Bizancio, o a los patricios del Capitolio que envíen la púrpura y la diadema con un decreto en latín a los que han de venerar como supremos señores.

- VIII -

Análisis de la independencia de Italia en estos siglos

¡Extraña independencia la que se quiere buscar para la Italia en estos siglos! La dependencia es vínculo que no sólo liga al que obedece, sino también al que manda a uno y a otro por diversos extremos, es cierto. Mas para que contenga a los súbditos, preciso es que produzca fuerza, y haga sentir también presión en la mano del que reprime. Si ésta se halla suelta, no constreñirá a los demás.

Italia, pues, no fue independiente; porque fue cabeza. Ya hemos visto que esto es ser dependiente por reciprocidad. Sus destinos fueron desde luego europeos. Es más; la independencia no le hubiera sonreído; le hubiera parecido abdicación. Las soberanías parciales y efímeras, que se formaban en derredor de ella, le parecían desmembraciones anárquicas y usurpaciones ilegítimas. A los Emperadores, donde quiera que estuviesen, en el Bósforo, en el Danubio, los creía sus soberanos legítimos. A los parciales detentadores de la potestad suprema, aunque estuvieran en Italia, los denominó tiranos. Cuando el Emperador estaba ausente o lejano, se quejaba de él, como si la tuviera abandonada, o como si se encontrara vendida.

Cuando los príncipes bárbaros parecieron no ocuparse más que de sus nuevos dominios, enmedio de las comunidades y señorías de Italia y de los nuevos Estados que se organizan en Europa, Roma continuó la idea del Imperio, primero en su Senado, después en sus Pontífices. Por eso el Pontificado, considerado temporalmente, lejos de cometer una usurpación, ejerce una tutela. Entre las mil soberanías tributarias, que se levantan en derredor suyo, bajo diferentes formas, el Pontífice de Roma aspira a la igualdad; pero lejos de aspirar a la supremacía, la declina y rehúye cuidadosamente. Comprende siempre, en un sentido eminentemente político y religioso, la separación de los poderes; y cuando por el estado y carácter de los nuevos Estados, se encuentran sin Emperador, el Pontífice no lo suplanta; antes bien le crea y le consagra.

Para los Padres y Doctores de la Iglesia, la unidad del mundo, que

fue la preparación histórica del advenimiento de Cristo y de la predicación del Evangelio, era, si no indispensable, muy conveniente a la propagación de éste. Por ello San Pedro torna posesión de Roma. Allí, donde pasarán los Emperadores, quedará, a pesar de eso y aun por eso, la cabeza del mundo con el Pontificado. Por ello también ya en el siglo III escribía San Ireneo su obra inmortal sobre la Unidad del gobierno del Mundo contra los gnósticos, los cuales, igualmente que otras herejías, conspiraban por el fraccionamiento, así del centro y de la autoridad religiosa, como de la gobernación y de la política.

No usurpa, pues, el Pontificado la púrpura; pero sí la, conserva como en depósito.

Es de advertir que cerca ya del cumplimiento de aquella etapa providencial; o la previsión sobrenatural de ella, o por lo menos (aunque sea sólo humanamente juzgando), un gran instinto político hace adivinar a los Pontífices la necesidad de su alianza con la raza de los Carlovingios. Gregorio II y III envían Legados a Carlos Martel. León III, apenas elevado al solio pontificio, los envía también a Carlo Magno, y con ellos, además, las llaves del sepulcro de San Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma, como signos de la soberanía, invitándole a la alianza y amistad con el Príncipe de los Apóstoles contra los Lombardos. El elegido de Dios, que con aquellas llaves ha de abrir, para sacar del tesoro de los Apóstoles, en el centro del mundo católico, el resguardado manto imperial, somete la Aquitania, pasa los Alpes, sujeta a los Lombardos, y viene a Italia para resucitar el Imperio, recibiendo de aquel Santo Pontífice la consagración y la investidura. Compartiendo con el Pontífice la autoridad, no ejerce la religiosa, ejerce sí el protectorado político: rival y amigo del califa Harum-al-Raschid, como que no quiere serle inferior en nada.

Fue el Imperio de Carlo Magno una vasta dictadura para domar a los Sajones, emancipar de los Lombardos al Pontificado, y resistir a los Árabes. Ésta fue su misión histórica: la idea capital de la misma, en el orden político, la autonomía de la raza y gente italiana, la cual desde el Tíber y el Po ha de mandar, por un derecho circunscrito y limitado, que no sea común a toda Europa, la cual se creará patricia, de aquella gran ciudadanía.

- IX -

El Pontífice y el santo Imperio

Así se funda el Santo Imperio. Digan lo que quieran Jornandes y los historiadores godos, Carlo Magno se halló el jefe más preponderante de las naciones Galo-francas y de los pueblos Germanos.

Era el Emperador de Occidente; era el Rey de Lombardía.

El Papa, dispensador de tan altas investiduras, pero supremo representante de la autoridad y de las grandes ideas que el Cristianismo había traído al mundo, hizo lo que era preciso para que aquel poderoso Príncipe no se creyera, como los déspotas de Oriente, o como los Césares paganos, soberano dueño y señor absoluto. Los cristianos no podían ya ser esclavos. La antigua soberanía popular había engendrado un poder demasiado brutal y omnímodo. Para un pueblo tan religioso y tan creyente, el derecho

divino era un freno, una barrera: el Vicario de Cristo en la tierra, el representante del poder de Dios, y de la libertad e independencia de la conciencia humana. Pero muy lejos de intrusarse en el Imperio quien le consagra, en vez de abolirle o de suplantarle, lo resucita. No ha de escarnecerle y humillarle quien bajo sus águilas se abroquela. León III no abdica, aclamando a Carlo Magno. ¿A quien había de hacer Emperador, sino a él? Revístese la historia de aquella época, y dígase de buena fe si se destaca otra figura comparable con la del vencedor de los Lombardos.- Andarán los tiempos y el Pontificado no se desmentirá, ni en su previsión, ni en sus tradiciones.

Gregorio VII no aspira a destronar, y menos en provecho propio, a Enrique IV. Hace con él, con diferencia de tiempo y accidental diversidad de circunstancias, lo que había hecho San Ambrosio con Teodosio el Grande. No es el rival del Emperador; es el gran Sacerdote del Catolicismo; es el tribuno apostólico de la gran República cristiana, y algo más alto que Virginio y los Gracos; es el gran Justicia de los fueros y libertades de la república cristiana, algo más fuerte y no menos perseguido que Lanuza. Los Pontífices no pretenden ser Emperadores. A lo que aspiran los Pontífices es a que no haya un Emperador Franco y otro Germánico, sino que el Emperador de Occidente sea Emperador Romano. Pero lo que no se les ocurre es que el Papa, aun cuando sea, como frecuentemente era, Romano, sea Emperador; ni que el Emperador mismo haya de ser forzosamente Romano, ni Italiano de nacimiento. Y es que el Pontífice era, católico; el Emperador europeo: el uno era el heredero de los Césares; el otro el sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

A la muerte de Carlo Magno, vuelve a dividirse el Imperio. Esteban III consagra a Ludovico Pío. Los hijos de éste se reparten de nuevo el poder imperial. Pero desde entonces, ora sea un Rey Franco, o un Príncipe Germánico el que mande en Italia; ya se llame Lotario o Carlos, ya Othon o Enrique, Conrado o Federico; ya sea más o menos Carlovingio, ya se llame de Franconia o de Suevia, el que ha de obtener la primacía entre todos los Monarcas de Europa, ha de ser coronado en Roma, y ungido en aquel San Pedro que ha reemplazado al Capitolio; ha de ser denominado Rey de los Romanos; ha de tornar en sus manos el globo imperial de Constantino y de Justiniano.

El interés de poseer la Italia no era tanto por enseñorearse de aquella tierra, que tal vez abandonaban a su anarquía interior, a sus señorías independientes, o a sus sangrientas parcialidades, y en donde a veces no volvían a poner los pies; como porque sólo de la Italia les venía el prestigio, y la consagración del poder que habían de ejercer en las dos márgenes del Rhin, del Elba, del Ródano y del Danubio. Y era menester la consagración romana, porque la Providencia y la historia habían traído la herencia del Senado y del pueblo de Roma a manos del Supremo Sacerdote de la Iglesia Católica, que sumo intérprete de la ley evangélica, se encontró además, por una serie de portentos y acontecimientos, depositario de la ley regia de los antiguos tribunales.

En el siervo de los siervos de Dios se concentraba la majestad de los comicios. Por eso, con procederes más o menos acomodados a las circunstancias de los tiempos, con más o menos irregularidades accidentales, producto de aquellas sangrientas catástrofes y de aquellas

bárbaras luchas, y de aquellos soberbios caracteres; con formas más o menos solemnes, e imponentes y terribles, se encontró el supremo juez y árbitro de aquellas contiendas, el dispensador de aquellos derechos; y por eso su autoridad y su sacerdocio no eran tampoco italianos, sino universales, católicos.

Las guerras de las investiduras no fueron, en su esencia, otra cosa. Los mismos desórdenes e intrigas que acompañaron a la elección de los Pontífices, los cismas prolongados entre casas soberanas o fracciones poderosas, a propósito de la elección de los Papas, no reconocieron otro origen sino que todo lo de Roma era universal, no sólo en el dominio de la religión, sino en el orden de la dominación temporal del mundo. No había interés ninguno transcendental en la designación de un obispo de Reims o de Soissons, que dirigiese la conciencia del sucesor de Clodoveo o de Hugo Capeto; pero el mundo podía conmoverse, y los poderes de la tierra agitarse, para conocer y tener propicio a aquel anciano Rey de pocos días, salido del fondo de un claustro, o criado en una cabaña, que había de decidir en última apelación, si había de ser Alfonso de Castilla o Rodulfo de Habsburg el sucesor de César y de Carlo Magno.

- X -

Fraccionamiento: espíritu conquistador.- Testimonio de Dante.-
Independencia de la Italia de los siglos XIII, XIV y XV

En vano en la anarquía que sigue a la extinción de la casa de Suevia, se desenvuelven con tanta fuerza y tanta vitalidad en el seno de Italia los gérmenes de vida, que abriga siempre en su seno aquella tierra de tanta expansión y de tanta energía. Ninguna de aquellas soberanías locales, ninguna de aquellas admirables repúblicas, ninguna de aquellas esclarecidas familias, ninguno de aquellos poderosos bandos abandona, negándola o concediéndola, la idea tenaz del Imperio, que aun en los mismos momentos en que deja de ser una realidad, grava y actúa sobre sus imaginaciones, como una pesadilla, de la cual no pueden despertar. Pero en este período, hasta los despedazados miembros de la gran familia Italiana, como si lo fueran de un pólipo de guerra y dilatación, siguen su tarea de asimilación y de conquista. Las repúblicas y señoríos de Italia no se funden; pero conquistan y guerrear. Conquista Pisa, conquista Venecia, conquista Génova; y hasta Amalfi, y Cerdeña, y Sicilia. Para los Gibelinos, el Emperador es siempre el símbolo de la gloria, del poderío, de la tradición nacional; para los Güelfos, la absoluta independencia local de sus señores o de sus magistrados.

El genio más liberal, más unitario, más independiente de toda la Italia de los siglos medios, y el que ha escrito bajo la forma de un poema teológico el libro más instructivo y más fotográfico de los sentimientos y de las grandes ideas de la Italia, hartó sabido es, cómo era Gibelino, cómo era imperialista, y cómo coloca en el último pozo de los infiernos a Judas y a Bruto, a ambos juntos en el más hondo vórtice del Tártaro, como lo estaban en la síntesis de su inteligencia el traditore di Cristo y el asesino de César(7).

Nos acordamos de haber leído en algunos historiadores, y hasta en

historiadores italianos, que la independencia de Italia desaparece del todo en el siglo XVI, después de las victorias de Carlos V, y bajo el peso de la dominación española. Cuando esto leíamos, buscábamos con afán cuál podía ser la independencia nacional que los italianos tenían en los siglos XIII, XIV y XV, para que así la llorasen bajo las armas del poderoso Emperador. ¿Era, por ventura, en la Roma de aquellos siglos, que contendía con el Emperador Federico; en que el Papa Martino IV era nombrado, por voto unánime popular, Senador Gobernador temporal, o en la que se combatían y condenaban las doctrinas de Guillermo de Santo Amor, o finalmente, en donde nacían las órdenes mendicantes, y en donde germinaban y se predicaban las cruzadas que despeñaban la Europa sobre el Asia; época memorable, cuya síntesis es ser grande y heroica en cuanto toca al carácter sagrado de depositaria de la fe y cabeza del mundo católico, y pequeña y desgraciada en cuanto concierne a su individualidad y privada gobernación?

¿O radicaba la independencia de Italia en la Toscana de los Güelfos y Gibelinos, o en la Génova de los negros y los blancos? ¿Era bajo el poder de Ezzellino de Romano, de Galeato Visconti, de Sforzia, de Ludovico el Moro, de los Estes, y más tarde, de los Borgias? ¿Estaba la independencia en Sicilia, víctima de Manfredo, de los Normandos y de los Aragoneses, o de Prócida y las famosas proverbiales Vísperas; en la Nápoles de aquella Juana que brinda con el trono a amantes extranjeros, y que hoy decapita a los Angevinos, para entregarse mañana a los Españoles? ¿Es en el ducado de Saboya, cuyos Príncipes van a ser gobernadores de las provincias y generales de los ejércitos del Rey de España? ¿Es la Italia independiente la Italia invadida por las armas del hijo de Luis XI, o amenazada por los ejércitos de Francisco I, o sujeta a los Gobernadores de Maximiliano? ¿Es la Italia del suplicio de Arnolfo de Brescia o del martirio de Savonarola? Preguntad por esa independencia al Dante, y le oiréis llamando a gritos a su querido y lejano Emperador; o a Machiavelo más tarde, y os describirá un príncipe como su patria lo había menester.

- XI -

Autonomía italiana de Italia, en el Imperio de Carlos V

Pero al fin este Emperador advino; este Príncipe se encontró: Carlos también; grande como el que consagró León III. Lloraba por él la Italia; pedíale al cielo y él, que en su solitario castillo de Gante, como Napoleón III en su fortaleza de Ham, había soñado en una nueva organización del mundo; cuando súbita e impensadamente se encontró con la realidad inesperada de heredero de los reinos de España, de las coronas de Austria, Alemania, Bohemia y Hungría, del ducado de Borgoña, y del porvenir inmenso, fantástico, y todavía no bien deslindado, de la América recién descubierta, para fundar, como fundó, si no la monarquía universal, que con harto motivo pudo pasar por su mente, a lo menos esa unidad política que se llama Europa, fundiéndola de todos aquellos miembros desunidos y aislados, necesitaba la Italia; y la Italia necesitaba de él, como necesitó más tarde de Bonaparte.

Desde que hubo un Emperador elegido en Aquisgrán y triunfador en

Toledo, como su predecesor lo había sido en el Sena, necesitó consagrarse en Roma, venir a arrodillarse César en el Vaticano. La Italia le recibió, no como a quien esclavizaba a los italianos, sino como a quien arrojaba de su suelo a los franceses y la autoridad que de ella recibe, y que en ella ejerce, no se parece en nada a una dominación directa, ni a una asimilación administrativa, sino al alto protectorado imperial, al eminente señorío cesáreo. Comparad la situación que se crea después de las victorias de Carlos V, con la situación más antigua; o más bien comparadlos con otra bien moderna, con la paz de Villafranca, si sus estipulaciones se hubieran realizado.

No me objetéis contra lo que voy a decir, el juicio de la Inglaterra. Fuera de que Inglaterra no puede ser imparcial ni con Roma ni con Italia, a las cuales no ha de mirar nunca bajo el punto de vista nuestro, esencial en ellas, que es el católico, tenemos que declarar una gran verdad, que hemos aprendido en la historia, y que miramos como axioma: -«Los ingleses ni hacen ni comprenden la historia. La Inglaterra no entra en el cuadro de la historia política, sino de la historia comercial.»- Hablábamos de la situación política creada después de las victorias de Carlos V; de aquella situación tan católica como italiana, y aun española. Analicémosla.

Venecia, no sólo quedaba libre y señora, sino restituida de la desmembración con que había querido castigar su poderío la liga de Cambray. Florencia fue gobernada por los Médicis; Génova recobró su soberanía bajo el glorioso escudo de los Dorias; Príncipes italianos eran los Farnesios de Parma; italianos fueron los Viscontis de Milán; los duques de Saboya ganaron para sí y para su hijo las victorias que sellaron la independencia de sus Estados, y con que se elevaron a Reyes; Nápoles y Sicilia continuaron en aquella antigua y tradicional casa de Aragón, más italiana que la de Saboya, y por cuya sangre el Emperador venía a ser más italiano que los Filibertos y Amadeos. Y si Roma sufrió de las huestes de Carlos un espantoso saqueo, cuyos accidentes se complican con la condición de un caudillo francés y el fanatismo de bandas luteranas, no pensamos que, aparte de los accidentes del hecho, y considerando sólo el aislamiento temporal del Pontífice, le desaprobáran ahora los que vieran el carácter personal o las antipatías políticas de un Papa, como un obstáculo para el arreglo de las cuestiones italianas.

Carlos V no quitó al Papa sus Estados, ni le disputó sus prerrogativas, ni dejó a las proposiciones de Lutero, cuando no era más que el protegido del Landgrave de Hesse, la influencia anti-papista que tiene hoy Lutero, o el luteranismo, montado en 80 buques de línea que no son italianos. El Concilio de Trento tuvo lugar a pesar de los Russell y Palmerston de aquel entonces. Y el representante de la unidad europea, que consideraba la idea catolicismo como una idea tan altamente política, que trató a la reforma como una sedición y rebeldía, no podía mirar a la cuna del catolicismo como provincia y vasalla.

Digan lo que quieran los que sólo leen la historia por los libros franceses, y que creen que las ideas de independencia y libertad nacieron en la Asamblea Constituyente, o que no hay más italianismo que los programas de Mazzini; Carlos de Austria no fue el opresor despótico, ni el tirano extranjero de una Italia, que encontró despedazada y envilecida, y que dejó gloriosa y hermanada. Tantos generales italianos como españoles,

hubo en sus ejércitos; Carlos V, hombre, europeo y genio cosmopolita, sin nacionalidad fija y sin patriotismo local, fue el restaurador del Imperio de Occidente, fue el Soberano de todos los pueblos de quienes en, por sangre y espíritu, universal compatriota; fue el descendiente verdadero de Carlo Magno, el jefe de las naciones latinas, no español, (esta es ciertamente su censura para nosotros) pero sí sobre la base española; como el antiguo debelador de los sajones, sobre la base Franca. Aquéllas y sus contemporáneos le creyeron tan poco germánico, que el poeta soldado de sus legiones, que murió delante de Fréjus, a su vista, pudo cantar de sus caudillos:

Aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes,
El duro cuello atados,
Y los franceses van domesticados.

Garcilaso no menciona entre los sometidos, a aquellos italianos, a quienes no había tomado más que la riquísima armonía de su idioma y la versificación con que enriqueció su lengua. Habla sí de los enemigos o de los dominadores de Italia, que eran vencidos o sujetos por el Emperador.

- XII -

Carlo Magno: Carlos V: Luis XIV: La Revolución francesa: Napoleón

Carlos V no fue tan feliz contra los Sajones herejes, como Carlo Magno lo había sido contra los Sajones idólatras. Faltóle el tiempo y la vida para sus planes o para sus sueños; y sin esperar, estrellóse contra la Francia, y contra la reforma; y antes de dar lugar a que una coalición le amarrase a una roca, vínose él por su pie a Yuste, otra Santa Helena; bastante cuerdo para dejar subsistente en el mundo, ya que no todo lo que había querido, sí a lo menos todo lo que había acabado. Su hijo fue bastante poderoso para dejar de ser formidable. Su hermano fue Rey de Romanos, y Emperador. D. Juan de Austria fue más que el Príncipe Eugenio. Doña Margarita y la Gobernadora de Parma, fueron más que las Reinas Bonapartes de Etruria y de Holanda.

Aquel Imperio era más sólido; tenía en el mundo, por él tan renovado y tan conmovido, más vínculos históricos. Como una de esas antiguas catedrales no concluidas, quedó sirviendo para el culto de todos los pueblos. Las conquistas violentas se las lleva el humo de una batalla perdida. El Imperio francés lo deshicieron en tres meses Wellington y Metternich. A los ocho meses de Waterloo, la Italia era del Austria. Después de Carlos V pasa mucho tiempo todavía antes de que aparezca Richelieu para demoler su obra, y antes de que Luis XIV crea que es dado a la vanidad representar en el mundo el mismo papel que a la ambición.

La tarea del grande Emperador fue fundar, constituir. El papel de la Francia es destruir. Carlos V acomete y emprende todo lo que es europeo. La Francia descompone todo lo que no es francés. A Carlos V, la unidad: a la Francia de Luis XIV, el equilibrio.

Y sin embargo, esta idea llegaba en sazón. Aproximábase la época en

que la unidad iba a ser una quimera, y la Europa práctica inauguraba una época de confederación sin preponderancias, sin Imperio. Los Imperios no se organizan ni se perpetúan por la fuerza. Los Imperios los crea y los mantiene la representación de un principio, de una idea. El Imperio romano se creó para la unidad de la ley: Carlo Magno recibió de Roma la investidura para fundar en la anarquía bárbara una unidad religiosa: Carlos V se apoya en la idea religiosa, para la unidad moral, que es su obra.

El siglo XVII y XVIII vienen al mundo con ideas enteramente contrarias. La destrucción del Imperio de Carlos V por los sucesores de Francisco I, es una obra de revolución, que continúa el cisma y la reforma, y que precede e inicia la revolución de 89. Al principio de que todos los hombres son iguales y libres ante la ley, debía preceder la declaración de que todas las nacionalidades que tienen razón de ser, debían ser igualmente representadas en el Congreso de las Potencias.

Un vago y tradicional instinto solamente la empujaba a atacar al Imperio en su base, en su cabeza, y a arrebatar la Italia a su dominación; pero en la reconstrucción de la obra y en los detalles de la ejecución no había de parte de la Francia de entonces, ningún pensamiento transcendental ni fecundo. En aquella política no había más que vanidad egoísta, miope personalismo, endiosamiento pagano, fuerza anárquica y desorganizadora. Los tratados, los pactos de familia, hechos en odio al Imperio, no fueron en favor de las naciones, sino de las dinastías reinantes. Se habló en nombre de la casa de Francia y de la casa de Austria, como si no hubiera Europa; y entretanto que la Francia, la Italia, la España, el Pontificado, la Inglaterra, huérfanos del pensamiento de los grandes soberanos, vivían y se agitaban bajo la tiranía descreída de Reyes y Ministros, que en el ajedrez de sus guerras y en la mesa de banca de sus diplomacias, perdían y ganaban reinos, en naipes que llamaban mapas, el trabajo de Dios y el del espíritu humano iban construyendo en el mundo europeo una nueva unidad formidable de libertad y de independencia, que tuvo una terrible representación contemporánea.

¿Cuál fue en este drama el papel de la Italia, que por espacio de dos siglos había sido el campo de batalla en la lucha de la Francia con los restos del Imperio? Ya lo hemos dicho. La nueva idea se había encarnado en la Francia. Y como si la Providencia hubiera querido proporcionar una solución consiguiente a los antecedentes de la historia, para personificar esta revolución, envió a un italiano. Napoleón, nuevo Pipino, pasando los Alpes para destruir a los nuevos Lombardos, vuelve nuevo Carlo Magno, para ser, -¡tal al menos lo debiera, tal parecía serlo!- el Emperador de la libertad; y los Italianos, consecuentes a su eterno y fatal destino, saludan la época de su emancipación, no en el día en que recobran su independencia, sino en el que son uncidos de nuevo, eternos gibelinos, al carro triunfal del nuevo Emperador de los Francos, y le pasean con nacional orgullo en sus cesáreas conquistas, a través de todos los campos de batalla de la Europa.

Cuestión de hoy: pleito de siglos

Pero aquí se presenta una diferencia esencial, que se escapó a la perspicacia y al genio del moderno César. Llevó Napoleón consigo la Italia liberal; -pero no llevó la Roma pontificia. Por una fatalidad, que pesa horriblemente sobre el destino de la Europa moderna, y que ha de influir por mucho tiempo en la solución de todas las cuestiones europeas, la libertad, que había nacido cristiana, al pasar por la Convención francesa, se había hecho racionalista y atea.

Pío VII no pudo ser Gregorio III; y Bonaparte, que no se creía Enrique IV, y que no tenía miedo de morir proscrito en una isla extranjera, como Federico de Suevia, por haber incurrido en los anatemas pontificios, no pudo ser el hombre de la conciliación de la libertad con la Religión. Desgraciadamente para su destino, estas dos ideas se divorciaron en su persona, y para mayor desventura, quedaron divorciadas para la Italia.

Después de la caída de Napoleón, la Italia vuelve a ser súbdita del que en la reacción de 1815, aunque con diverso nombre, vuelve a ser Emperador; y el Pontífice, que por católico no había dejado de ser italiano, ni en 1815 ni en 1848, ni en todas las épocas pasadas, y presentes y aun venideras, deja de ser italiano, para no ser más que imperialista. La historia sigue su curso inexorable, y la legitimidad imperial vuelve a consagrarse. Ya no va a arrodillarse a Roma, para prosternarse ante el Pontífice; pero se apresura a firmar el Concordato, así que se levanta en el Sena el trono del nuevo César, que puede volver a poner en tela de juicio ese pleito de mil años; si el jefe del Imperio romano ha de ser el que mande en el Sena, o el que tenga su corte, germánica en las riberas del Danubio.

En ese secular litigio estamos todavía. La independencia de la Italia podrá ser el resultado del gran movimiento que tiene lugar en aquella península. Pero nada de cuanto hasta aquí ha sucedido, nos hace creer que sea éste el objeto que se ventila entre las dos potencias, la que conserva a Venecia, y la que ha adquirido a Saboya y a Niza.

En cuanto a los italianos mismos, no dudamos que el derecho de pertenecerse a sí solos, es ahora su aspiración. Pero esta pertenencia exclusiva, como hecho, no se ha realizado jamás en la historia; y como idea y pensamiento, es de tal manera moderna, que es contemporánea de la generación que se afana por realizarla. Ha sido menester la enseñanza de muchos siglos, para que parezca servidumbre lo que fue en algún tiempo dilatación y dominio. Ha sido menester una revolución fundamental en la manera de sentir la política y de juzgar la historia, para que a un corazón italiano de nuestra edad le sonría como sueño de gloria, lo que a algún gibelino de hace cuatro siglos le parecería sin duda acto de decadencia y abdicación.

Entre tanto, -nada hay definitivo.

Los arreglos no han sido más que treguas: el último el de Villafranca.

-¡Vivir para ver!

- XIV -

Unidad.- La unidad de Roma, y aun la unidad de Italia, es la unidad del Mundo.- Ley providencial

Hemos estudiado ya bastante lo que fue, lo que puede ser la independencia de Italia, y como por la mano somos traídos a tratar la cuestión de su unidad. Tan enlazadas se hallan, a la verdad, una y otra, que pueden considerarse una sola: más bien que diversas, son la consideración de una misma idea bajo dos puntos de vista diversos, aunque convergentes.

Hemos afirmado, hemos procurado demostrar que la Italia no fue nunca independiente, porque sus destinos estuvieron siempre, y estarán ligados con los destinos del mundo. Hoy vemos en la historia, y creemos leer en el porvenir, que tampoco ha sido ni podrá ser UNA por sí sola, sino con el mundo Católico. Esto, que más especialmente afirmamos desde ahora, y demostraremos después, respecto a Roma, esto mismo afirmamos y nos proponemos convencer hoy, respecto a Italia. El germen, y aun la síntesis de nuestra demostración, está en lo que llevamos expuesto; otras razones, que deduciremos de la consideración filosófica y de la exposición histórica de la idea de la unidad política y de sus desenvolvimientos, después de servir a esta parte especial de nuestro trabajo, vendrán a corroborar nuestras anteriores afirmaciones. Aquí, como en otras materias, según pedía el gran poeta y legislador del buen gusto,

Alterius sic

Altera poscit opem rem, et conjurat amicè.

La idea de la unidad, fuera de la familia o de la tribu, o cuando más, fuera de los límites circunscritos de ciertos accidentes geográficos, no es espontánea. La independencia le es antitética: la unidad, consecuencia del predominio o de la lucha, se impone por la sumisión.

Donde el elemento social es la familia, libre y naturalmente constituida, y su necesaria concentración en el hogar; con el hogar y con la familia coexisten el aislamiento y la independencia. El hábito y el cultivo de la independencia familiar resisten la agrupación fuera de los límites en que la necesidad la hace indispensable; y esta resistencia contradice la unidad. De este principio se deduce un hecho histórico que es bien fácil comprobar.

Ninguna de las grandes divisiones geográficas de nuestra Europa, constituían algo que se parezca a lo que hoy se llama Nación. Los Cimbrós y los Bretones, los Celtas y los Iberos, los Armoricanos y los Auvernios, los Turdetanos y los Cántabros, los Ligures y los Etruscos eran tan extraños entre sí, y las variadas subdivisiones de estos nuestros antepasados, aunque habitaran en un mismo territorio, y a veces a la ribera de unos mismos ríos, eran entre sí más independientes que hoy lo son los rusos y los franceses, los austriacos y los españoles.

Crear la unidad del mundo, fue la misión de Roma; lo fue también, aunque en segundo término, la de Italia, cuerpo y manos y brazo y corazón de aquella cabeza, después que fue la primera sometida, y recibió la unidad, que antes que a nadie se le impuso.

Pero ni Roma, ni Italia misma, son una nación territorial: en los pueblos sometidos por Roma hay independencia; tampoco hay unidad. La

unificación de Europa y del mundo ha de venir de Roma.

Mas ¿cuál es la ley providencial que a ello la obliga? Así como para el advenimiento de su Hijo en la plenitud de los tiempos, prepara Dios una raza, un pueblo, una familia, desde las eras bíblicas; así para revelar a los hombres la Buena Nueva, venido el Salvador, que ha de atraerlo todo hacia sí, manda a la unidad que allane los caminos al Dios único; y prepara a otro pueblo, y en él elige a una ciudad a quien confía este grande y misterioso destino.

No importa que ella le desconozca. Impreso lleva en sí el espíritu de la dominación, y la fuerza de la asimilación universal. Instrumento de las miras de la Providencia, va donde ésta la lleva, sin saber cómo, ni preguntar para qué. Impone al mundo vencido la unidad, por la fuerza y por la ley, como siglos después se la impondrá por la verdad y por la enseñanza, por la fe y por la autoridad.

Ya hemos dicho antes de ahora en estos apuntes, que la unidad romana del mundo es la preparación histórica del advenimiento de Jesucristo. Hoy lo repetimos, porque sólo así se comprende la historia.

Más adelante, hablando concretamente de Roma, explicaremos cómo procede en esta obra providencial. Hoy nos basta consignar que el mundo civilizado no tuvo unidad hasta que se la dio Roma.

- XV -

De la constitución de las nacionalidades europeas.- Por qué no ha lugar en Italia

Las nuevas nacionalidades que han llegado hasta nuestros días, no son más que fragmentos del despedazado coloso. Así como tantos edificios se hicieron con las columnas y piedras de los monumentos romanos, así los bárbaros del Norte que destruyeron el Imperio, al desmoronar el colosal edificio de la administración romana, construyeron nacionalidades con los grandes trozos de aquella sociedad. En la espantosa conmoción de aquella marea de pueblos, cada nación de las que hoy conocemos, se formó de dos elementos: de la forma cohesiva que le había dado la asociación romana, y de la substitución con que en cada una de las que fueron provincias, se reemplazó a la autoridad de los gobernadores, pretores, procónsules o prefectos; a saber, la unidad de una raza bárbara con el caudillo que la representaba. Así los Visigodos en España; así los Francos en las Galias así los Anglos, los Sajones, los Lombardos, los Borgoñones y los Avaros, y las demás grandes familias y derivaciones de ellos en los diversos distritos del mundo romano.

Con estas o las otras circunstancias o accidentes, más o menos esenciales, y variados, en toda la Europa central y meridional se repite el mismo fenómeno; una sociedad romanizada; una tribu, casta, ejército, horda o raza, siempre en menor número que el pueblo sometido, y que entra a gobernarle con nuevos principios, usos y costumbres que él trae, recibiendo a su vez civilización, leyes, costumbres, trajes, lengua, religión e instituciones del mismo territorio y pueblo en que se asienta y fija.

Especialmente en las Galias, en Inglaterra, en las Españas, en las

orillas del Rin y del Danubio, los bárbaros formaron esas naciones compactas y poderosas, que se llamaron España, Francia, Inglaterra y Alemania. Sus ejércitos fundaron poder; sus familias, nobleza; sus caudillos, monarquías primero, y dinastías después; sus repartimientos, sus guerras y sus tratados, política; y los límites de sus posesiones, más o menos acomodados a las condiciones geográficas, naciones más o menos determinadas.

Este trabajo de reconstrucción, esta tarea de armonizar los poderes, que entonces sustituyeron a la ciudad de Roma, con las condiciones naturales de cada una de estas divisiones, y en combinación con las necesidades, vicisitudes y progresos de la civilización germano-romana, que reemplaza a la civilización del mundo imperial, es lo que constituye la historia de Europa desde el siglo IV hasta el día en que vivimos y que sólo espíritus muy limitados, o sumidos en una ignorancia que ya no es permitida a la educación más superficial o rudimentaria, pueden creer no ya definitiva, pero ni siquiera demasadamente adelantada.

El mundo camina siempre, aunque ya hemos visto que no siempre sabe a donde va. Va a donde le lleva la Providencia. De lo que es responsable siempre, es de sus crímenes; muchas veces lo es de sus errores; de su destino, nunca. Pocas palabras añadiremos a esto, pero de esperanza y consuelo. La sociedad política o diplomática vale siempre aun menos que la civilización social. Así como, por ejemplo, la civilización italiana de los siglos XIII, XIV y XV, valía más que su espantosa anarquía gubernativa, así la civilización europea vale hoy más que su monstruosa organización internacional.

La contemplación de lo presente y las aspiraciones de lo futuro, nos han distraído involuntariamente algún trecho de nuestro camino.- Volvamos a él, considerando cuál sea la explicación del fenómeno histórico de que, como en otros pueblos, no se haya desarrollado ni fundado en Italia una unidad fuerte, una nacionalidad moderna.

Cabalmente donde encontró más dificultades la desmembración bárbara, que dio nacimiento a las nacionalidades modernas, fue en el país más próximo a la entidad dominadora. Los bárbaros apagaron pronto en los extremos la vida central; pero no fueron bastante fuertes para destruirla en la cabeza y en el corazón de donde irradiaba. Ataúlfo y Clodoveo reemplazaron fácilmente a los procónsules y a los jefes de las legiones imperiales. Los pueblos no vieron alguna vez más que un cambio de delegados. Pero ni Alarico, ni Odoacre, ni Teodorico pidieron sustituir a los Césares. El Emperador a quien Roma enviaba la púrpura, era siempre el representante de la unidad de Roma, aunque se llamara Zenón, Justiniano, Anastasio o Heraclio, y residiera en Constantinopla. El mismo Teodorico, para asegurar su dominación, cuida de que esta idea no muera; y cuando la Italia, a la muerte de Justiniano, queda reducida a un Exarcado, no entra en su comprensión la idea de ser provincia. El corazón de la gente latina se rehace contra la barbarie, y no la admite ni la recibe nunca en su seno, como las otras regiones de aquel vastísimo Imperio.

Iríamos muy lejos en esta investigación, o habríamos de tomar, para explicar este fenómeno histórico, el símil de algunas teorías de la formación de la tierra, según las cuales, al desprenderse un pedazo del sol, su superficie enfriada tornose en costra endurecida, sobre la cual se

levantaron sólidos continentes, mientras que el núcleo interior conserva en eterna fusión la férvida incandescencia del astro originario.

No de otra manera conservó ardiente las regiones vecinas al Capitolio, el fuego de aquel sol del mundo, que fue el GLOBO IMPERIAL. Todo lo que era bárbaro, escandinavo, tudesco, hunno, gótico o lombardo, se fundía y disipaba al acercarse a su centro. ¡Sólo la Cruz no se derritió con el contacto de aquel horno de dominación y de imperio! Como uno de los prodigios de las leyendas de aquellos siglos, resistió a la prueba del fuego, y por eso allí se alzó Señora y santificada, emblema de un nuevo, místico, santo, milagroso y espiritual Imperio, en la ausencia y orfandad de toda señal visible de poder en que quedaba una región, a la cual el poder que ella creó no llegaba, y que al que en otras partes le sustituía, lo despedía y pulverizaba.

Derrocado el Imperio romano, hemos visto antes cómo no hay en Italia autoridad que sea independiente. En el seno del nuevo Imperio, después de extinguida en Adelchis la dinastía Lombarda, no hay ningún centro italiano que sea unidad.

Los Emperadores de Oriente no dan la unidad a Roma. La unidad bárbara no la quiere de los Lombardos. Los Pontífices no tienen poder temporal, ni lo quieren, ni lo admiten, sino en la medida necesaria para ser independientes. Pero, como italianos, llaman a Pipino contra Astolfo, y a Carlo Magno contra Desiderio. Quedan los griegos en el Mediodía, las tribus vénetas en el Adriático, los restos del Exarcado en el Mediodía; pero el Imperio que funda Carlo Magno, no sólo no es, como ya hemos dicho, la independencia, sino que aquel vínculo moral está muy lejos de parecerse a la unidad que se forma en otras partes. Y cuando el poderoso Rey de los francos ha extinguido la última esperanza de la dinastía Lombarda, y viene a Roma a dar gracias al Dios de los ejércitos sobre el altar de los Santos Apóstoles, los romanos le reciben como su libertador, y le dan en recompensa de su victoria, el trono del mundo, aclamándole Emperador de Occidente.

Ya hemos tenido ocasión de observar cómo el Imperio antiguo no era independiente. En el que se restauró con el hijo de Pipino no podía haber la idea de unidad. Esta idea hubiera implicado la de separación y aislamiento. Era una idea de los bárbaros. Por eso sólo la tuvieron la Francia y la España. Los italianos la desearon. El débil vínculo de asociación en que los dejaba el nuevo Imperio, no fue más que un pretexto para quedarse existentes, y con una vitalidad propia, todas aquellas divisiones locales que había formado, en medio de los trastornos de tres siglos, el espíritu liberal de la sociedad latina. Las antiguas confederaciones municipales, las que resultaron de las divisiones del Exarcado, los condados casi feudales que habían establecido los condes Lombardos, las colonias vénetas del Adriático, las ciudades lígures de Génova, las etruscas de la Toscana, y las que en el Mediodía quedan definitivamente emancipadas del Imperio de Constantinopla, se consideran iguales entre sí. Y si alguna quiere aspirar a una supremacía, está siempre el alto protectorado del Emperador para intervenir en sus discordias intestinas, y para mantener aquel equilibrio de administraciones y gobiernos que en ninguno de ellos es soberanía. El título de Rey de Italia que conceden algunos Emperadores a sus hijos, no

es más que un título honorífico, como le llevó siglos después el hijo de Bonaparte. El mismo feudalismo, que sigue a la época de Carlo Magno, y que en las demás naciones de Europa, aunque produzca caos y anarquía de gobierno, no destierra la idea de la unidad que les habían dado los bárbaros, no puede producir en Italia los mismos resultados. En los otros pueblos siempre queda un jefe permanente, para ir asimilando las divisiones feudales. En Italia, repúblicas y condados, municipalidades y Príncipes, Pontífice, Rey y Prelados soberanos son feudos del Imperio; y el Imperio no es Italia.

El Imperio y la subdivisión italiana es de procedencia latina; y es un hecho a lo menos, (ya que no se admita como un principio y una ley de la historia, cuya significación anterior ya hemos explicado, estando la explicación de este enigma en los destinos de Roma católica), que ningún centro, ni raza, ni familia, ni persona latina ha creado unidad, ni fundado dinastía, después de la destrucción del antiguo Imperio de los Césares.

En los demás países que nacen de la conquista bárbara, la unidad se revela, a través de las vicisitudes históricas, en cinco hechos fundamentales: la existencia de una familia dinástica, la creación de un centro general administrativo, la preponderancia de una ciudad o la insignificancia de todas ellas, la adopción de una lengua nacional, la universalidad de un código. Familia, intereses comunes de localidad, capitalidad, lengua, principio, he aquí, repetimos, las condiciones esenciales para formar unidad.

En Italia todas las infinitas casas y familias que vemos pulular en su sangrienta historia, sus Estes, sus Viscontis, sus Gonzagas, sus Farnesios, sus Sforzias, sus Dorias y Médicis no pueden nunca llegar al poder, que fundan, o conquistan y consolidan las inmemoriales regias familias de Aragón y Castilla, los Carlovingios y Capetos de Francia, los Estuardos y Tudores en Inglaterra, la casa de Suevia o de Habsburg en Alemania, después los Borbones, y los Braganzas y Romanow en Portugal y en Rusia. Pero no ha habido ni hay hasta nuestros días una familia Real italiana. La Italia imperial fue representada por lo que ella significaba en el mundo, por las familias imperatorias, por las dinastías Carlovingias, por la casa de Franconia, por la de Suevia y por la de Habsburg. En las luchas modernas, por la casa de Anjou y por la de Aragón: después, por Carlos V y la casa de Austria: últimamente por Napoleón I.

El mismo obstáculo se opone a que la independencia y la unidad italianas se encarnen y localicen en ninguna ciudad. Las ciudades importantes que crecen, se desenvuelven, prosperan y se engrandecen en medio de la espontánea y fecunda actividad de la Italia, siguen la suerte de sus familias. Ninguna es bastante grande, bastante populosa, bastante influyente, bastante preponderante para representar ni una Italia que no existe, ni un Imperio que es más grande que la Italia. Todas ellas representaban grandes centros intelectuales, soberanías políticas muy limitadas.

La Galia hecha francesa, después de la definitiva separación del imperio de Carlos el Calvo, gravita siempre hacia un centro único, que no es por cierto su ciudad más populosa. Lyon, Marsella, Arlés, Tolosa eran más importantes que París; pero al fin las fuerzas sociales de la Francia,

como girando instintivamente hacia el centro, de donde había vertido la unidad bárbara, acabaron por hacer de la antigua capital de Clodoveo, la metrópoli de su unidad y de su civilización.

En España, cuando después del lento trabajo de la reconquista sobre los Árabes,-que sea dicho de paso, establece diferencias tan profundas entre nuestra historia y la de las demás naciones latinas, y da un carácter tan especial a nuestra civilización,- cuando al fin suena la hora de las grandes monarquías europeas, y de la unidad material de todos sus Estados, unidos de antemano en fraternidad de origen y pensamiento; la unión de las coronas de España no se encontró con los obstáculos materiales de una gran capital. Valladolid, Zaragoza y Valencia, Barcelona o Toledo, estaban harto distantes de ser Florencia o Génova, Nápoles o Venecia. Otras más importantes, Valencia, Sevilla y Granada, más o menos recientemente conquistadas, tenían carácter y aspecto árabe, en discordancia con sus vencedores; y por tanto no podían ni reclamar, ni ejercer sobre ellos su capitalidad. Ninguna, pues, de nuestras ciudades, volvemos a decirlo, era un centro que localizara tan grandemente la entidad y la acción, que constituirían la unidad material y política de la monarquía española.

Una sola había mayor que todas las otras; y por eso esa localidad sola determinó después su separación, y se creó una existencia excepcional, con otras tendencias, con otras afinidades y otras dependencias. Tener una tan gran ciudad ha valido a Portugal una nacionalidad, aunque reducida y débil. Si hubiera habido en la Península cinco o seis Lisboas, ellas hubieran sido tal vez muy prósperas y florecientes pero la Península española hubiera sido la más pobre y desventurada de las naciones de Europa. La Francia llegaría al Ebro; la Inglaterra al Guadiana: habría unos pobres Reyes de Castilla en Burgos y en Toledo; y acaso hubiera todavía en Granada un Rey moro, que la Francia y la Inglaterra sostendrían en nombre de la civilización y del equilibrio europeo, hasta que otra Isabel la Católica osara repetir, enfrente de la diplomacia anglo-francesa de nuestro siglo, la heroica y gloriosísima hazaña, que llevó a cabo la Reina santa de Castilla y Aragón, allanando las torres de la Alhambra, en el semi-bárbaro siglo XV.

Congratúlense, pues, Barcelona la heroica, Sevilla la hermosa y Zaragoza la invicta, de haber confundido sus anales en el haz espléndido de la gran Nación, que las lleva hoy a todas en su magnífica corona; y no envidien en ninguna parte del mundo la triste suerte de esas hermanas desoladas que llevan en su soledad la pena de su parricidio. Glorifíquense al comparar su próspera vitalidad y su eterna juventud, con la lenta gangrena de esas piernas, que se amputaron para andar solas, o de esas cabezas sin cuerpo, que pensaron que sin pies ni brazos podían soportar coronas.

Hemos estudiado el Imperio que funda Carlo Magno, y estudiado el carácter y el destino de Italia. Caminamos con la luz de la historia en la mano, y no creemos que es necesario separarnos del hondo y seguro sendero que marca.

Vamos, sin embargo, a hacer una digresión. Vamos a entrar en el terreno de la hipótesis, siquiera sea por breve rato, para volver a entrar con más seguridad en el de la Historia, que abre el dedo invisible de la

Providencia, trazándola con sus hechos los hombres.

Tal vez se nos pregunte: -¿Qué hubiera sido si la Italia de la Edad media hubiese formado una nacionalidad robusta e independiente?

No sabemos qué hubiera acontecido, si los sucesores de Alboino hubieran tomado por capital a Roma, y hubieran constituido una Italia una, sola e independiente. Lo que sabemos es que el carácter del Pontificado hubiera sido otro; otra la historia del mundo, de la Edad media, de la cristiandad toda entera. Algo hubo de particular para que así no aconteciera; y ese algo no es la voluntad de tal Papa, ni el interés de tal Rey. La historia no se deja influir profundamente por individualidades aisladas. Si Desiderio hubiera podido ser dueño de Roma, hubiera sido Emperador como Carlo Magno. Los Lombardos no estaban llamados a tal destino. No habían adquirido en tres siglos ciudadanía italiana, como los Godos naturalización española. Roma llamó, en nombre de la Italia, al que ya representaba todas las grandes nacionalidades europeas, al Rey de los Francos y de los Germanos, al conquistador de los Sajones y de los Burgundios, al civilizador de toda la Europa, renovada y reunida por él bajo un cetro y una Religión.

- XVI -

Unidad del Imperio moderno de Occidente: Carlo Magno: Carlos V: Napoleón

Carlo Magno fundaba de verdad el imperio de Occidente: faltábale Italia, que era su corona. Vino a demandarla de rodillas; y el Pontífice, al consagrarlo Emperador romano, volvió a colocar a la Italia al frente del nuevo Imperio católico. Era una gran revolución en el mundo; por mejor decir fue una gran construcción; el principio de una nueva época en los anales de la civilización. César inaugura la dictadura de la república universal. Carlo Magno inaugura la monarquía universal de la cristiandad. En una y en otra, Roma es la cabeza; Italia la Primada, como ha dicho Gioberti. Que fueran a preguntarle entonces si era independiente! Ella os hubiera respondido, que era la Soberana. El nombre de Rey de Italia no significó después, en toda la duración de la historia, más que la condición de ser Emperador de Europa. El título de Rey de Italia o de Rey de romanos, fue para los nuevos Césares, como el de Cónsul y Tribuno del pueblo, para los primeros.

Volvamos ya a la historia. Contemplemos en ella el Imperio de Carlos V, bajo el aspecto de la unidad, sobre todo, de su pensamiento.

Cuando Carlos V renueva la obra de Carlo Magno, ya es una renovación de restauración la que comprende. No construye, como su predecesor, el grandioso edificio, gigantesco, bárbaro, majestuoso, inmenso en su conjunto, caprichoso y anárquico en sus detalles, como las grandes catedrales góticas. Carlos V lo recompone, lo repara, lo apuntala, y algunos antiguos lienzos se le vienen encima, de camino.

En una cosa fundamental conviene con su predecesor: en recibir su autoridad e investidura de Roma; porque él todavía funda su autoridad imperial en el principio y en la idea religiosa, cuya unidad sustenta. Los dos proclaman de esta manera, que la fuerza no es poder, sino cuando es la representación de un principio; cuando se manda en nombre de un

sentimiento y de una creencia!....

Cuando Napoleón quiso imitarlos, se olvidó de que ya no tenía aquella representación, que era la fuerza de los que él creía sus progenitores. Entra en el terreno de las quimeras, de la fortuna. Pero Napoleón no representaba la unidad religiosa, sino la revolución francesa. Buscar él la consagración en Roma, era un anacronismo. No era la Italia Papal la que podía admitirle; era, por el contrario, la Italia antipapista. Por eso el Papa no pudo consagrarle, sino encarcelado. Mejor le hubiera sido prescindir completamente de él, que violentarle y escarnecerle. Hubiera sido consecuente con su destino. La Italia era para el Imperio Santo la Primada; no podía ser sino un satélite para la revolución, que no tenía su asiento en el Tíber, sino en el Sena sus fuentes bautismales. Pero Napoleón, que quería organizar la sociedad desgraciada, decía como Prudhon: Il me faut l'hypothèse d'un Dieu.

Napoleón necesitaba la hipótesis de un cristianismo, el simulacro de un Papado; y en esta obra contradictoria y efímera, su Imperio se estrelló contra la Religión que no representaba, contra la libertad que oprimía, y contra la independencia que no puede dar una cosa tan precaria como la fuerza, cuando se tienen en contra los principios.

Por eso Napoleón III tenía que optar, para renovar su obra, entre fundar una Italia con una Roma liberal, o con un italianismo anti-católico. Su obra será más ilusoria que la del César.

¿Quiere ser nada más que Pipino? -Pues no puede entregar a Roma a los nuevos Lombardos.

¿Quiere ser Carlo Magno?-

-¿De qué sacerdocio le ha de ungir el Pontífice?

Pero nos hallamos ya no sólo en Italia, sino precisamente en Roma y con el Pontífice, que es el principal y verdadero asunto de estas páginas.

Pasemos ya a consagrarle especialmente nuestra atención.

Roma sin Papa. Lo que fue.- Lo que puede ser.

Preliminares

Omnes considera gentes, in quibus romana pax desinit.

Seneca, de Providentia.

Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula opereretur, fluctibus; Jesus autem dormiebat.

San MathSi: VIII, 24.

- I -

Obligaciones que impone la Historia: síntesis de la de Roma

Libre, como lo es, el albedrío humano, nada puede contra lo pasado. La voluntad del hombre más enérgico y más perseverante, ninguna fuerza tiene contra sus propios antecedentes. Ora quiera seguirlos, ora contrariarlos, siempre obrarán sobre su vida, cuando no como procedencia,

como reacción, o como contraste. Héroe o malvado, sabio o ignorante, -para no hablar más que de cualidades morales,- no podrá prescindir nunca del carácter o influencia de la reputación que entre los hombres se haya adquirido. Hasta la virtud, hasta la santidad misma, son impotentes contra la opinión que les haya otorgado el mundo. Un hombre degradado, una mujer infame se rehabilitarán delante de Dios, por el arrepentimiento y la expiación: tendrán abiertas las puertas del cielo; pero la sociedad les cerrará las suyas. Mientras que, derribado, o corrompido, un personaje ilustre será siempre una grandeza caída; como las columnatas de Palmira, convertidas en chozas, serán siempre un monumento.

Lo que no es dado a la libre voluntad del individuo, tampoco fue concedido al querer y al poder de esas voluntades colectivas, que se llaman sociedades y naciones. Un pueblo entero, el más numeroso, el más ilustrado, el más potente, el más enriquecido, el más unánime en su propósito, nada puede contra el carácter y el destino que le trazan las ideas y los hechos, en que le han dado el ser las generaciones que le precedieron y criaron. Al dar impulso a su porvenir, obedece irresistiblemente a las fuerzas que le traen de lo pasado; como obedece un gran río a las condiciones que le imponen la masa del caudal de sus aguas y el recorrido cauce de sus riberas.

Los pueblos que han sido guerreros, que han sido religiosos, que han sido legisladores, que han sido comerciantes, que han sido artistas o filósofos, turbulentos o pacíficos, austeros o afeminados, oscuros o gloriosos, vanamente se querrá que borren o alteren en un día, y desde una fecha, la significación que traen al mundo, ya sea que fuerza extraña los oprima o compela, ya que su voluntad propia reunida en millones de votos, decreta lo contrario. En la reñida controversia a que hemos asistido toda nuestra vida sobre la naturaleza y asiento de la soberanía nacional, lo que nunca hemos visto claro es el límite de su mandato; lo que ha quedado siempre para nosotros como misterio no explicado, es el punto en que la fuerza de las voluntades presentes concluye, para enlazarse con la omnipotencia, siempre nueva, de las voluntades futuras. Pero respecto a lo pasado, no queda misterio, ni abrigamos duda.

Los que llamamos Nación, no sólo a un pueblo que hoy vive, sino también, y con mayor derecho, al que como tal ha vivido veinte siglos, y ha de seguir viviendo hasta un término para nosotros ignorado; como llamamos Tajo, no sólo a las aguas que riegan los jardines de Aranjuez una mañana de primavera, sino a los raudales que han corrido por miles de años desde las sierras de Cuenca, hasta las playas de Lisboa, no nos satisfacemos con razones sacadas exclusivamente de lo que es actual y transitorio. Lo que ha sido perenne en un pueblo, es independiente de su voluntad determinada en un año. Ni las cancillerías todas de Europa, ni todas las asambleas del mundo, pueden alterar la significación de una palabra del idioma. ¿Una palabra decimos? -¡Pues si hemos visto no ha mucho que el número de personas que hubiera sido bastante para derribar un Ministerio, no consiguió hacer cambiar la forma de un sombrero!(8)

De cierto, los que más alto coloquen esa voluntad colectiva, que se llama soberanía de los pueblos, habrán de reconocer con nosotros, que sobre esa corriente de poder, que hoy vemos pasar tan impetuosa, tan rugiente, tan incontrastable, domina inexorable, providencial e

irresistible, la soberanía de la historia.

Y no se deduzca de esto, que al profesar tal doctrina, no aceptamos la regeneración de las sociedades y el progreso de la humanidad. Por el contrario, este mismo principio es el único que puede darnos una certidumbre consoladora. Historia, para nosotros, significa progreso: historia, es el atributo de la especie humana, como la razón atributo del individuo. Dios, que según la magnífica expresión de un Santo Padre, «se ha reservado para sí solo la memoria de lo futuro», ha querido concedernos un maravilloso destello de su presciencia, dándonos en la historia, «la profecía de lo pasado.» Al cerrarnos por delante el wagon acelerado, en que por la existencia nos conduce, nos ha puesto en ella, como un espejo frontero, que nos muestra el camino recorrido.

La humanidad es un ser histórico, como el hombre es un animal racional. Los otros seres animados no tienen historia, y por ello no tienen progreso. La historia no solamente nos sirve para explicar las revoluciones, sino que es para nosotros el criterio de su legitimidad. No sabemos de otro. Al aceptarlas como resultado de las fuerzas sociales, las admitimos, no sólo cuando son su consecuencia, sino cuando aparecen como su explosión.

También en la naturaleza las hallamos. Hay de trecho en trecho en el globo volcanes que inflaman los aires y estremecen la tierra: hay, de cuando en cuando, lluvias de fuego que sepultan ciudades. Hay en los acontecimientos humanos unas leyes de geología moral, pero no menos encadenadas al orden misterioso de una insondable Providencia, que concentran, en determinados lugares, erupciones como las del Etna; en determinados días, lluvias de ceniza, como la que cubrió a Pompeya. El autor de la naturaleza es el mismo autor de la Historia.

Vulgares y axiomáticas, como son estas observaciones, las vemos, sin embargo, olvidadas y desatendidas en el examen de las cuestiones europeas. En casi todos los problemas, cuya solución agita al mundo, vemos desechados con desdén, o no contados como positivos factores, los datos y los elementos históricos. A veces se nos figura que aportamos a un mundo recién creado, náufragos de otro mundo antiguo; o nos da una medrosa duda de nuestro propio entendimiento, como si nos sintiéramos evocados de una región de muertos y aparecidos.

Por no hablar de nuestra propia historia, en la cual unos no recuerdan nuestro poderío y grandeza como elementos de derechos o influencia; y no consideran otros que estamos expiando las ambiciones, tiranías, errores y fanatismos, de que dieron escándalo al mundo las generaciones que nos legaron esta grandiosa y embrollada herencia; por no hablar de la Hungría, de la Polonia, de la Irlanda y de otros cien pueblos, cuyos precedentes vemos tan contradichos o tan malamente interpretados, uno de los espectáculos que más nos admira, es el olvido completo de la más sabida, de la más estudiada, de la más vulgar, de la más manoseada de las historias, cuando se trata de los acontecimientos y de las cuestiones de Italia, que tienen hoy, como han tenido en todos tiempos, el privilegio de preocupar, absorber e interesar tan profunda y completamente la atención y la expectante ansiedad del mundo entero.

Fenómeno es éste que abrumba, por incomprensible, nuestra inteligencia.

Necesitamos, pues, resumir y concentrar en algunos párrafos cuanto llevamos expuesto en nuestro anterior estudio sobre Italia.

Ya lo hemos dicho allí, y no nos cansaremos de repetirlo. La historia de Italia es la historia universal; es, a lo menos, la historia del mundo civilizado y europeo: la que entra como elemento primordial en la genealogía y progresos de todos los otros países. Y con todo eso, si posible fuera que arribara a nuestro globo un viajero de otro planeta, al observar cómo se plantean y discuten los problemas desde la constitución italiana, debía creer que los pueblos de aquella región acababan de aparecer en el mundo; que Italia salía hoy del seno de las aguas, como la antigua Delos, o del de la barbarie, como uno de los más recientes establecimientos de la Australia. Decimos mal: quien no saldría de su estupor, sería, no el morador de otro planeta, o de un continente desconocido, sino más bien un romano desenterrado del tiempo de Gregorio VII, o un florentino contemporáneo del Dante.

Recordamos haber leído en la Mesíada de Klopstock, la visita de un ángel viajero a los habitantes de la tierra; al cual, viniendo de una esfera de seres inmortales, cuesta mucho trabajo, y le causa mucha tristeza comprender lo que es entre los hombres la muerte. Parécenos que algo de esto había de pasar a una sombra evocada de aquellos tiempos, ora fuese de un intransigente güelfo, ora del más unitario gibelino, al explicarle lo que hoy significan estas palabras: LIBERTAD, UNIDAD, INDEPENDENCIA DE ITALIA.

No lo dudamos: si a cualquiera de ellos se le anunciara que la Italia iba a ser al fin reino independiente, libre y separado, como España, Francia e Inglaterra; que el Sumo Pontífice iba a ser un Obispo, como el de Milán o Turín; que Roma pasaba a ser una capital civil como Madrid o Viena; si le dijeran, en fin, que el Imperio desapareció hace tres siglos, y que la Iglesia romana desaparecería dentro de tres semanas, ¡oh! sí, tenedlo por cierto; llamárase aquel hombre Farinato, llamárase Arnoldo de Brescia, o llamárase Galeato Visconti, mesaría con tristeza sus cabellos, y llorarían sus ojos lágrimas de patriótica amargura. «¡Al fin ha llegado a suceder después de tantos siglos, exclamaría volviéndose a su tumba, lo que tanto temieron nuestros padres en los días de Odoacre el Hérulo y de Desiderio el Lombardo!»

Cuando Metternich decía que Italia no era más que una expresión geográfica, afirmaba una verdad histórica; sólo que esta proposición, para él de menosprecio, encierra, por el contrario, la significación de la más alta primacía, el destino más privilegiado que recibió de la Providencia región alguna de la tierra. Este destino fue desde su principio, excepcional, único. La Italia política no ha tenido límites jamás: Italia no ha existido nunca, porque Italia tuvo a Roma, y Roma fue, desde su dilatación primera hasta nuestros días, más grande que Italia; porque Roma fue sucesivamente la unidad política, la unidad histórica, la unidad legislativa, la unidad moral y la unidad religiosa del mundo civilizado.

La historia de Europa no tiene más que dos capítulos: historia del Imperio Romano; historia de la Iglesia de Roma. De estas dos grandes evoluciones, que una a otra se heredan y completan, y que describen en torno de ella, como los orbes de un sistema planetario, todos los pueblos y razas de Europa, Roma es el sol central, Italia su atmósfera luminosa.

Dios, que ha creado en el hombre, regiones en que se elabora la sangre, entrañas en que se prepara la nutrición, alambiques en que se desprende el oxígeno del aire, órganos diversos en que se comparten con maravillosa armonía las varias funciones, y las misteriosas fuerzas de la vida, nos revela, sin embargo, por un sentido íntimo, que en el reducido espacio de nuestro cráneo hay un privilegiado foco de vitalidad, donde más concentradamente sentimos que funciona y preside la inteligencia. Y quien ha dado a los hombres cerebro, también para la razón y voluntad de las grandes asociaciones de la humanidad ha designado cabezas.

En el más largo período histórico que conserva la memoria de la Europa, esta cabeza ha sido Roma. Lejos de hacer una figura poética, lejos de asentar una paradoja, consignamos una verdad vulgar.- Roma antigua fue la antigua unidad europea: Italia, una provincia, la más central, del mundo romano.

- II -

Unidad religiosa: sin límites en el tiempo ni en el espacio

Desorganizado y destruido el Imperio, constituida la unidad de la ley, Roma heredó asimismo el centro de la unidad fundada en la fe religiosa. De las dos antorchas que iluminaron al mundo, una en aquella noche de barbarie, en que estaban sumidos los pueblos antes de la asimilación romana, otra en aquel caos indefinible que resulta del choque de los nuevos bárbaros, con la cultura y corrupción de la sociedad pagana, Italia fue la torre, Roma el fanal; Roma fue el centro de aquellas dos ideas, Italia el núcleo de aquellas dos unidades.

La primacía de Italia consiste en haberse asociado a la grandeza de una fuerza que empezó no reconociendo fronteras de territorio, y luego al poder de una idea, que ni siquiera admitía límites de tiempo. Mayor que esta primacía no la hubo jamás. Más grande que este destino no lo tuvo raza alguna. Los principios elementales que le constituyen, son: el dominio del mundo en el espacio, la asociación del género humano por una eternidad. Imperium sine fine dedi, decía su gran poeta.

La historia de Italia está urdida y tramada por estas dos aspiraciones a que Roma preside, a que Italia no ha renunciado nunca. Lo universal y lo eterno son los elementos constitutivos de su organismo, son las fuerzas vitales de su existencia; son los instintos de su temperamento; son los caracteres de su genio. Están en su origen, están en su desarrollo, están en su gloria, están en su decadencia; están en el genio de su ciencia, en el esplendor de sus artes, en su dominación, en su servidumbre; están en la guerra que hicieron a todos los pueblos, en la opresión con que todos la tiranizaron, en la adopción de todos los Dioses que acogieron en su panteón; están en el culto de un solo Dios verdadero, con el que su Pontificado evangelizó al universo.

Pero donde ciertamente no están es en los que ahora, al presentar programa de unidad, independencia, resurrección y engrandecimiento de esa Italia, que ya no puede representar sino una fracción política, quieren que deje de tener por corona la cabeza universal de la unidad religiosa.

Tal se nos presenta a primera vista, y teniendo sólo en cuenta los

hechos culminantes, la gran cuestión italiana y su conflicto con Roma. Tal es, a lo menos, el punto de partida donde nos colocaríamos para recorrer la serie de consideraciones que se ofrecerían a nuestros ojos, si hubiéramos de escribir un libro sobre ella. Faltos de fuerzas para tan ardua tarea, hemos reconocido por otra parte, que el desenvolvimiento de nuestras ideas pudiera conducirnos a las regiones de una filosofía histórica, donde la verdad misma revistiera las apariencias de paradoja; donde lo que pudiera nacer en nuestra alma, de una inspiración generosa, se creyera, -en un siglo positivo, y por un público apasionado,- misantrópico y desapiadado fatalismo.

Recelando que la esfera de nuestras contemplaciones, como el aire de las altas montañas, fuera una atmósfera demasiado fría y enrarecida, incapaz de servir a la respiración ordinaria, hemos descendido a un terreno menos elevado y más practicable; nos hemos ceñido a un horizonte más limitado, más al alcance de nuestros ojos, más en relación con nuestros medios, y hemos aceptado la cuestión práctica y actual, como la presentan la diplomacia y la política, sobre la constitución de un Reino o de una Confederación italiana, que reúna en posible armonía y en completa independencia de las naciones extranjeras, los elementos de esa particular y reconocida nacionalidad.

- III -

Cómo rebajan a Italia y a Roma los que hoy aspiran a realzarlas.- Nuestro propósito: el Pontificado independiente en una Italia independiente

Pero si podemos admitir y ensalzar este propósito sin inconsecuencia, no nos es dado asentir a aquello que, proclamándose como complemento, nos aparece como flagrante contradicción; que señalándose como extremo límite de elevación y altura por los que aspiran a engrandecer la Italia, se representa, por el contrario, a nuestros ojos, como el ínfimo escalón de su final descenso, el último y certero golpe de su completo acabamiento y ruina.

En el punto en que las razones de fijar y constituir la Italia en un Estado europeo, pretenden absorber a Roma en esa limitación italiana, las consideraciones que durante siglos se aplicó a sí misma la Italia entera se reconcentran todas sobre la cabeza del Catolicismo y nos hacen reivindicar los derechos eternos de la Historia contra las exigencias respectivamente mezquinas y transitorias de la política.

Cuando se anuncia con seguridad tan presuntuosa que porque la Italia se eleva al rango de Nación, Roma debe descender a la representación exclusiva de su nacionalidad, nos creemos con derecho de preguntar a la opinión, a la Europa y a la Italia misma, si la pretensión de hacer de Roma una capital política, está en los derechos de los Italianos respecto a la Europa y al orbe cristiano. Debemos preguntar más todavía: si en el caso de que esto fuera humanamente posible, autorizado y consentido, estaría en la conveniencia, esplendor y grandeza de la Italia misma regenerada y constituida, la secularización definitiva de Roma, y la supresión final de todas las condiciones que han hecho de ella el inmortal y divino asiento del Sumo sacerdocio de la Iglesia Católica.

Tal es, tan modesto, tan limitado, el único objeto de nuestras observaciones, por más que en el improvisado desarrollo de este ceñido estudio, no sigamos una rigurosa dialéctica, y nos separemos más de una vez, a derecha e izquierda, de nuestro principal objeto y propósito. La deducción principal, la conclusión definitiva de nuestras ideas, se la abandonamos a la razón y al sentimiento del que, leyéndonos, nos acompañe, nos comente, o nos contradiga.

Generalmente se ha considerado lo que será el Pontificado sin Roma: nuestro tema es más mundano: EL DESTINO DE ROMA, SIN PAPA, es el final objeto de nuestro discurso.

No sabemos si nos acusarán los partidos, de escribir con pasión y parcialidad. -¿Por qué?- Nuestras palabras podrán ser vehementes, porque es así el acento de la voz de nuestro espíritu; pero nuestro ánimo está perfectamente sereno, porque está completamente seguro.

Abrigamos dos grandes esperanzas. El porvenir eterno del Pontificado, está afianzado en la infalibilidad de una divina promesa. La independencia, la gloria y la libertad, creemos confiadamente que las alcanzará al fin la Italia, aunque sea a través de una lenta prueba de errores, desventuras y expiaciones. No es culpa nuestra, si en el espíritu de los hombres que están al frente de su actual revolución, no se concilian y avienen estas dos esperanzas, tan naturalmente como se acuerdan y combinan en nuestra razón y en nuestra creencia. No es culpa nuestra, si los que alucinados por un patriotismo, no bien depurado de elementos revolucionarios y de aspiraciones protestantes, han proclamado, desnaturalizándola, al aplicarla a esta cuestión, la fórmula, hoy en boga, de LA IGLESIA LIBRE EN EL ESTADO LIBRE, no buscaron en el fondo de los verdaderos sentimientos patrióticos, religiosos, liberales e históricos que animan a aquella sociedad, la realización de este otro programa, que creemos más práctico a la par y más elevado: EL PONTIFICADO ROMANO INDEPENDIENTE, EN UNA ITALIA INDEPENDIENTE.

- IV -

Urbs y civitas en la Roma antigua: Roma imperial

Ya lo hemos anunciado anteriormente; ahora es fuerza concretarlo.

Lo que hoy se llama unidad o independencia de un Estado, no podía tener para la Italia el mismo significado que dan a estas palabras el sentimiento patriótico y el derecho público de nuestros días. Unidad e independencia no fueron en el mundo antiguo, ni aun lo que son ahora; expresiones tan correlativas, que frecuentemente no hayan sido ideas contradictorias. La independencia es un hecho muy primitivo, muy originario: la unidad es la elaboración lenta de una civilización ya adelantada. La unidad se nos muestra primero como cualidad de raza: tarda mucho en aplicarse a una extensión de territorio.

Los grandes Estados territoriales europeos son de fecha muy reciente. Los vastos Imperios, como los de Asiria y Babilonia, el Mogol y la China, son de índole asiática. La antigua Europa no conoció semejante existencia política, que repugnaba al carácter libre y vagabundo de la raza de Japhet, que fue su pobladora. Su constitución social y política fue, desde

los más remotos orígenes, múltiple, diseminada en cortos grupos, y en limitadas e independientes asociaciones. El escaso ejército expedicionario que la reducida extensión de tierra llamada Grecia, envió a la guerra de Troya, contaba más Príncipes y Reyes, que monarquías cubren el inmenso continente asiático. Aquellos que Homero llama pastores de pueblos, guardaban muy escasos rebaños en sus silvestres apriscos. Más tarde, las mismas repúblicas griegas eran una confederación de pequeños municipios; y el coloso que Alejandro quiso levantar por el diseño de los Imperios de Oriente, rodó en pedazos después de su muerte, como si sólo le hubiera sostenido en equilibrio atlético su poderosa espada. No quedó en esta parte de Europa, más que el trozo que vino a ser después uno de los sillares para el edificio que la Providencia encargó de construir a Roma.

No hay para qué insistir de nuevo sobre la reconocida misión de la ciudad predestinada. El mundo entero ha consignado en todo género de testimonios, los hechos y los caracteres del destino excepcional y maravilloso, de que le tocó ser providencial instrumento. Roma no es una nación: no es un estado territorial, ni se cuida de serlo. No es una raza que viene de afuera, ni que busca su vivienda en el mundo: no es una familia prepotente que levanta el esplendor de una autoridad social o doméstica, al rango del poder político: no es un conquistador guerrero, o un profeta religioso, que sale a pasear por la tierra la fuerza de su espada, o la inspiración de una doctrina. No es un taller industrial, que va a imponer a pueblos rudos y necesitados, el consumo de sus mercancías, o a demandarles a poco precio las materias de su trabajo y de su comercio.

Ya lo hemos anunciado. Roma viene a mandar, a constituir, a ser Reina, a crear poder, a organizar gobierno, a establecer derecho, a poner un yugo de ley en los hombres, un vínculo de unidad en los pueblos: viene a amalgamar en una inmensa ciudadanía las diferencias de todas las razas, de todas las gentes, de todos los países. El germen de sus instituciones, como el de una bellota caída, destinada a ser un fortísimo roble, para dar origen a un dilatadísimo bosque, rompe desde luego y sucesivamente, todos los obstáculos que dentro quieren aprisionar su fecundidad, todos los diques que se levantan por fuera, a ceñir y limitar su impulso. Sus ojos y sus brazos se extienden sobre la tierra, pasando por encima de la región geográfica que la circunda. Antes que en Italia, piensa en el mundo; antes de cruzar los Alpes, desafía a Cartago; antes de pasar el Po, coloniza el Ebro y el Betis. Un hijo de Gades viene a ella a ser cónsul; y Sagunto puede ser aliada y amiga, primero que los Lígures y los Vénetos dejen de ser para ella bárbaros, extranjeros y enemigos.

Ni los Galos de Breno han de venir a incendiarla desde lo que después fue París; sino de las regiones que hoy son Turín y Milán. La guerra social fue una consecuencia, no fue un propósito. Su vocación, no es fundar una Italia: el REGERE IMPERIO POPULOS, todos los pueblos, es su divisa.

Todos son sus enemigos, porque todos han de venir a ser sus ciudadanos. A todos los ha de organizar con la doble fuerza de la asimilación y de la resistencia. Las dispersas tribus que pueblan la España y las Galias, antes de formar provincias por la sumisión, organizarán confederaciones para la lucha. Viriato, como Vercingétorix y Arminio, no serán jefes de pueblos, sino caudillos de ejércitos

allegadizos; y Roma triunfará fácilmente de aquellas nacionalidades indeterminadas, que no tenían entre sí ni vínculos morales de poder, ni intereses de comercio y cultura. Roma se los traía. Roma no venía, como habían venido los Asirios y los Persas; como vinieron después los Tártaros y los Mogoles; como Gengiskan y Timur.

Roma no exterminaba, no destruía. Su instrumento era la espada; su fin la ley, la gobernación. Sus legiones de guerra hacían obras de paz: sus Procónsules, que eran en su hogar Magistrados, traían instituciones, y sus Augures y Feciales, templos, culto y ritos. No causaban, pues, tanto horror, ni sobre todo, tanto desconcierto, como hoy nos parece, aquella dominación, aquella conquista. El mundo era entonces horriblemente bárbaro; y a través de las tradiciones de los pueblos sometidos, y de las exageraciones de los historiadores nacionales que las acogieron, alcánzase a ver, poniendo alguna atención en el carácter de aquellos tiempos, que salvadas las diferencias de raza y clima, estas poblaciones primitivas y subyugadas, se hallaban poco más o menos en la situación de los pueblos americanos, cuando se descubrió el Nuevo Mundo.

Los siglos de la conquista romana no están tan remotos, que no hubieran quedado vestigios y monumentos de anterior cultura, si por ventura existían, como quedaron del Egipto y de Grecia. Por eso fueron asimilados todos; por eso aquella civilización fue tan homogénea, tan uniforme, tan completa, tan unitaria; por eso el sentimiento de la patria nativa llegó a perderse, o más bien a confundirse con la ciudadanía de la patria común. Por eso llegó el tiempo de que las ideas de independencia fuesen ridículas; y de que Séneca pudiera decir que la pretensión de dividir los pueblos Por los Pirineos y los Alpes, por el Rhin o por el Danubio, era como si las hormigas quisieran dividirse en especies por los cuadrados de un huerto. A tan formidable unidad llegaba ya en tiempo del filósofo cordobés, y a mayor llegó siglos después aquella asociación universal, aquel catolicismo pagano, de que fueron Pontífices los Césares. Aquel Imperio ya no tuvo fronteras; ni sus súbditos extranjería.

Roma era ya una idea; ser Romano, una especie de religión. Y esta idea, este sentimiento, solo pudo inspirarlo una ciudad, un ser moral, no una nación toda entera. Hubiera parecido absurdo que todos los hombres se llamaran italianos; como nunca será que se llamen ingleses ni franceses. Romanos se pudieron llamar todos, sin abjurar de su patria nativa. CIVIS ROMANUS SUM, tanto quería decir como soy hombre en la plenitud de mis derechos; soy hombre civilizado. Fue un dictado político, como lo es hoy religioso: llamose romana la humanidad, como después hasta nuestros días, romana se llama la Iglesia católica.

La que se decía urbs se asentaba en el Tíber: la civitas llegaba del Atlas al Rhin, y del Támesis al Cáucaso. Y como para dejar un público testimonio de que el mundo se asociaba en torno de una metrópoli; pero que no se constituía en siervo de una raza, ni se daba en vasallaje a una región, Italia resistió la primera la prepotencia de Roma, luchó con ella largo tiempo como otras provincias, y aun más que muchas de ellas, hasta que, concertadas o sometidas, pero arrebatadas unas tras otras las ciudades italianas en el vórtice de Roma, formaron en torno de ella un centro luminoso de gravitación y fecundidad, que fue el sistema político del mundo.

- V -

Erradas apreciaciones históricas: -la verdad

Desde que aquel destino le faltó, desde que el astro de Roma, en su choque con el cometa de la barbarie, cambió la eclíptica de sus revoluciones, hay quien cree que la Italia no ha tenido tiempo ni ánimo para formular las condiciones de una nueva existencia.

Hay quien cree que el arquitecto que construyó la Domus aurea de Nerón, no sabría labrar el palacio modesto de un Rey constitucional; que aquella Emperatriz del mundo, que pudiera haberse cobijado en un claustro, como Carlos V, deja pasar siglos sin que piense en desceñirse la diadema, y en construirse su nueva morada; que antes quiso recibir la hospitalidad ajena, que reducirse a la vulgar condición y partija igual de sus otras hermanas; que prefiere, como Boabdil destronado, ir a pelear en extranjeras campañas, a recomponer un pequeño Estado con los pedazos de un roto Imperio; y que le fue más soportable su caída, hospedándose en las regias múltiples estancias del palacio del Universo, que si hubiera medido por los términos de su estrecha península las dimensiones de su vivienda.

Hay también otra historia más vulgar, otra apreciación -que, por más materialista y más cronológica, tiene más pretensiones de práctica y verídica,- la cual nos cuenta la agonía de un Imperio romano, que muere y se extingue en un día y una hora dada, con la abdicación de Augústulo, y nos hace pasar más de tres siglos en mirar la descomposición cadavérica del gigante del Mediodía, pasto de los buitres del Septentrión. Ella nos hace asistir al tristísimo espectáculo de una Italia cautiva en vergonzosa servidumbre, entregada en feudo a un rudo Emperador germánico, cuyos sucesores la profanarán con todo género de tiranías y liviandades, hasta que por último, despedazada en una división anárquica de Estados incoherentes, presa en lo interior de la violencia de sangrientas facciones, ludibrio y juguete de toda dominación extranjera que quiso imponerle yugo, viene arrastrando hasta nuestros días un largo martirio, demandando en vano a sus opresores y verdugos la ley de su libertad y de su emancipación, en las condiciones de su unidad, y con el derecho de su independencia.

Nos atrevemos a creer que tal juicio y tal pintura no son la verdad de la Historia. Quien aprecia de este modo las circunstancias y consecuencias de aquel gran cataclismo, olvida que entonces, no sólo varían las condiciones del mundo político, sino que se invierten los polos del mundo moral: se cambian los puntos de vista y la perspectiva de la Historia. Los hijos de los bárbaros, al estudiarla, al escribirla y al aprenderla, hemos seguido más bien las ideas que sirvieron a nuestros padres en la constitución de las nuevas naciones, que el gran principio y el gran sistema político, que había quedado en la mente y en el corazón de aquella MAGNA PARENS BERUM, señora e institutriz del género humano.

La verdad es que el pueblo cuya misión había sido destruir toda individualidad y toda independencia, no pudo aceptar jamás ni comprender siquiera las ideas de los bárbaros. No cupo en su pensamiento que las razas invasoras trajeran pretensiones de organización política; ni pudo él

entrar en el espíritu que preside a la constitución interior y especial del embrión de estas nuevas nacionalidades.

La unidad y la independencia, como principios políticos, son una idea contradictoria al elemento constitutivo del Imperio; como condiciones domésticas de aquellas tribus, ni las aprecian, ni las contradicen. Roma había dilatado sus términos de conquista, para gobernar: las razas germánicas y escandinavas bajan al Mediodía pidiendo campos en que vivir. El establecimiento de cada una de ellas empieza por una demarcación de territorio; sus condiciones de fundación son arreglos económicos de repartición de productos; su gobierno interior, el predominio de sus nombres venerados o temidos: su ambición no va más allá. Aquel espíritu que, entregado a sí mismo, había de concentrarse cada vez más, hasta llegar al aislamiento feudal, no trae pretensiones de dar leyes, ni de fundar instituciones; y al aceptar la organización política de las regiones que ocupa, le es indiferente que conserven sus códigos, con tal que pueda darles sus costumbres.

Las nacionalidades que se forman más tarde y más lejos, en las provincias separadas, se organizan, -ya lo hemos visto en nuestros estudios preliminares,- para el cumplimiento de su particular destino, siempre sobre la base de una raza conquistadora, un pueblo sometido y una familia prepotente. Pero en Italia nada de esto sucede. Italia es la única en que las familias latinas siguen siendo las familias patricias. Ni en Italia ni en Roma (contrayéndonos a nuestro actual propósito) se levanta, ni bárbara ni indígena, ni se ha levantado hasta nuestros días, una dinastía con aspiraciones de italiana. Porque un imbécil se despoje de la púrpura, no se desprende ella del derecho de darla, que los mismos bárbaros le reconocen y acatan.

Su imperio está donde quiera que mande el que es Señor del mundo; y el mundo no reconoce otro dueño que el que ella acepte o designe. El círculo de su elección es tan extenso e ilimitado, como cuando llamaba de Siria a Heliogábalo, de la Arabia a Filipo, a Trajano de España, a Maximino de los Godos ilíricos, de África a Severo, y de las Galias a Póstumo, Tétrico o Avito. Los bárbaros siguen siendo elegidos, porque hace tiempo son elegibles. Hace siglos que mandan los ejércitos, y que intervienen en la elección de Emperadores.

Los nuevos jefes de estas razas más numerosas y más audaces, no dejan de ser romanos: las muchedumbres que acaudillan, son legiones. Aécio las mandará todas en los campos cataláunicos. Stilicon, el vándalo, había sido Ministro universal y regente, después de la muerte de Teodosio, a nombre de Honorio, su sobrino, y de Serena, su mujer: sin duda que era romano. Alarico y sus hordas penetran a saco en Roma: Romanos son: súbditos del Imperio se llaman. Así entró un día el Cónsul Mario; y a través de más sangre y de mayor matanza, subió a ejercer la dictadura Sila.

Piden tierras y botín, como los veteranos de César. Saquean la ciudad, pero no matan el Imperio; y cuando nombran un Emperador, no es por la usurpación de conquistadores, sino por el derecho consuetudinario de pretorianos: así lo hacían las legiones de las Galias o las de Bretaña.

- VI -

Unidad del Imperio, aún dividido. Aversión al fraccionamiento

Que sean dos los Jefes del Estado; que manden separados; la unidad no desaparece por ello. La antigua república tuvo dos Cónsules; a la muerte de Gordiano, el Senado eligió ya dos Emperadores. Que uno de ellos esté en Oriente, no es nuevo. En otro tiempo llegaron al Eúfrates o al Orontes: en el Bósforo no está sino acampado el que allí habite.

Constantinopla es una residencia, no es una capital. El Emperador que se sienta en este solio, se llamará heredero de aquella soberanía: se intitulará CÉSAR y FLAVIO, y cuantos nombres le puedan hacer más latino, y acumulará cuantos dictados puedan justificar la categoría de Romano. Por eso, entonces y por muchos siglos -¿quién sabe si aun en el nuestro?- Francos y Germanos, Escitas o Esclavones, se disputarán encarnizadamente, en la posesión de Roma, no el yugo que le hayan de imponer, sino la consagración que de ella hayan de recibir.

Pero Roma no se satisface con lo que puede bastar a la ambición del más poderoso de los Reyes bárbaros. Clodoveo puede creerse Rey de los Francos cuando se aloja en las ruinas del palacio de Juliano; pero el Genio de la Ciudad Eterna se hospeda en el Capitolio; y en tanto que pronuncie sus oráculos, ya sea por boca de un Senado decrepito, que había visto derribar en su foro el altar de la Victoria, ya por los labios de un anciano Sacerdote, que se alza evocado de las Catacumbas, con aquellas dos llaves que cierran las puertas del antiguo mundo, y abren la entrada de la eternidad prometida, Roma se creará la Emperatriz del Orbe, y no comprenderá que pueda retroceder el antiguo dios Término de su vocación dominadora.

Todo cuanto le señale límites, y la circunde de fronteras, es para ella abdicación y destronamiento: toda idea de formar un reino aparte, le parece atentatoria a la majestad imperial, sacrílega traición a su inmortal soberanía. ¿Quiere Odoacre dar a sus Hérulos el rico patrimonio de Italia? Apelarán demandando auxilio al César que en Oriente guarda el nombre romano, y vendrá el Ostrogodo Teodorico, de parte de Zenón, a libertarlos. -¿Intenta Teodorico convertir su delegación imperial en monarquía vinculada en su raza, y limitada por el mar y los Alpes, como hacen sus compatriotas en regiones vecinas? Belisario y Narses volarán en nombre del Trase Justiniano, a exterminar en Teya y en Totila la estirpe de los audaces usurpadores. ¿Hace señas el injuriado Narses a los Longobardos de Alboino, como se cuenta de D. Julián a los moros, para que descienda a posesionarse de lo que no pueden guardar los degenerados Césares de Bizancio?

Narses pudo muy bien ser un político filósofo, que llamase a Alboino para fundar la patria italiana, como fue llamada ahora la casa de Saboya; y a Narses, sin embargo, le apellida traidor la Historia. La estirpe de Alboino, lejos de hacer desde Monza o Verona lo que hoy aplaude y espera de Turín y Milán, no consigue siquiera lo que lleva a cabo Clodoveo en las Galias, y en ambas vertientes del Pirineo, aquel

Ataúlfo valiente

En cuya heroica frente

De los Godos descansa la corona(9);

ni en los dos siglos y medio que corren hasta Desiderio se funda unidad lombardo-italiana, como se organiza en torno de los otros caudillos sociedad bárbaro-latina.

- VII -

Roma del santo Imperio

Los Romanos de Italia insisten tenaces en su idea, como el antiguo patriciado que heredaron; como la antigua generosa plebe, que proclamó la ciudadanía universal.

Abandonados enteramente del Oriente, no desisten de reconstruir el Imperio: están cercados por todas partes de bárbaros. César le había fundado con españoles y galos. Hay en el Occidente un caudillo tan fuerte y victorioso como el vencedor de Pompeyo y de Vercingétorix; un legislador más inteligente de sus tiempos que Teodosio y Justiniano. Las victorias alcanzadas sobre todas las razas germánicas y eslavas, y sobre las regiones a ellas sometidas, le constituyen el Jefe más poderoso de aquel mundo mezclado y confuso. No le quiere solamente someter y dominar; ni como Genserico y Atila, ha recibido de Dios la vengadora espada del Ángel del exterminio.

Su gran misión es organizar. El Norte y el centro de Europa son su fuerza: le falta Italia, que es la autoridad. Tiene el vigor y la rudeza de las nuevas razas: ha menester la inteligencia y la cultura de las antiguas. Presenta la razón de su espada y el prestigio de su gloria; pero le falta la legitimidad de un derecho. Aspira a fundar un Imperio sobre un principio; y principio, derecho, legitimidad, inteligencia y sabiduría, sólo podían venirle de aquella Roma, que no había entregado a ninguna fuerza el intransferible depósito de su eminente soberanía.

- VIII -

Personificación de Roma. Muertos el Senado y el Imperio

Pero en Roma el Senado ha enmudecido: sus Prefectos y Duques son magistrados municipales: los Exarcas imperiales quieren erigirse en tiranos. Para pronunciar los oráculos de la Divinidad tutelar de Roma, ha quedado solamente un personaje maravilloso, un Sacerdote de una Religión perseguida y martirizada durante cuatro siglos por los poderes públicos, y a quien todos ellos, sin embargo, habían hecho árbitro y custodio de todos los intereses sociales; un Obispo cristiano, a quien todos los Obispos de la cristiandad, reconociendo la delegación y autoridad de Aquel que sobre Pedro fundó su Iglesia y su legítima sucesión, habían dado en llamar Sumo Pontífice y Vicario de Cristo; a quien nuestros Poetas, por ello, han dado el título de mayor majestad en el mundo, llamándole VICE-DIOS.

Por él Graciano había declinado el honor de llevar entre los dictados imperatorios, el antiguo título de Pontífice máximo: por respeto a su autoridad, Constantino no quiso reinar donde aquel varón santo ponía sus

plantas, ni los hijos de Teodosio poner su solio donde él servía los altares.

Un hombre humilde, que, la frente cubierta de Ceniza, había contenido con sus lágrimas el furor de Alarico; un profeta que, revestido de imponente majestad, había aterrado con su sagrado conjuro al espantoso ministro de las iras del cielo, que se llamó Atila, y enviándole a morir de espanto y frenesí a los pantanos de la Pannonia; un hombre, que con un severo anatema había libertado a su desamparada metrópoli, de las depredaciones de Rachis y Luitprando, Reyes de aquellos Lombardos, ya entonces enemigos de su autoridad; un tribuno de su pueblo, que con una intimación había obligado a Pipino, el poderoso Rey de los Francos, a pasar los Alpes para proteger la cabeza del mundo contra un Exarca desvanecido, que quería hacerse su Rey; un Prelado, cuya reconocida santidad y cuya indisputada primacía, había convocado y presidido Senados de Pontífices en Nicea, en Constantinopla, en Efeso y en Calcedonia, y dirimido desde su Cátedra Santa, todas las controversias de la Teología y todas las interpretaciones de la doctrina; un Príncipe de los Apóstoles que había enviado los misioneros de Cristo a iluminar con la luz de su fe a los pueblos que se extendían desde las riberas del Indo hasta los desconocidos Anglios; desde la Escandinavia hasta la Abisinia, y que acababa de nombrar, en la época a que nos referimos, los Obispos y Pastores de las iglesias que el nuevo Emperador fundaba en todo el territorio de la Germania; un hombre, en fin, que, anciano, indefenso, pacífico y desarmado, se veía ensalzado como coronado Príncipe y Magistrado supremo, en aquella misma ciudad, donde tantos de sus predecesores y ministros habían dado su cabeza al verdugo, por enemigos y perturbadores de la República.

Este hombre extraordinario y único, cuya dignidad no había tenido modelo, y cuya potestad no ha de tener más fin que el de los tiempos, será el vínculo de unión de todos los pueblos. Todos ellos, bárbaros o latinos, eran cristianos: todos ellos se unían fraternalmente en la veneración de su santa paternidad. Este hombre es el encargado por el pueblo romano de ungir con el óleo santo de los antiguos Reyes de Juda, al nuevo César de la república cristiana. Y porque el Sumo Pontífice unge, consagra y santifica en el bautismo de una nueva ley, al supremo Jefe temporal de la Europa Germano-latina, es reconocido este Jefe de los pueblos bárbaros, SANTO, AUGUSTO, PACÍFICO EMPERADOR ROMANO!...

- IX -

Refutación, como de pasada, de Voltaire y los volterianos

Harto sabemos que esta apreciación histórica está en contradicción con otras apreciaciones. Harto conocida nos es aquella dogmática y magistral sentencia, que el siglo XVIII puso en boca de Voltaire; según la cual, el Imperio fundado por Carlo Magno y consagrado por León III, no era Santo, ni Romano, ni Imperial.

Voltaire le juzgaba en la persona de Federico Barbaroja: con volver la vista a personas que debía tener a su alrededor, hubiera podido afirmar con más razón que la monarquía de Clodoveo y de San Luis no era

cristianísima, ni francesa, ni monárquica. El siglo XVIII no creía en la soberanía de un pueblo, si el pueblo, al ejercerla, cantaba maitines en una basílica, y no en las plazas públicas la Marsellesa. El siglo XVIII no creía en la santidad de León III, esperando canonizar la virtud Petion y la santidad de Robespierre.

El siglo décimo octavo no comprendía que romano significaba, diez siglos antes, lo que Voltaire llamaría humanitario, progresivo, civilizador, -y lo diremos de una vez, aunque esto no lo decía Voltaire,- constitucional y representativo; como hoy, con razón o sin ella, se llama volteriana a cierta especial tendencia de materialismo, descreimiento e inmoralidad, que predominó en su siglo. Voltaire puede hallar absurdo que fuera Emperador Romano aquel Carlo Magno, que por ser germánico, no deja de contarse como soberano francés. Voltaire podía no creer Imperio la remota, templada, tutelar, poco sensible, multiforme y contrapesada primacía de un Protector supremo sobre los vastísimos Estados y Reinos de la Confederación germano-latina.

Es natural. Voltaire no entendía ya la unidad, sino sobre un tablero de ajedrez, ni la gobernación sino sobre un campo de maniobras: para él sólo era mando la administración centralizadora, despótica, reglamentaria, burocrática y cortesana de Luis XIV, o la ordenanza militar inflexible y disciplinaria de Federico de Prusia.- El Santo Imperio romano duró con todo eso casi hasta nuestros días. ¿Alcanzarán nuestros nietos los días de aquellos Imperios consagrados en el espíritu de la religión de Voltaire?

Hay un versículo en los Libros Santos, que anuncia dónde estarán cuando los busquen mañana:

TRANSIVI... ET ECCE NON ERANT!

- X -

Vida italiana de Italia en el santo Imperio.- Autonomía especial

Bajo aquel Imperio vivió la Italia una vida, y alcanzó una importancia, que, comparada, en los mismos siglos, con las de otras naciones, no desmerece en prosperidad interior, y las sobrepaja infinitamente en grandeza, en consideración, en influencia, y hasta en libertad y unidad, que no vemos existiesen la una más viva, la otra más caracterizada, en nación alguna.

No basta llorar lágrimas de tragedia sobre las discordias y desventuras de las Repúblicas de Venecia y Florencia, de Génova y Pisa, de Milán y de Nápoles. Es menester presentar en parangón las historias de Francia y España, de Inglaterra y Polonia, de las Provincias Ilíricas y Danubianas, de las regiones Escandinavas o Escíticas, en esos tiempos de confusa ebullición y de fermentación sangrienta o nebulosa, de todos los elementos de sociabilidad y civilización en la vasta extensión del continente europeo. Nos frotamos en vano los ojos para contemplar esa mayor ventura y prosperidad de los otros pueblos; y lo que vemos con asombro, es que todos ellos continúan, como de antes, en reconocer la superioridad de Italia, en mirarla como modelo, en copiarla como dechado, en imitar su cultura, en solicitar su amistad, en aprender de su ciencia, en admirar sus artes, en codiciar su poderío, en aspirar por él al dominio

del mundo, y en reverenciar aquella Roma, que sigue presidiendo desde su trono Pontifical, a los progresos de la humanidad, y a los adelantos de una civilización más grandiosa que la civilización antigua.

En la Ignorancia y rudeza que envuelve por todas partes a Europa, como una noche de densísima niebla, no se llega a extinguir en aquel siempre radiante foco, la luz que alumbró al mundo, y que guía al género humano por el camino que le ha de conducir a las regiones de un claro día.

Ya lo hemos dicho. De aquella tierra de muertos irradia toda vitalidad y movimiento, de aquella *serva di dolore ortello*, todo espíritu de libertad que fecunda la nueva civilización, y le da proporciones de sociabilidad y engrandecimiento. Allí no ha perecido, antes bien se ha multiplicado, el hábito y ejercicio de las costumbres políticas. Allí no cesan jamás de agitarse las asambleas públicas; allí se ensayan todas las teorías; allí se discuten todos los intereses; allí se ponen a prueba todos los sistemas y combinaciones electorales...

Allí se guarda como una tradición veneranda, el estudio y el respeto del antiguo Derecho: y al lado del depósito dogmático y profesional de la ley civil, se rejuvenece en más fecundas libertades la tradición viva y práctica del fuero municipal. Allí se inicia, y allí se desarrolla, y de allí parte aquel movimiento general de las comunidades contra el vasallaje feudal, que en los siglos medios representa una revolución, todavía más profunda que la que en la edad moderna transforma en Estados constitucionales las monarquías absolutas.

La ciencia política y la diplomacia no tienen en Europa otro campo ni otra escuela, que aquellos Estados, aquellas repúblicas, y aquella Roma, por donde se cruzan y van a converger como a su centro de acción, todas las grandes negociaciones europeas.

Allí, donde se quiere que haya quedado más vivo y por más tiempo arraigado el espíritu pagano, allí se fundan y se establecen todas las grandes órdenes o instituciones religiosas. Pero también en aquel suelo sembrado de asilos de religión y de monumentos de piedad, se erigen tantas escuelas y universidades, como templos y santuarios.

- XI -

Influencia y poder de Italia: parangón, y piedra de toque: demostración histórica

A los ojos de todas las demás naciones, en aquellos siglos, Italia aparece siempre como una visión oriental, ceñida de una aureola de esplendor, de culto, de prestigio y de singularidad privilegiada. Allí se dirige toda curiosidad, y toda codicia, y toda ambición, y toda envidia, y todo deseo de saber y de gloria.

En aquel, que se pretende panteón, el saber humano tiene su archivo: y para el arte, donde quiera sepultado, toda aquella tierra es magnífico Museo.

En aquellas costas saqueadas y de continuo conmovidas, concentra el mundo todas sus riquezas, y tiene el comercio de aquellos siglos sus grandes emporios. Todo tráfico se negocia en Génova; toda preciosidad oriental viene de Venecia; toda gala de Milán; toda belleza artística, de

Florenxia; toda alegría, de Nápoles; todo saber, de Bolonia y Pavía; y toda ley y toda autoridad, de ROMA.

Ningún pueblo de Europa se creará prepotente, si no pacta alianzas o ejerce influencias en aquellos Estados. No hay entre los poderes, ni entre las inteligencias otro órgano del pensamiento, que el idioma del Lacio que guarda Roma; y la primera que recibe vida y existencia y dignidad de lengua civilizada, es aquella en que erige el Dante el monumento más maravilloso entre todas las creaciones de la fantasía...

¿Buscáis la unidad en este conjunto? -La unidad que buscáis, la que llamáis unidad ahora, lo que representa esa idea en vuestra imaginación, esa unidad compacta y nivelada de la época moderna, esa pasta homogénea, que acaba de fundirse ahora, y que está blanda todavía del fuego de las nuevas revoluciones, no la hallaréis en esos siglos; no se os revelará realizada y existente en parte alguna.

Pero acaso preguntaréis, si había unidad fuera de Italia? -Interrogad los ensangrentados dramas de la historia de las islas Británicas; preguntad a las siete u ocho soberanías independientes y rivales, que se formarían hasta el sucesivo poder de Luis XI, de Richelieu, de Luis XIV y de la Convención, para producir aquella unidad francesa, que costó tanta sangre. Preguntádselo a las múltiples coronas cristianas y sarracenas de nuestra España; preguntádselo a la Germania anárquica y desgarrada; preguntádselo a la Hungría, y a la Polonia, que se excavaron su tumba en sus querellas; preguntádselo a esas regiones de la Europa central, que forman todavía el caos austriaco; y preguntádselo al Oriente, al Occidente, al Mediodía y a las hordas, casi salvajes entonces, del Norte escandinavo o moscovita.

E inquirid al mismo tiempo de todos esos pueblos si no era la Italia de entonces una nación que sabían distinguir de todas; si no era Roma una unidad incomparable, y sobre todas las demás, encumbrada; si no era el Emperador la más alta eminencia entre las potestades de la tierra.

Pero sobre todo, preguntad a los Italianos de aquel tiempo (que vivos están todavía en obras inmortales que nos dejaron); a los unos, si se creían dependientes o vasallos; a los otros, si se tenían por tan divididos que fueran entre sí extranjeros. Preguntad a Dante si aquella Águila maravillosa del tercer canto de su PARAÍSO, no es el vivo e inmortal emblema de un Imperio de que aún se cree miembro y ciudadano: preguntadle si cuando llamaba *serva* a su patria, no se refería a las miserables y locales facciones que la desgarraban; no a aquel Emperador que llamaba a grandes gritos a la tutela de la sociedad que abandonaba; y si güelfos y gibelinos no cabían dentro del gran círculo de libertad e Imperio, cuyo espíritu nos revela con tan perspicua verdad el Poeta florentino.

Aquella suprema autoridad nunca les parecía extraña, por más que con frecuencia les pareciese dura o tiránica; aquélla, que parecía partición, no lo era bastante a dividir la homogeneidad eucarística del amor de la patria.

La división del territorio era cuestión de gobierno interior; no era la desmembración de la gran República. Aquella diversidad de Ducados o Repúblicas, Condados, o señorías, no implicaba independencia soberana, ante la eminente jerarquía de la majestad Imperatoria; ni más la

contradecían que las pasadas denominaciones de Procónsules o Prefectos, Gobernadores o Exarcas. Las colisiones, a veces tan sangrientas, con los Emperadores, fueron diferencias entre súbditos y su propio Soberano; ya sobre dureza y tiranía de su administración y gobierno; ya sobre la organización y atribuciones de los poderes: eran como la lucha interior e incesante de todos los demás países, entre el Rey, los magnates y el pueblo. Aquí no había otro Rey. Ni el príncipe más independiente, ni la señoría más democrática, ni el güelfo más italiano, discutían o negaban el reconocimiento de aquella legitimidad, que representaba la grandeza común.

Entre las mil casas prepotentes o usurpadoras que se alzaron en Italia, ninguna abrigó jamás aspiraciones de dinastía italiana, como aquellas familias, desde el principio regias, que representaron la nacionalidad francesa o española; ni república alguna afectó la pretensión de heredar o reconstituir la antigua, sin que su vuelo se viera atajado. Quedaba siempre Roma, de donde emanaba el poder, y donde la más alta jerarquía temporal tenía que venir a demandar y recibir de rodillas la consagrada corona con que había de ser reconocida en el mundo.

Quedaba el Imperio, a quien ella daba título y nombre, como la más excelsa cumbre, aunque apareciera lejana e inaccesible, y envuelta entre nubes y tempestades, sobre las cordilleras de otras más cercanas y practicables eminencias. El Emperador no bajaba a Italia para enseñorearse de un suelo que a veces no hacía más que atravesar, y donde no volvía a poner los pies, abandonándole a sus señorías particulares, y a veces a sus sangrientas facciones. Pero el Emperador, cuando a Roma viene, se hospeda siempre en la mansión de los Césares: el Pontífice le consagra sobre la tumba de los Apóstoles.

Fuerais a demandar a esa Italia si se creía independiente: ella os respondería -ya lo oímos antes- «que era Soberana.» -Aquellas dos potestades, bajo una majestad a veces ilusoria y lejana, y bajo una consagración divina, representan todas las memorias y todas las esperanzas de su eterna universal primacía. Aquellos Estados, al reconocerse bajo ella iguales, no se tienen por esclavos, y se creen bastante unidos. La imposibilidad de una unión más compacta y cohesiva, llevábanla aquellos siglos en sus desordenados movimientos; llevábala, sobre todo, la Italia en su historia; como en testimonio de la pelea, llevan los ejércitos los jirones de sus banderas, y los guerreros sus piernas rotas y sus miembros mutilados. Ella no se los pudo entablillar. Las mismas huestes bárbaras, que en tan encontradas corrientes se pasearon por su suelo, no la pudieron unir, porque no la pudieron conquistar. No había nacido para ser la Polonia, ni la Hungría, ni la Bohemia, ni la Bretaña, ni la Borgoña. No fue eso: Venecia, Génova, Milán, Pisa, Florencia y Sicilia no renuncian nunca a aquella ilusión de unidad, remota, como las fronteras de sus conquistas; misteriosa y lejana, como su eterno providencial destino.

República ideal, con dos a manera de extraordinarios cónsules, reverenciaban de lejos a un Emperador, que se hospeda en el Mosa, como antes en el Bósforo; acatan en Roma a un Sacerdote, a cuyas plantas vienen a postrarse todos los Reyes de la tierra, como en otro tiempo ante la Majestad del Capitolio. Y Venecia, y Pisa, y Génova y Florencia se van a guerrear cada una por su lado quien con los turcos, quien con los tártaros, quien con los franceses, quien con los sarracenos; gozándose más

en lidiar en Palestina, en dominar en Malta, en triunfar en Crimea, en combatir en Lepanto, en penetrar en la China, en descubrir la América, en inventar la brújula y en escribir la DIVINA COMEDIA, que en fundar una nación de italianos. Acaso no era dable una nación de genios, de señores y de caudillos!...

¿Quién, después de todo, se atreverá a condenarlos, ni a compadecerlos? ¿Qué pueblo no se sentirá inclinado a envidiar tan glorioso destino? ¿Quién querría trocar el nombre de esa pléyade de civilizaciones magníficas, por alguno de esos astros pálidos y fríos, por alguno de esos cometas ominosos, que con tan estéril unidad, o con tan funesta independencia, giran en el hemisferio de nuestra historia? -Recurramos si no a un infalible barómetro.

Suprimid por el pensamiento algunos de esos pueblos, y en nada se perturbará la vida de la Europa... Suprimid un instante la historia de esa Italia tan desgarrada y tan caída, y suprimís con ello la civilización del mundo.

Pero una observación más todavía. Antes de hacer esa hipótesis, suprimid el Pontificado de Roma; y ni Roma ni Italia existirán como pueblos sobre la haz de la tierra!

- XII -

El Pontificado es indiscutible, porque es incuestionable. No es italiano, ni aun europeo, porque es católico

Temeridad, al mismo tiempo que pedantería, fuera en nosotros la insistencia en probar esta aserción. Somos enemigos de disertar sobre lo que todo el mundo sabe, nosotros, que no sabemos sino lo que nadie ignora. Hanse escrito en pro y en contra del Pontificado, millares de volúmenes; y el último escolar sabe ya tanto en esta controversia, como el más paciente erudito. La historia crítica y elevada ha reducido a su justo valor todas las exageraciones, como todas las fábulas: ha hecho justicia de todas las preocupaciones hostiles, de todas las imputaciones calumniosas, de todas las falsedades sectarias.

Bajo el punto de vista histórico, ya están de acuerdo todas las eminencias literarias y científicas de las más opuestas doctrinas, de las más distintas creencias. En el momento de escribir estas líneas(10) un Religioso de la orden más intransigente, y la más grande inteligencia de la comunión menos tolerante, acaban de hablar a la faz del mundo, en la primera asamblea literaria de Europa... De Roma y del Pontífice hablaron.- ¿Qué podríamos nosotros añadir? ¿Ni qué nos pueden importar las opiniones de ese fanatismo anti-religioso, que usurpa el nombre de racionalista o filosófico; cuando sus premisas y sus conclusiones están juzgadas por la más alta razón, por la más autorizada filosofía?... De hoy más, no habría inconveniente para nuestras doctrinas, en que historiadores como Guizot, o filósofos como Leibniz, asistieran a las sesiones de los concilios. En manos de tan altos espíritus podemos ya confiar la verdad histórica de nuestras creencias.

Por eso, sobre la soberanía del Pontificado no discutimos. El Pontificado es indiscutible, porque es incuestionable.

Ahí está, delante de nosotros está; a la faz del mundo, y sobre el mundo: hecho histórico, evidente, tangible. Nuestros ojos le ven: diez y nueve siglos le abonan: ochenta generaciones le atestiguan. Ahí está; como las Pirámides, como el Colosseo, como la columna de Trajano; más antiguo que ningún trono, más que dinastía alguna, más que ninguna institución, más que cosa alguna viva, más que la civilización misma de la Europa, a la cual bautizó en su cuna. Su existencia, como la del hombre, como la de las lenguas, es uno de aquellos fenómenos, que son a un tiempo mismo hechos incontrovertibles, y milagros patentes. Su origen, aunque evidente, se pierde en lo sobrenatural. Si le faltara el prodigio del nacimiento, sería aún más prodigiosa su duración y su existencia.

Cuando San Pablo se presentó en el Areópago de Atenas, a los filósofos que le preguntaban sobre su doctrina: -«Vengo a declararos, les dijo, el nombre de ese mismo Dios desconocido- IGNOTUS DEUS- que he visto escrito y consagrado en las columnas de vuestros pórticos». -Cuando San Pedro pone su cátedra en Roma, viene a revelar de quién era aquella misteriosa cabeza sin cuerpo, que apareció entre los cimientos, cuando se fundaba el Capitolio. Aquel cuerpo, él se le trae; era la humanidad toda entera. El Pontificado que él funda, es la última expresión de la universalidad del destino de la Ciudad Eterna.

¿Cómo había de ser italiano? Ni siquiera es europeo: ES CATÓLICO: es la transfiguración de la ciudad de los hombres en la ciudad de Dios. Ni en el mundo cabe: es de la Iglesia; es de la congregación de todos los fieles de la cristiandad, que desde las regiones expiatorias del otro mundo, sólo parte límites con la Jerusalén celestial de los bienaventurados.

- XIII -

Grandeza verdadera de Roma. Orígenes y fecha del poder temporal del Pontificado

La ciudad a quien ha cabido tal representación, es la más grande y maravillosa de todas las ciudades. El hombre que ha recibido tan portentosa significación, tiene, antes de todo poder temporal, la más extraordinaria de todas las potestades. Se le ve aparecer; y su aparición es un misterio profundísimo. Se le ve crecer y levantarse; y ese desarrollo, y esa grandeza, es un fenómeno inexplicable. ¿Cómo le han de juzgar bien los que le conocen mal, y menos aún los que le reniegan y aborrecen, si confunde y anonada a los mismos que le acatan y le adoran?...

Agítase hoy tumultuariamente en Europa la cuestión de cómo y cuándo empezó el Sumo Pontífice a ejercer poder temporal. Ciertamente, -y lo decimos en un sentido eminentemente católico,- ciertamente es una cuestión harto limitada y de proporciones bien mezquinas! Seguramente que para la majestad de aquella institución prodigiosa, lo temporal apareció tan insignificante y secundario, que pasa como embebido y eclipsado ante la contemplación de los primeros siglos, atónitos y subyugados ante el espectáculo de su espiritual grandeza.

No toman los Papas el señorío de Roma: Roma es la que los acata, obedece y adora. Parece que el Papado se levanta, sólo porque ella se le

arrodilla. Es el sol: nos hace ilusión de que asoma por el horizonte, y sube al firmamento; y es la tierra la que se vuelve y gira para que él la alumbré! Como los astros empalidecen con el nuevo día, así los otros poderes no se extinguen: dejan de verse.

El Papa no se impone soberano. Son Roma y la Italia las que quieren afianzar, engrandecer y amayorazgar en su suelo, aquel milagroso sacerdocio de una Religión, que después de redimir al mundo, disciplina la Europa, y civiliza la barbarie. Presente del cielo que se encontraron en las catacumbas, subiéronle en un camarín de oro, y rodearon su frente de coronas, como a aquellas Imágenes santas que aparecían en las excavaciones ruinosas, y que los pueblos ensalzaron en sus templos, como a tutelares Patronos, colocándolos al frente de sus ejércitos, o subiéndolos a lo alto de sus murallas, para triunfar de los enemigos.

Sí. Harto mezquina y secundaria es, por cierto, esa averiguación judicial y forense de la legitimidad del derecho, de la antigüedad del poder, de la claridad del origen de la soberanía secular del Pontífice. Sus probanzas son hechos tan rudimentarios y tan aprendidos con el catecismo, que causa pena y bochorno recordarlos, cuando se trata de la fundación de esa dinastía nobilísima, en comparación de la cual ya dejamos sentado que son inciertos y tenebrosos los principios de todas las casas reinantes, y la legitimidad de sus primitivos derechos.

Los Reyes que en los tiempos modernos han subido a los tronos de Europa más popularmente y por voluntad de Asambleas, Miguel Romanoff, en Rusia, en 1613; don Juan de Braganza, en Portugal, en 1640; Guillermo de Orange, en Inglaterra, en 1688, y en nuestros días Bonaparte, Luis Felipe, Leopoldo de Bélgica y Napoleón III, no presentan títulos más evidentes de legitimidad que esa genealogía antiquísima de Reyes de Roma, que empieza en el siglo VIII y en el 94.º Pontífice, para no interrumpirse jamás hasta el actual, el DOSCIENTOS CINCUENTA Y SEIS de los sucesores de San Pedro.

Los orígenes de este poder son más claros que los elementos de Euclides, más auténticos y reconocidos que la procedencia de la casa de Apsburgo o el nacimiento de Hugo Capeto. El último de los escolares os dirá el día y la hora en que un Pontífice se ve obligado a aceptar de la mano de un Rey victorioso, y por voluntad de un pueblo, que no quería ser presa del vencedor, el señorío temporal de una ciudad, que se redimía a un tiempo de dos Reyes igualmente bárbaros.

Confrontemos de nuevo nuestros recuerdos. Ellos nos dirán si el acta de cesión de la Lombardía al Rey Victor Manuel, después del tratado de Villafranca, es un documento más legal, más solemne, y más auténtico que la donación del territorio Romano al Papa Esteban el año 755, después de otra batalla casi en los mismos lugares que las de Magenta y Solferino... Pero la historia nos añadirá por complemento, cómo cuarenta años más tarde, Carlo Magno, dueño de la Europa, y debelador de todos los bárbaros, no sólo acata la soberanía de aquel Pontífice, a quien con un solo ademán de su manopla de hierro, podía arrojar de la ciudad ocupada por sus armas; sino que le reconoce con autoridad de darle la más alta investidura del poder humano y nos contará minuciosamente, como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos, o leído en la Gaceta de ayer, de qué manera y forma, al asistir a la solemne función del día de Navidad de 799, último entonces del año, el vencedor de los Sajones, de los Avaros, de los Burgundios y de

los Longobardos, que rezaba de rodillas ante el altar de los Santos Apóstoles, es coronado súbitamente por León III, y aclamado por el pueblo, «GRANDE, INVICTO Y PACÍFICO EMPERADOR ROMANO.»

Ya lo veis. Éste es el gran suceso. El sorprendente prodigio, el no explicado misterio es, no cómo el Papa se hace Rey, sino cómo puede hacer un Emperador. Esto podía ser la gran duda; éste el difícil problema. Duda que no tuvo entonces el mundo; problema del día de hoy!.... que era entonces ejecutoriado derecho. Ni Pipino ni Carlo Magno se le dieron. De más antes estaba consagrado y reconocido. Una cesión, una aquiescencia, un homenaje, un ceremonial bastarían para constituir una legitimidad humana, o para dar testimonio en un litigio vulgar. La gran legitimidad que el derecho humano no explica, lo sobrenatural y formidable de aquella categoría, que la humana razón no mide, está en reconocerle la potestad de imponer coronas y de consagrar Imperios. El prodigio incomprensible está en que los que en cien batallas habían triunfado de todas las naciones, y habían impuesto el yugo de la espada a tan innumerables tribus, para presentarse como legítimos señores a reclamar la obediencia del mundo, tienen que arrodillarse a los pies de un sacerdote pacífico e indefenso, reconocido ya como propietario de una soberanía que viene del cielo.

¿Qué le, importaba, pues, la autoridad temporal? ¿Quién se la podía disputar? ¿Quién se la podía conferir?

Ni Pipino, ni Carlo Magno, ni la condesa Matilde fueron sus creadores ni sus cedentes. No dieron lo que no podían quitar. Lo que de ellos fue llamado título, no es más que testimonio. De aquella institución, divina a un tiempo e histórica, fueron notarios y cronistas. Escribieron de ella una lápida, pusieron una fecha, como los antiguos Cónsules en los fastos de la República, fecha de su propia grandeza y de su propia sublimación, que abriendo una nueva época cronológica, como la de Julio César, consumaba una revolución fundamental en el sistema político de Europa. Los polos del mundo moral habían cambiado, y la civilización empezaba a girar por una eclíptica distinta, y bajo los signos de un Zodíaco invertido.

La antigua soberanía popular, concentrada en la LEY REGIA, había acumulado en un hombre un poder tan omnímodo y brutal, que los supremos delegados del pueblo se erigieron en deidades. El cristianismo no podía admitir la sacrílega apoteosis de la fuerza humana. Su soberanía no podía ser la omnipotencia del hombre. La grande idea religiosa, de que el poder viene de Dios, es completa y esencialmente contraria a que una potestad humana pueda proclamarse divinidad.

El dogma del libre albedrío fue una gran tabla de derechos; el poder social concluía donde el señorío de la conciencia empezaba; y en la manera de sentir de aquellos pueblos, que rompían, los unos la opresiva coyunda de una fuerza dominadora, al paso que se salvaban otros de un individualismo bárbaro, el DERECHO CRISTIANO fue para los pueblos vínculo y garantía, fue para los Reyes valladar y freno. Suprímase este derecho, y será Carlo Magno dueño y señor tan absoluto, como los Césares pretorianos. Pero también sin la consagración de este derecho, no pasaba de ser un caudillo de bárbaros, transitorio, como aquellas mangas de torbellino que se llamaban Alarico o Atila.

De este derecho, sin embargo, él no era ni el símbolo, ni el representante. De él, de aquel principio, de aquella creencia y de aquel

dogma, la personificación es el Vicario de Cristo, que se hospeda en Roma. Como enlazando un mundo que muere, a un mundo que se transforma; una civilización que aparece entre escombros, a otra civilización que brota entre ruinas, allí está, custodiando la antigua majestad de la República, el Representante de la ley de Dios sobre la tierra. Donde el antiguo tribuno, vuelta la espalda a la curul de los Cónsules, interponía el VETO de las libertades populares, se sienta ahora, en la misma humilde actitud, el Siervo de los siervos de Dios, diciendo a las potestades de la tierra el formidable NON POSSUMUS.

En el foro de Júpiter Capitolino estaba la fuente de la universal soberanía, con que legitimó el primero de los Césares la universal dictadura: en la cátedra de San Pedro pronuncia sus oráculos el intérprete de aquella ley, que renueva la asociación europea, bautizada en la fraternidad de Cristo. Por eso Carlos viene a recibir en Roma la investidura de una majestad que el nuevo Derecho eleva a sacramento. Por eso la Europa, constituida en confederación cristiana, se llama SANTO IMPERIO ROMANO.

Datad desde este momento, si queréis, la fecha del poder del Pontífice. Tal poder, que crea un Imperio; que vuelve a colocar la Italia a la cabeza de la civilización; tal poder, que sigue haciendo a Roma la metrópoli del Universo, no puede ser para nosotros, no es para la Historia la fecha del poder del Papa: ES LA FECHA DE LA OBRA DE DIOS.

- XIV -

Roma pontificia hasta 1852. Unidad moral, la unidad católica: urbi et orbi

Ni el Pontificado es cuestión de la historia de Italia, ni derecho controvertible en el progreso de su nacionalidad.

Es una institución preexistente, y generadora de esa nacionalidad misma, que brota y crece debajo de la silla de San Pedro, como sale un río al pie de una montaña. Italia no tuvo más que abrirlle cauce, para ser fecundada por sus aguas regeneradoras. No sólo recobra delante del mundo nueva superioridad política: preside desde entonces a una nueva civilización social. Italia, que había dado al mundo la unidad de la ley civil, debió al Pontificado la preeminencia de evangelizar al género humano en la plenitud moral: debióle el haber conservado la superioridad de Roma sobre aquellos mismos bárbaros, que habían bajado como bandadas de fieras a destruirla, y que se pusieron humildes, como corderos, a adorarla.

La era de venganza que habían concitado en el mundo los crímenes de los Emperadores, la conjuraron las bendiciones de los Pontífices. La civilización de la Roma gentilicia no había podido nada contra las locuras de un Calígula, o contra las infamias de un Heliogábalo. La Roma de los primeros Papas tuvo poder para hacer prosternarse en el polvo a aquellos salvajes cabelludos, que se llamaban Francos y Sicambros. El Pontífice hace arrodillarse penitentes y despavoridos a aquellos guerreros, tintos todavía de la sangre de los sacrificios humanos, y que sin el espanto de su Cruz y de su anatema, hubieran sido monstruos desenfrenados.

En medio de aquella anarquía de poderes que no se regían por códigos;

de aquella mezcla de razas, que no se atenían a territorios; de aquel caos de individualidades feroces, que no reconocían ninguna superioridad jerárquica; los Pontífices imponen a las naciones del Imperio aquella poderosa unidad moral, que antes de llamarse Europa, se llama la cristiandad. El Pontífice conserva la misma existencia material de Roma, que no teniendo razón de ser desde que no fuera capital del mundo, hubiera desaparecido en escombros de sobre la haz de sus assoladas campiñas, como Tiro y Sidón, Menfis y Palmira; como Tebas y Cartago.

¿Qué mucho que el género humano, que había creído a Julio César hijo de los Dioses, porque con grandes ejércitos y aguerridas legiones había llevado a término sus portentosos hechos; al presenciar verdaderos milagros, obrados por un humilde y desarmado anciano, le reconociera Vicario de Dios?... ¿Qué mucho que aquellas clases oprimidas, que habían ensalzado a Tiberio y a Nerón, sólo porque les parecía que eran sus vengadores, aclamaran en la excelsa magistratura de sus Pontífices, al más liberal de sus tribunos?

Por vez primera en el curso de la Historia presenciaban un maravilloso espectáculo, a cuya idea no habían llegado nunca ni los Gracos, ni los Virginios. Veían a un indefenso Sacerdote, salido a veces de la cabaña del pastor o de la celda del cenobita, soberano tolerado de una exigua provincia, ejerciendo sin embargo la potestad sobrehumana de quitar y poner Reyes, de mandar hacer penitencia a los Emperadores, de dirimir sus discordias, de hacer las treguas de sus guerras y dictar las condiciones de sus paces, de denunciar a la execración de los pueblos el escándalo de sus costumbres, de maldecirlos a la faz del cielo por la crueldad de sus venganzas, de anatematizar el horror de sus incestos, de atajar el contagioso concubinaje de sus irracionales divorcios, y de ofrecer un asilo en las sapientísimas leyes del derecho eclesiástico, contra los inicuos desafueros y los procedimientos arbitrarios de los códigos bárbaros.

Verdad es que ahora oímos calificar estos actos, de demasías, de usurpación, de translimitaciones inauditas de autoridad, de humillaciones degradantes del poder!... -¿Era entonces así?- Recordemos que aquellos pueblos, compuestos de una gran masa de vencidos, bajo una raza guerrera de feroces conquistadores, no tenían otra tribuna de asambleas, otra imprenta de periódicos, ni otra magistratura de acusador público que aquella cátedra Santa!... El Pontífice, en verdad, fue como el Gran Justicia de los reinos cristianos!

Los pueblos no se curaron de exigirle escrupulosamente sus títulos. En vez de escatimárselos como abusivos derechos, se sometían a ellos como oráculos; y los Reyes, en lugar de hostilizarlos como usurpadores o rivales, quisieron más bien ampararse de ellos, dando ejemplo de aquel respeto que les valía la sumisión y obediencia espontánea de sus bandas feroces.

Y así fue cómo los Pontífices abolieron el despotismo, destruyeron la esclavitud, y condenaron la rebelión. Así fue cómo organizaron la república cristiana, en medio de la anarquía. Así fue cómo la sociedad europea se organizó para el Pontificado, y para la Iglesia de Roma, que fue la Iglesia universal; y así fue cómo durante tantos siglos, en que la idea política no es en parte alguna bastante fuerte para dar cohesión,

consistencia, eficacia y grandeza a aquel cúmulo de principios en ebullición, y de naciones y razas en perpetua lucha; todo lo grande, unitario, perpetuo y progresivo, que constituye en común la obra de la civilización y de la historia de Europa, lleva el sello de la unidad católica, impreso por la mano del Sumo Pontífice que la representa.

Fue para Roma: fue para el mundo URBI ET ORBI.

- XX -

La hora del escarmiento. Conducta gloriosa del Pontificado desde que ésta sonó

Y nadie ve entretanto cómo el espíritu de los pueblos, desamparado de dirección y gobierno, preparaba una reivindicación tremenda de su menospreciada dignidad; y cómo la Providencia prevenía a Reyes y a poderes la más ejemplar de las lecciones de escarmiento.- Unos y otros habían desdeñado por insuficiente, la unidad fraternal de su doctrina; unos y otros habían tenido en insolente menosprecio la blanda autoridad de su justicia: a unos y a otros estaba preparada aquella unidad formidable de principios y negaciones; aquella justicia sangrienta y expiatoria de castigos y guerras, que como se alza una montaña al empuje de un terremoto, había de levantarse en medio de ellos, con el nombre de revolución francesa!...

Durante ese tristísimo período, no pidamos cuenta al Pontificado de no haber sostenido la unidad del reino temporal -que no es su encargo en el mundo- cuando cumple, hasta el martirio, la obligación de ser el antemural en que se estrella el espíritu de disidencia cristiana, empleado con tenaz perseverancia como instrumento de ambición disolvente, como piqueta de minador subterráneo. De enmedio de la discordia política salva siempre la unidad religiosa: en el caos de un racionalismo descreído, hace prevalecer triunfante la más alta razón de la doctrina evangélica: sobre el exclusivo predominio de materiales y corruptores intereses, levanta la eterna protesta a favor de imperecederas e inmutables instituciones.

Y si alguna vez, en litigios en que se ventilan derechos mundanos, aparece más inclinado a aquellos que no combaten sus principios; si obligado a habitar en una mansión, que por ser un santuario, no deja de estar fundada en la tierra, no ha ido a sentar su tabernáculo en el real de sus adversarios, falto de un campo neutral donde no le alcanzaran los cruzados fuegos; si en las luchas del continente se pone alguna vez al lado de las ideas de los sucesores de Carlos V contra los franceses del Reino Cristianísimo, que olvidan las tradiciones de San Luis y de Carlo Magno; y si en contiendas que puedan serle, como temporales, indiferentes, acude solícito a rechazar, no la novedad de una institución extraña, sino el error de una doctrina perversa; no por eso es verdad que el Pontificado haya ejercido influencias perturbadoras o tiránicas, patrocinando en Europa y en Italia, contra la justicia de los oprimidos, la iniquidad de los opresores, que las más de las veces son sus mortales adversarios.

No es verdad, no, que el Pontífice haya repugnado sistemáticamente una forma de gobierno, ni dejado de acatar jamás los designios de la

Providencia en el origen y constitución de los poderes. No le asustaron nunca libertades; no le subyugaron tiranías. Había vivido en paternal familiaridad con las antiguas repúblicas de Italia: vivió con Venecia hasta nuestros días, y no fue él quien la entregó al Austria aherrojada y vendida.

Había roto con los monarcas más poderosos; con los déspotas más temidos y adulados; con Enrique IV de Alemania, con Federico Barbaroja, con Alfonso de Aragón, con Pedro de Castilla, con Felipe Augusto, con Enrique VIII, con el gran Carlos V, con el mismo religioso Felipe II. Resistió en nuestros días sugerencias de soberanos muy poderosos, y sigue en pastoral armonía con las repúblicas democráticas de América.

Al estallar la revolución de 1789, no condenó la declaración de los derechos del hombre: abominó, sí, de la guerra que declaró a Dios, y de los crímenes con que espantó al mundo. La maldijo en los demagogos ateos o regicidas, llamáranse Robespierre o llamáranse Grégoire; y la resiste en el caudillo que la resume y personifica, pero no cabalmente cuando magistrado popular restaura y constituye, sino cuando Soberano reconocido y Emperador poderoso, avasalla y tiraniza.

No le neguemos el lauro de gloria y la palma de santidad que recoge en esas agitadas y turbulentas centurias, y en la más deshecha tempestad del medio siglo que las corona, hasta enlazarse con la que atravesamos y corremos. Si no puede establecer la concordia entre los Príncipes cristianos, ruega siempre por ella en los altares, con eterna y diaria protesta de una fe que abarca a los gobiernos y a todas las formas de gobierno, y ejerce siempre, y bajo el influjo de todas las ideas, sus altas funciones de poder moderador, atento a atajar las ambiciones tiránicas y desmedidas, lo mismo de un Emperador católico, como el que le sitió en Santangelo, que de un César jacobino que le llevara encadenado a Fontainebleau.

Y cuando no puede salvar a Italia, como en tiempos de Carlos V, obligando al vencedor prepotente a que reconozca todos sus Estados, gobiernos y príncipes italianos, impide a lo menos que Roma vuelva a ser humillante feudo de Césares extranjeros, o risible parodia de exhumadas repúblicas, cuyos postizos tribunos fueron cónsules y dictadores, a la manera que se vestían de Quirites los romanos de alquiler, que puso no sabemos qué Rey de Nápoles, para animar las ruinas de Pompeya.

- XXI -

Confianza del Papa en Dios y en su misión divina.- Quién pierde más

Esto, y no más, fue dado a la potestad sagrada del Pontificado, puesta en contacto con los intereses del mundo.

Hasta donde su influencia es legítima, no la rechaza; pero ni favorable la adula, ni hostil le amedrenta; ni en caso alguno le antepone la misión espiritual y perdurable que le está confiada. Porque los poderes de la tierra le abandonen, no se cree desamparado de la existencia del cielo(15).

De la hostilidad de sus adversarios o del desdeñoso apartamiento de los que debieran ser sus protectores, no será la Iglesia católica ni la

Religión cristiana las que más sufran. La sociedad civil, el estado temporal, quedarán de este abandono peor librados. Lo que pierda el Pontificado en influencia, no lo ganarán ni la Italia en consideración, ni el mundo en reposo. Porque deje de existir el Imperio, Italia no alcanzará soberanía, ni la política europea vendrá a concierto.

En tres siglos de encarnizadas contiendas no ha podido hallar todavía una combinación para cimentar sobre bases sólidas el equilibrio de aquellas fuerzas que más de una vez mantuvo la autoridad de la Iglesia romana en el fiel de la balanza de su santa justicia.

La fe religiosa no ha retirado sus márgenes de la extensión del mundo, ni los cálculos de la razón han reemplazado en las entrañas de los pueblos a aquellos principios evangélicos, de tal manera connaturalizados en nuestra moral, que los espíritus superficiales se ilusionan, hasta el punto de considerarlos no más que como nobles instintos. Pero los poderes que han divorciado la justicia cristiana de la razón de Estado, corren, y corren, y correrán desconsolados, buscando vanamente las garantías del público derecho, fuera del alcance de esa fuerza brutal, que afrenta diariamente el orgullo de una civilización presuntuosa... Guerras de treinta años, guerras de cuarenta años, guerras continentales, guerras marítimas, guerras por una sucesión, por un matrimonio, guerras por la orilla de un río, o por la falda de un monte guerras por el azúcar, por el algodón, por el opio; guerras por un collar, por un guante, por un abanico, por un paletot, han hecho humear de fuego y cuajar de sangre todas las playas y campiñas de aquella culta Europa, que se escandalizó de las cruzadas, y de la querrela de las investiduras. Y ni la paz de Westfalia, ni la paz de Utrecht, ni la paz de Amiens, ni la paz de Viena, han dado asiento de reposo a la Europa de la ciencia, de la libertad, de la industria maravillosa, de la riqueza inagotable, de la diplomacia infalible!...

Desde que San Pío V cantó aquel TE DEUM de Lepanto, cuando España y Venecia, con una bendición de Roma, acabaron para siempre con el poder de los Otomanos, los pueblos europeos celebraron infinitos funerales y ofrecieron innumerables hecatombes.

El Jefe supremo de la Cristiandad no ha vuelto a entonar en su nombre TE DEUM ninguno.

- XXII -

Problema actual.- Datos

Cuando después de tantas luchas por mentidos intereses; después de tantas iniquidades y tiranías, perpetradas con olvido de Dios y en desprecio de los hombres, se inaugura en Europa una nueva política, y se alza una voz y una bandera, que convocan a los pueblos a una nueva asociación de naciones iguales, independientes y libres; a lo menos, el nombre que se proclama es el que corresponde a la más excelsa de las prerrogativas de la humana criatura, al más noble, al esencial atributo de la conciencia humana. La doctrina que anuncia esa palabra eléctrica y de mágico prestigio, es algo como la fe; algo que se parece a una religión; algo que debe inflamar, después de tanto materialismo, a los espíritus más

generosos; que hace revivir, después de tanta desventura, a los pueblos oprimidos; que no choca, antes bien armoniosamente se concierta con las almas creyentes.

Ahora bien: libertad y materia; materia y libertad se contradicen y excluyen, como el ser y la nada. Quien dice libertad, ha dicho espíritu: quien admite el espíritu, está tocando a Dios. Quien reconoce a Dios, viene luego a Cristo. Libertad... puede sonar como REDENCIÓN, cuando baja del cielo. Mucho fue menester... fue menester que el genio infernal del orgullo profanara su nombre, para que los libertadores aparecieran tiranos, y los redentores verdugos!

En ninguna parte debía tener este grito un eco más resonante que al otro lado de los Alpes. Fue consecuencia del eterno espíritu, que había animado a aquellos naturales en todo el curso de su historia; fue resultado necesario de la situación a que le habían traído las combinaciones de la diplomacia, que el pueblo Italiano se adhiriera con la más ardiente de sus aspiraciones a una regeneración política, que se fundaba en una idea expansiva y universal, y le brindaba con la esperanza de recobrar entre los demás pueblos un puesto de grandeza.

Pero desconoceríamos también el genio de Italia, si al despertar de su letargo, en vez de abrir sus párpados a la vida de la igualdad, no conservara todavía en el fondo de sus ojos aquellas ilusiones de primacía con que se adormeciera. No la culpemos, si sus opresores, para mantenerla despierta, esclava, la cargan de cadenas más pesadas que cuando se encontraba adormecida. Los esfuerzos de la sierva que se emancipa, no tienen toda la dignidad que cumple a la Reina destronada.

- XXIII -

Divorcio entre la Religión y la Libertad. Napoleón, italiano. Yerro de Napoleón.- Error de Italia

Pero no culpemos tampoco al Jefe de la Iglesia Romana, si cuando esta gran revolución se inaugura en toda la extensión de los reinos cristianos, y con toda la confusión de sus nuevos principios, no se pone desde luego al lado de la tendencia que se llamó patriótica, y al frente de la idea que se anuncia regeneradora...

¿Cómo pudiéramos nosotros aclarar con más evidencia que lo ha presenciado el mundo, el lastimoso principio de este disorde antagonismo?... ¿A qué emplear nuevas fórmulas, o nuevos razonamientos, o nuevas declamaciones, en el juicio contradictorio de esta revolución y de su resistencia?... No: no tenemos nosotros, herederos, aunque próximos, de tan grandes sucesos, el derecho de llamar rebeldes a los que se alzaban, ni de lanzar dictados de oprobio contra los que resistían... Lloremos, sí, no sobre ellos, sino sobre nosotros y sobre nuestros hijos, (como a las piadosas mujeres de Jerusalén decía, caído en tierra, el Salvador del mundo), si los que primero tremolaron la enseña de libertad, empezaron por lanzar anatemas a la Religión, y dieron desventurado principio a ese sacrílego divorcio, que imprime desde entonces funesta bastardía a todo cuanto engendra la revolución francesa, y que propaga por de pronto en el nuevo César que la hereda y personifica, la estéril impotencia de levantar

de nuevo el poder de Carlo Magno.

Las aspiraciones y los sucesos de Italia toman desde luego un carácter muy distinto del que revisten en las demás naciones de diferente temperamento histórico. Ya lo hemos dicho con insistencia. En vano la Italia, que había visto las águilas del antiguo imperio reducidas a no ser más que un blasón heráldico, esculpido sobre la puerta de un castillo desmantelado, había despertado de los sueños del predominio, a las realidades del cautiverio: ni por eso formula sus demandas de emancipación en pretensiones de igualdad. Este pensamiento le es instintiva y originariamente antipático.

Nunca se le presentará la independencia, sino bajo la forma de conquista. No reclama la igualdad, hasta que se siente dotada de un privilegio de dominación; y el movimiento de la libertad no la arrastra, sino cuando hay un nuevo Imperio, al cual se asocia. Y es que por una ilusión que se enlazaba con su propio destino, este Imperio puede creerle suyo. El dictador de la gran República, el caudillo de las nuevas doctrinas, el ascendiente de las nuevas razas, el reorganizador de la nueva sociedad, el representante de la idea que agita al mundo, el que lleva en sus manos la bandera de los nuevos colores, y en su nombre extraño el agüero de los nuevos destinos, es un italiano, es el sucesor y descendiente de los antiguos coronados dictadores.

Pasemos nueva revista a los títulos que sobre él tiene Italia. Italia es la primera que le proclama César; que le saluda Augusto; la que le quita su nombre de familia, y hace de su nombre personal un título imperatorio y un apellido dinástico. De Italia son las glorias que le hacen Cónsul; a Italia torna siéndolo para volver consagrado de Emperador. No le hubieran bastado cien batallas ganadas en el Rhin o en el Danubio, o en el Támesis. De allí no hubiera traído aquella corona de hierro vinculada en los armarios de Monza.

La púrpura del Luxemburgo era una decoración teatral: los italianos le enviaron desde el foro la secular, la verdadera: fueron ellos sus legiones pretorianas. En aquel genio, que es su genio; en aquella fortuna, que es su libertad; en aquella personalidad, que es su representación, abdicarán de nuevo su gloria y su destino; y mientras que todos los pueblos de Europa se aprestan a defender su secular independencia contra un soldado, que no les representa como los Césares, la universal ciudadanía; los italianos seguirán tras el ídolo de su creación y abismarán su nacionalidad en el piélagos de aquella gloria, con total olvido de su extranjería, en pos del nuevo Emperador de los Francos, y le servirán de cohortes y de lictores en la lucha o en el martirio de las otras nacionalidades de Europa.

Y a esta ilusión de los súbditos, había de corresponder otra más deplorable en la imaginación del caudillo. A aquel Carlo Magno se le antojó tener necesidad de un León III; aquel Cesarismo creyó que para hacerse Imperio le faltaba la tradicional consagración. Como los Emperadores paganos, tenía el Pontificado máximo de la aclamación popular; quiso él buscar fuera de la revolución, aquella autoridad que no es la fuerza. Pero entre la incapacidad de una soberanía atea para ungrle de una majestad religiosa, y la imposibilidad de que un Pontífice diera al heredero de los regicidas una consagración cristiana, abriose un abismo

tal, que sus ojos, al contemplarle, se marearon con el último vértigo de la soberbia humana, desvanecida y endiosada.

Entonces, más audaz que Alejandro, quiso hacer un nudo con aquella espada, que sólo servía para cortarlos. Entonces, tiranizar a Roma, le pareció lo mismo que arrodillarse ante ella; y porque tenía a la Italia liberal, quiso arrastrar con ella a la Roma pontificia. Era éste en el orden religioso un absurdo tan grande, como en el orden moral las locuras de Calígula y de Heliogábalo.

- XXIV -

La Italia de Napoleón no es la Italia papal; es la Italia anti-papista. Ilustres escritores italianos contemporáneos. El pontificado católico vale más que el de la revolución y el de la disidencia

Cabía en lo antiguo la elevación del hombre al rango de divinidad; pero no en el sentimiento europeo esta apoteosis que postraba la divinidad delante del hombre. Era un golpe que humillaba la religión más que los decretos de Saint Just, y que las ceremonias de Robespierre. Era declarar el Sacramento de la Iglesia como un rito de pompa palaciega y de etiqueta cortesana, que el mundo podía necesitar como ceremonia; pero que él no admitía como creencia.

¿Y que había de suceder? -El atentado se consumó.- Pero la inflexible lógica pudo más que la ilusión absurda, y la Providencia más que el cálculo descreído. Napoleón no pudo ser el conciliador de dos potestades, ni de dos ideas, ni de dos siglos. Su consagración fue una antítesis, un anacronismo, como después su matrimonio. No era una nueva Europa religiosa la que representaba; era el siglo XVIII que prevalecía. No era la Italia papal; era la Italia antipapista. Las dos ideas que se divorciaban en su persona, más que para el sentimiento europeo, -y lo fueron mucho,- quedaban divorciadas para el espíritu y para el porvenir de Italia.

No quisiéramos que nuestros juicios parecieran apasionados; pero no pueden dejar de ser severos. No es culpa nuestra que las consecuencias de estos hechos sean más tristes que nuestras calificaciones; y las ilusiones más funestas que los errores. Los españoles, que hemos perdonado a la sombra de Bonaparte los delirios de su ambición, bien podemos lamentar con tristeza, pero sin ira, los sueños de gloria con que magnetizó la nerviosa complexión política de los italianos. Más lúgubre que nuestras palabras, triste, comme le lendemain d'une fête, que dijo un poeta francés, fue para ellos el despertar de aquel letargo febril y convulsivo.

Vieron entonces que, en vez de colocarse de nuevo al frente de la Europa, se habían hecho sus enemigos: que cuando, tras de una breve dominación, había desaparecido el nuevo Imperio, en el hundimiento estrepitoso de su misma frágil construcción, se habían encontrado, como antes, envueltos en sus ruinas; presa y víctimas de desapiadados rivales. Vieron los italianos que sus ilusiones imperiales solo servían para quedar amarrados a las cadenas de otra Potencia, que alucinada igualmente de un somnambulismo cesáreo, continuaba en probarles con su mismo razonamiento, que no podía ser Imperio sin ellos. Vieron, finalmente, que al divorciarse de Roma, que en la lucha sangrienta no había podido ser imperial sino

europaea, habían hecho excisión de su natural metrópoli.

Ellos debieron conocer... ya tarde!... que de lo que había quedado de revolución en el mundo, la metrópoli no estaba en Italia, sino en París, que adictos a Roma, tenían que dejar de ser revolucionarios; y que el buscar de nuevo en la revolución su independencia, envolvía la original contradicción de hacerse independientes, dependiendo de principios y de apoyos extranjeros.

Estas consideraciones, que parecerán fantásticas a algunos espíritus superficiales, no se ocultaron a la penetración y claro entendimiento de los más ilustres y eminentes italianos(16). Son ellos mismos los que nos las han sugerido.

Ellos mismos son los que nos explican cómo estos precedentes complicados tejen la trama de los últimos sucesos de Italia, antes de su más reciente explosión. Ellos mismos nos indican cómo para volver a colocar a los italianos en el camino de una nueva y legítima regeneración, era menester empezar por desvanecer ante sus ojos las ilusiones que los habían alucinado. Ellos mismos formularon fría y razonadamente un nuevo programa, según el cual las aspiraciones de Italia debían acomodarse a demandar un puesto de igualdad y participación, que la justicia y la imparcialidad de la Europa no podía negarles. Y algunos de ellos, en fin, anunciaron elevadamente la idea, y predicaron resueltamente la necesidad de que entre los elementos de grandeza para constituir su nueva y legítima nacionalidad, no rechazaran ni tuvieran en olvido el mismo singular y glorioso privilegio que deben a la Divina Providencia, de abrigar en su seno aquel Pontificado de la Iglesia universal, que harto más vale que el Pontificado de la revolución, o que el Pontificado de la disidencia, en cuyo nombre otras naciones toman o ejercen su moral predominio.

- XXV -

Compromisos de las alianzas. Solución de Pío IX. Roma independiente en medio de una Italia libre.- Encono del antipapismo protestante

Cuando la Italia inició de nuevo una pretensión nacional y práctica, tal como se deriva de la actual constitución europea, reclamando un puesto de independencia e igualdad entre los demás Estados y su participación de soberanía en el Congreso de las naciones, los hombres inteligentes debieron abrigar la esperanza de que Roma fuera para los Italianos, no solamente la égida protectora contra las extremadas consecuencias de su natural agitación, y contra las indeclinables necesidades de su debilidad, al empezar la desigual pelea; sino también el obstáculo para que la cuestión de su independencia no apareciera en el drama de la política moderna, un acto más de la antigua, clásica y secular tragedia entre un Imperio que se funda en la posesión de someterla, y otro que aspira a constituirse en el poder de emanciparla.

Comprendemos que Italia acepte sin desdoro la alianza y los auxilios de una potencia que puede oponerse legítimamente a que haya en Europa una supremacía imperial fundada en la hegemonía Germánica sobre el centro y núcleo de las naciones latinas.

Pero comprendemos también que esta cooperación impone a la Italia

miramientos hacia el nuevo Augusto, que sin divorciarse del espíritu católico, como el César que le precedió, no puede entregar a Roma a los nuevos Lombardos de Desiderio, ni acceder a que el Pontífice quede bajo una custodia que el mundo católico no consiente, ni confía a los sectarios de Mazzini.

La solución de estos conflictos debiera haberse buscado hoy, como hace mil años, en Roma misma, y en el santo prestigio del Pontificado. Pero no en vano, ni por arbitrario capricho, nos hemos fijado con tanta insistencia en los precedentes históricos, al examinar una faz de esta cuestión, evocándolos e inculcándolos, aun a riesgo de ser molestos, o de parecer desmemoriados.

Ahora nos cumple ya ser más concisos, y correr más desembarazados. No en vano nos hemos detenido en un análisis de aquellos elementos históricos, que encarnados en la generación de los sucesos y en la genealogía de los partidos, tienen más fuerza vital que las especulaciones de la inteligencia, y mayor poder que las combinaciones y cálculos de la sabiduría; a la manera que el temperamento nativo de un individuo, o el resultado de sus hábitos y costumbres hacen ineficaces las prescripciones más cuerdas del médico que aspira a curarle o fortalecerle. No en vano, ni por espíritu de preocupación fanática, hemos recordado los tiempos en que una disidencia anticatólica toma las proporciones de un vasto sistema diplomático, y los nefastos días en que una revolución política reviste en sus principios y en sus resultados, la forma de una cruzada anti-religiosa.

Hombres y acontecimientos vienen, desde Adán, engendrados en el germen de las paternas dolencias. No es culpa, sin duda de la Italia actual, sino original pecado, inherente a la filiación histórica de las ideas y a la procedencia de los intereses y ambiciones, que desde el primer instante, y aun antes de nacer, se hayan apoderado de su movimiento regenerador las dos tendencias que señalamos. Pero mucho menos puede ser culpa del Sumo Pontífice de Roma, si entre el espíritu anti-religioso que se deriva de la revolución francesa, y el proselitismo anticatólico que anima las creencias reformistas, la resurrección italiana no ha tenido la fortuna de buscar dentro de sí misma los principios que pudieran constituir su unidad en una federación o en una monarquía católica.

Decimos mal, y con dolor habremos de recordárselo a la revolución italiana!... Hubo quien tuviera el primero la inspiración de esta idea patriótica y salvadora. Ha habido quien buscó en ella la solución del problema, tal como le hemos propuesto, y como lo habían anunciado esclarecidas y patrióticas inteligencias.

El Santo Pontífice, que se sienta hoy en la Cátedra de San Pedro, proclamó un día desde las alturas de su Trono venerando, una ROMA INDEPENDIENTE ENMEDIO DE UNA ITALIA LIBRE.

El mundo recuerda con espanto de aflicción, cómo respondieron la Europa y la Italia a la patriótica apelación del más y liberal de los Soberanos de Roma. No queremos detenernos en la conmemoración de aquella lastimosa historia, y de las tribulaciones tan parecidas a remordimientos que debieron caer sobre aquella alma santamente cándida y generosa, cuando en lugar de una Italia regenerada, se encontró con una revolución asesina; cuando la sangre inmortal de Rossi, víctima del puñal fratricida, bañó con

doloroso espanto su Sagrado Pie!

Pero no extrañemos la inevitable consecuencia de que la revolución actual, hija de 1848, encontrándose, al ver la luz, con un Pontificado, del cual se reconocía sin derecho a demandar ni admitir protección ni acogida, le declarase esa sistemática guerra, con todo el rencor del remordimiento, que nos revela aquella profunda observación de Tácito: *Proprium humani ingenii est odisse quem læseris*.

Desde ese momento, Roma se halló comprometida en el espantoso conflicto de la absorción con que la amenaza la hostilidad revolucionaria, y la proscripción y el destierro que contra su Pontífice fulmina, entre gozoso de la victoria e iracundo de la tardanza, el anti-papismo protestante. Aún pudiera llegar a tiempo de salvarla la patriótica e ilustrada de un liberalismo verdaderamente italiano, pero, sobre todo, sincera y completamente católico.

¡Oh! feliz y grande esta luz, y el que traiga esta luz! Mas éstos son misterios del porvenir, o más bien... el secreto de Dios.

- XXVI -

Plan protestante.- ¿Qué importa Venecia? -Lo que importa es decapitar al catolicismo

Esta solución dejaría una Italia en Europa.

Pero ¿qué importa al liberalismo europeo que haya Italia? Lo que importa al protestantismo, sea liberal o monárquico, democrático o socialista, es que no haya Iglesia católica, esto es, Iglesia romana, ni en Italia, ni en el mundo, si tanto osaran y pudieran.

Y ésta sería de seguro, aunque otra no se diera, la prueba de lo que valen, para la constitución europea y para la libertad del mundo, la existencia y la acción del Pontificado. No se lo preguntéis a los Italianos, sino a los contendientes en ese gran juego, del cual ellos son la puesta, y que quieren hacer a Roma la carta de triunfo decisiva de la última baza. Preguntádselo a quien para quedarse con el caudal de todos, no tiene otro obstáculo que esa autoridad vigilante, ni otro principio de cohesión refractario a su acción disolvente; que sólo encuentra la rigidez inflexible de su universal derecho opuesta a la norma contradictoria y acomodaticia de la particular conveniencia; y que no tiene rival más formidable que un Sumo Sacerdote, al título mismo sobre el cual otro invasor proselitismo aspira a fundar una especie de Pontificado seglar, o tal vez femenil; el Pontificado de la Biblia.

Fiel a su divisa de dividir para reinar, el vínculo que se esfuerza a destruir, donde quiera que existe, es aquella unidad que él no puede representar.

No le hace sombra ya la casa de Austria, ni la grande Armada, ni Richelieu, ni Luis XIV, ni la Convención, ni Bonaparte.

Pero el Pontífice permanece aún en el Vaticano; y donde quiera que la ley de su espiritual supremacía pueda ser el vínculo moral para la formación o subsistencia de un grande Estado, allí será menester abrir un foso de disidencia; y allí acudirá Lutero, no con Mauricio de Sajonia, ni

con el Landgrave de Hesse, ni con Gustavo Adolfo, sino con ochenta o cien navíos de ciento y treinta cañones ¿La Alemania, puede muy bien volver a ser en nuevas condiciones un Imperio poderoso? -Pues para hacerlo imposible, divídanse los Germanos del Elba y del Rhin y los ribereños del Danubio en irreconciliables creencias. Rivalidad entre Alemania y Prusia, que abra un abismo en que pueda hundirse la una, y mejor la primera que para eso es católica!

Portugal y España, ¿pueden estrechar su natural hermandad, haciendo desaparecer sus ligerísimas diferencias y sus irracionales antipatías? -Pues hágase aparecer siempre a España fanática, sanguinaria, intolerante; y predíquese un día y otro en Portugal el protestantismo, con el celo de la desconfianza o del odio exagerado a Roma, y se creará entre los dos pueblos una frontera impenetrable a los caminos de hierro.

¿Amenaza la Francia de Napoleón III convertir en imagen demasiado parecida de un nuevo Imperio, una protección sobradamente eficaz y obligatoria? -El remedio es conocido; el antídoto, infalible y probado. Que la Italia al reconstituirse, arroje de su seno al Sumo Pontífice! Que la temida unidad italiana sea una comunión protestante o vergonzante o descarada; y la dominación del protectorado antipapal queda asegurada en las dos penínsulas.

¡Venecia!... ¿Qué importa Venecia?... Venecia no es Italia en aquella geografía donde Gibraltar no es España... Darle a Venecia sería desmembrar demasíadamente a un Estado amigo, a quien ya se ha dejado desangrar en Magenta y Solferino... Si el Papa estuviera allí, ¡oh! entonces ninguna duda ofreciera la apremiante necesidad de darle su puerto natural a la Lombardía. Pero, desgraciadamente para los Venecianos, el Papa está en Roma... en Venecia no manda más que el Emperador, a quien apenas obedecen los Bohemos, los Croatas y los Maghiaros... En Roma está aquel poder misterioso que tanto se ridiculiza, pero que todo el mundo reverencia y acata, y que no tiene límites ni en los siglos!

Todos los cónsules y almirantes se encuentran precedidos en todas las zonas y en todos los mares, por sus apóstoles y misioneros... Es menester que desaparezca la rival temida, para que el Pontificado de la Biblia en sajón tenga en todo el orbe colonias; en todas las costas, factorías; y en todos los Tronos europeos, miembros de una misma familia. Es necesario que la nueva Italia se apodere de Roma; que secularice el Santuario de Roma; que se convierta el palacio del audaz soberano, que no quiso absolver a Enrique VIII, en una corte donde pueda gobernar todavía, después de otros Rienzis y de otros Arnolds de Brescia, algún descendiente de Mauricio de Sajonia o de Guillermo el Taciturno.

De aquel árbol pomposo, que cobijó con su sombra a todo el orbe civilizado, y a pueblos ateridos y faltos de sol, han cortado las ramas que caían hacia sus tierras, a pretexto de que no dejaban pasar clara la luz del cielo. Es preciso ahora, que arranquen su tronco los mismos hijos del suelo en que ahondó sus raíces, aunque destilen sangre, como aquellos árboles del Dante en que se convierten en el Infierno los suicidas; aunque les sirvan después, como a los desesperados réprobos, para ahorcar en ellos sus propios cuerpos.

Ocupar a Roma para lanzar de ella el Pontificado; ésta es, y nada más, para la revolución, -y sobre todo para el protestantismo,- toda la

cuestión, todo el interés de la causa italiana. Se hacen hartos engañosas ilusiones los que allí puedan creer que esas simpatías, esos votos, esos auxilios tan tardíamente llegados, son por su libertad, por su independencia, por su unidad, por su buena gobernación. Antes de su programa de ir a Roma, no los tuvieron. Que renuncien a esa pretensión, y no los tendrán. Una nacionalidad que resucitar, una libertad que proteger, una independencia que constituir, nada les importa a los que sólo se afanan y conspiran allí donde hay un Pontífice que derribar.

Los que divinizan los héroes Italianos, no tendrán una protesta de esperanza, ni una gestión de simpatía para los mártires polacos. En Polonia no es enemigo el Papa.

Los que no tienen bastantes homenajes y loores para el nuevo Rey de Italia, dejaron morir en la amarga orfandad de un destierro a su esforzado Padre, porque el desafortunado Carlos Alberto no podía ser enemigo del Papa. Los que hicieron perecer en un infame suplicio al mártir Caracciolo, prodigarán a Garibaldi auxilios de cooperación y dictados de gloria, porque la caída del Reino de Nápoles no es más que la circunvalación de Roma por las bandas que gritan «¡Abajo el Papa!»

Los que proclamarán como natural y hasta geográficamente necesario el unitarismo de la Península Italiana, enviarían sus escuadras, sus tesoros, su poder todo entero contra la unidad de la Península Ibérica, porque en España no está el Papa. Los que denuncian diariamente como un sacrílego atentado contra la civilización del siglo la administración de los Estados Romanos, no consentirán que se sospeche siquiera, y menos que se profundice, el ignominioso desgobierno de Constantinopla; porque el Gran Turco no es el Papa!...

Tengan, pues, los fuertes el valor de sus odios: no hay necesidad de desmoralizar al mundo con la hipocresía de las inconsecuencias... Tener a Roma, ocupar a Roma será para los italianos la esperanza de un medio ineficaz de homogeneidad imposible; tal vez para muchos una nueva alucinación sobre la grandeza de una República o de un Imperio irrealizables. Para la revolución y el protestantismo, hacer de Roma la capital de Italia, sólo significa el medio de que el catolicismo no tenga cabeza. Que los italianos lleven su trono al Quirinal, les sería indiferente; tal vez les parecería ridículo. La grande hazaña, el grande interés, la grande esperanza es que sean ellos mismos los que con sus propias manos derriben el Vaticano.

Pero no, no haya miedo: no lo harán, no lo podrán hacer... Se les vendrán encima al intentarlo, las catacumbas de cuatro siglos de mártires, y las bóvedas de dos mil años de templos!

No es esto una figura; es un raciocinio y un sistema. Roma no es de Italia; es de Europa, del mundo católico: no de la Europa y del mundo actual, sino de la Europa y del mundo que ha creído en Cristo, y ha de creer por la duración de los tiempos. Roma no es de los Romanos del Tíber, como no es París de los Franceses del Sena. Roma es la metrópoli de la gran república que se llama la Iglesia. También se funda en una inmensa y perenne soberanía nacional: sólo que esta democracia incomparable, cuyo reino es la vida eterna, y cuya ciudadanía es la inmortalidad, cuenta siempre como presentes los votos de los muertos, y las aspiraciones y derechos de los que han de vivir.

No hay en toda Europa foro bastante espacioso a contener los comicios de su tremendo plebiscito. Se necesitan aquellas graderías de cielos que vio en su nuevo maravilloso Apocalipsis, el gran poeta de los siglos Evangélicos. Allí estarán, no lo dudéis, el día del peligro de la ciudad Santa, las tribus y centurias DI QUELLA ROMA DOVE CRISTO E CIVE, y allí acudirán a vindicar su derecho ante esas microscópicas muchedumbres de un instante, todos los oradores y tribunos del cristianismo, con el formidable sufragio y la abrumadora mayoría de ochenta generaciones.

- XXVII -

Sin Venecia no hay unidad italiana. Roma pontificia defensora del mundo católico: solución

Sí; Roma es necesaria para Italia, como el Pontificado es necesario para el mundo. Pero aquella necesidad necesita explicación.

No es Roma necesaria a Italia como capital; antes le sería funesta. Esle necesaria como cetro y como corazón del mundo católico, para hacer afluir allí la vida y el poder y la inteligencia del mundo actual y del venidero, como lo fue en el antiguo y en el moderno, y lo será siempre, mientras aliente y dure el nombre y el espíritu cristiano; es decir, hasta la consumación de los siglos.

Por lo mismo que el cristianismo es la vida de la humanidad, -como que sin él, ni aun se concibe el hombre moral,- decíamos que el Pontificado, sin el cual tampoco se concibe ni explica el cristianismo, es necesario al mundo. Pero la voz infalible que ha asegurado existencia y vida a la Iglesia, no le ha fijado como condición de esta existencia, la perpetuidad en Roma.

La Iglesia no vivirá sin Pontificado es decir, sin cabeza visible en el mundo, sin el centro universal de la autoridad, sin el criterio de la fe, sin el depósito de la doctrina, a quien están cometidas la definición y decisión, y asegurada la infalibilidad. Pedro es la piedra, y sobre esta piedra está fundada la Iglesia; a Pedro están dadas la facultad de atar y desatar sobre la tierra, y las llaves del Reino de los Cielos.

¡Admirable armonía de lo eterno con lo transitorio, que en la sucesión de los Representantes de Cristo, en quienes Pedro vive siempre, vincula lo inmutable de la institución, que no es humana, y la perpetuidad y el cumplimiento de la doctrina! En ella está visible la mano de Dios, y patente el sello de su sabiduría; así como acontece en los misterios de nuestra augusta Religión, que tan lejos se hallan de ser humanos, que ni aun fuera dado a los hombres imaginarlos por sí solos. Contemplándolos, se arroba el alma, viendo la inefable unidad de su conjunto, y el apoyo y demostración y coronamiento que entre sí se dan; como que todos y cada uno de ellos son la revelación de la Increada esencia del Amor y del Poder y de la misma Sabiduría.

Fijo, pues, el mundo católico en lo que no le es dado dudar, en la perpetuidad de la Iglesia, descendiendo ahora a lo que es humano y contingente, a los medios de realización; ¿cuánto no importa a Europa, cuánto a Italia señaladamente, que ésta sea tal como la han trazado los siglos, adaptando a ella la historia, los progresos y hasta los errores

mismos de la Humanidad?

Viene en apoyo de esto la razón política, que ni puede dar a la Italia una cabeza que la haga zozobrar, ni una unidad fanática, que ponga en peligro la paz de la Europa; ni ha de dejar de tomar en cuenta el contrapeso que en ésta hace la autoridad de Roma y su Pontífice contra cualquiera de las Potencias heterodoxas que prepondere; y en especial con la que, aun de entre las católicas, se muestra más pujante e invasora, como arrastrada por su destino o por sus tradiciones.- Procedamos a explanar, aunque en breves rasgos, estas indicaciones.

En la esfera de la razón de Estado, ¿quién no ve cuánto más esencial es a Italia independiente la posesión de la Reina del Adriático que la de Roma? Sin Venecia no hay independencia verdadera y completa italiana. Y esto, por más que la veáis destronada, a consecuencia del camino que ha tornado el comercio del mundo, y de largas ingratitudes e inmerecidos infortunios; pues que, como a Jesús, la han vendido, al precio de la paz de Europa, en Campo-Formio, y en otros posteriores mercados, los que con ósculo la halagaban, ya se llamasen Napoleón I, ya Carlos Alberto.

Sí. Para ella no tornarán los hermosos días de poder y de dominación, en que a la par de nuestras naves, tronaban y vencían las suyas en Lepanto, y en que fue su poder marítimo valladar inquebrantable de Europa. Pero la patria de Manin, la amada de lord Byron, ventajosamente situada sobre el Adriático, y puerto natural de mucha y de la mejor parte de Italia, con ricas ciudades y fértiles provincias, es uno de los más ricos florones de la espléndida corona con que la ambición halaga a esa familia de Saboya, hoy más impetuosa que astuta, aunque este último distintivo comparta con el otro sus tradiciones, completando en cierta manera su blasón heráldico.

Pero hemos hablado de esta corona de Italia. Para que sea una, quieren a Roma. ¡Como si Roma no pesara mucho, como cabeza, para esos pies, todavía monstruos, más numerosos que robustos, quienes tanto falta para estar unidos, y que tememos que nunca puedan alcanzar tal aplomo, que puedan aclamar como divisa el VIS BENE CONJUNCTIS.

Tener por cabeza a Roma impondría además obligaciones a una potencia poderosa; a las cuales ni sabemos cómo faltar pudiera, ni cómo las consentirían ni sobrellevarían sus vecinos. Francia, o por mejor decir, el Emperador que hoy la rige y personifica, sorprendido y burlado por Cavour, que hizo abortar los planes de Villafranca, ve ya con celos esta ambición hidrópica de unidad, celos que aumentó la agregación de Nápoles y Sicilia, y que acaso tornara en incendio la unión incondicionada de Venecia y del Cuadrilátero. A ella dirige sus etapas el nuevo reino, que aunque perdiendo a Cavour ha perdido más de cien batallas, puede llegar a aquel término por otro camino que por la conquista, fuera de que sin conquista se fue a Nápoles, y salteó las Marcas.

¿Cuál es, pues, el interés de Italia y el interés del mundo, y sobre todo de Europa, en el arreglo de esta cuestión? No podemos menos de creer, ni vacilamos en afirmar que este interés es el de una CONCORDIA.

Iniciada tal vez por la previsión política del Austria, o por la de Francia; comprendiendo ésta cuánto arriesga en faltar a sus tradiciones, creándose a sus puertas un nuevo y compacto y poderoso Estado, con grave peligro, andando el tiempo, -y quizá antes de mucho,- de que pueda pasar

de amigo mimado, exigente, insaciable, a enemigo ensobrecido y temible, esta concordia pudiera, y aun debiera, consistir en una federación. Suceda lo que suceda, nosotros creemos que Austria poco puede esperar ya en Italia, a donde está, por la santidad de los tratados, por el llamamiento de sus contrarios, o por el abandono, a lo menos; pero contra toda espontaneidad y filiación. En el seno de la Confederación Germánica, la amenaza con creciente empuje su rival natural la Prusia. Buscar debe, pues, en una cesión oportuna, en una compensación hábil y valiosa, los medios de precaverse, asegurarse o defenderse, en donde para ella está la vida, en Alemania. Allí no es sólo para ella cuestión de dominación, sino de existencia material y política.

Dos razas, dos pueblos hay en Italia; dos coronas debiera haber, y aparte de las dos coronas, la Tiara; la santa autonomía del Pontificado, con su territorio independiente, rodeado y defendido por ambos reinos. Una Confederación, pues. Formar los tres una trinidad latina, con su Primado italiano.

La idea no es nueva, ni nuestra. Apuntó en los albores del glorioso y festejado advenimiento de Pío IX; quísose en Villafranca; pero las tempestades que soltó el Eolo francés, no volvieron a recogerse a sus antros cuando a ello las requirió el mandato imperial. Sueltas andan por el mundo, turbando tierras y mares; y no habrá paz ni sosiego hasta que sea dado encadenarlas de nuevo. ¿Qué gloria y alabanza merecerá en su día, ante su Patria y ante la Historia, quien osó abrirles las puertas, y no quiere o no puede cerrárselas con mano fuerte, haciendo por la paz del mundo, y sobre todo, por la seguridad de Francia, cuanto debe, ya que antes hizo lo que, bien o mal, le pareció que de él reclamaban su nombre y el sello providencial de su dinastía?

Pero decíamos que la federación italiana, que satisfaciendo los derechos y los intereses de Italia, daría garantías a Europa, asegurando a Francia, era necesaria también bajo otro punto de vista. Ella, en efecto, tendría por base la continuación del centro de la unidad católica en Roma, cabeza del mundo católico, y aun por ello, del mundo civilizado.

Sería, en efecto, el centro de la unidad, que debe tomar la Europa celto-latina católica. Esta unidad poderosa, es antemural robusto contra dos embestidas: la de las razas eslavas que amenazan desbordarse bajo la enseña del autócrata cismático; o bien, contra la liga protestante, cuya cabeza está en Londres, y cuyo brazo pueda ser acaso la casa de Hohenzollern al frente de la Prusia, si prepondera un día en Alemania.

Esto, respecto a los peligros del enemigo. Hailo también, por decirlo así, dentro de casa, aun entre los pueblos católicos, y señaladamente en el que lleva el nombre de cristianísimo; que ya está visto en todos tiempos, que la política y los intereses se sobreponen alguna vez, y aun de continuo, en el ánimo del poderoso, y más cuando por su instinto y tradiciones, se halla en la pendiente de ser invasor.

Aludimos a Francia. A vista de todos, y en la conciencia del mundo están sus medros, su robustez, su poderío, su ciencia, su riqueza, su fuerza militar, su grande espíritu de iniciativa, su carácter acometedor y aventurero, que sólo templa el cálculo del interés en que es tan hábil, y en cuyo cálculo, por fortuna de Europa, entran allí todos, el gobierno, la Nación y los individuos.

Pero ¿ha bastado esto antes? ¿Bastará siempre? No, a la verdad; si no se le busca otro influjo prepotente; el freno de la autoridad religiosa, puesta enfrente, de ese gobierno, y a nombre de la cual se levanta y obra el sentimiento religioso arraigado en sus entrañas.

¿Queréis medir la fuerza de este sentimiento? Pues contadlo en el escrutinio de los votos que formaron el Imperio, y en las fuerzas y en el espíritu público que ahogaron la reciente segunda época republicana. Preguntad además ¿quién ha hecho retroceder en sus planes a ese mismo Emperador? ¿Quién le ha hecho, en parte, borrar su obra al mismo tiempo que la escribía, y a hacer de ella una segunda edición corregida y no aumentada?

Es el espíritu católico, que se sienta a su lado en el trono, encarnado en su augusta compañera, altiva española de la sangre de Guzmán; el que resuena en la cátedra evangélica en la voz de los Lacordaire, de Ravnian, Félix, y tantos otros preclaros oradores; el que mueve la pluma de sus grandes escritores católicos contemporáneos, como de Bonald, Dupanloup, Nicolás, Ozanam, Montalambert y otros ciento; y finalmente, el que va delante de sus mismos ejércitos, y sobre todo en pos de la Cruz de sus insignes Prelados, y en las falanges de un clero sabio y virtuoso.

¿Qué intervención, qué contrapeso opondrías para la paz del mundo, si esto quitarais de aquel suelo, volcánico y movedizo de suyo, y que además siente hoy rugir en su seno el rumor mal comprimido de los volcanes de 1848, apenas apagados y amenazando siempre con repetir sus erupciones? ¿No sabe el mundo ya por experiencia que nada es más temible para su sosiego, que los ensueños de gloria, que en la Nación vecina suelen confundirse con el delirio, y rayar en el frenesí?

Lo dicho basta para justificar nuestras indicaciones. Asunto es éste tan importante, que si el tiempo, y sobre todo la salud, vagar nos dieren, nos proponemos hacerlo tema de otro estudio especial, que nos ha parecido anunciar aquí.

- XXVIII -

Aspiraciones.- Posibilidades. Lo permanente.- Lo necesario.- Lo accidental.- Lo transitorio.- Lo italiano. Lo revolucionario.- Lo católico religioso.- Lo católico político.- Roma en estas condiciones

Si de las consideraciones que preceden, hemos venido tan rápidamente a denunciar como imposible la destrucción del Pontificado romano, es porque con trazar nada más los leves lineamientos de su historia y de su influencia, no solo le hallamos santo y legítimo, sino que, -y esto es de mayor importancia todavía para la cuestión que se ventila,- hemos de reconocerle como un hecho necesario.

Necesario para la Religión; necesario para la política; necesario para la existencia civil; necesario para la organización social; necesario para la paz de Europa; necesario para la independencia de Italia; necesario, en fin, para la libertad, para el progreso, para la tranquilidad, para el concierto y para la paz del mundo. Así le ha fundado Dios, y así le ha hecho la Historia. Así le han consagrado los siglos, así le ha recibido en legado y depósito la Europa, y así le tiene que

conservar y transmitir a la cristiandad toda entera.

El Pontificado es necesario como institución social europea, porque ha entrado por la acción de diecinueve siglos en el organismo interior, en la vida íntima, en el estado personal, en el derecho doméstico, en la manera de ser de la gran asociación cristiana.

Es necesario el Pontificado, porque ha penetrado como esencial elemento en el derecho público, en las instituciones políticas, en las leyes civiles, en las relaciones internacionales de todos los pueblos católicos.

El Pontificado es necesario, no tan sólo para regir la Iglesia, para definir el dogma, propagar la doctrina y conservar la tradición apostólica; sino para esa misma división esencial entre el poder espiritual y temporal, en cuyo nombre se le ataca, y que sin embargo no existe -nótese esto bien- sino en los Estados católicos, ni puede existir sin la institución del Pontificado.

Es necesario el Pontificado de Roma, para que los Soberanos de las demás naciones no sean al mismo tiempo Pontífices; para que los depositarios del poder civil no se arroguen el señorío de las conciencias.

Es necesario el Pontífice, como poder moderador en la política cristiana; para que los Reyes no se divinicen; para que no aspiren al rango de deidades, como hicieron siempre en el paganismo; para que haya en la tierra una potestad visible, a la cual tengan que reverenciar; para que haya un Sacerdote, a cuyas plantas tengan que rendir público homenaje de la igualdad de todos los hombres ante la ley de Dios. Y es necesario que este Sacerdote sea Rey, hasta para que lo hagan sin mengua; para que, súbdito ajeno, no sea su acatamiento un vasallaje, y súbdito propio, una farsa hipócrita.

Es necesario el Pontificado, tal como está en Roma, bastante grande para ser independiente; bastante majestuoso, para representar dignamente el culto de la más notable porción del género humano, bastante débil y limitado, para estar libre, hasta de la sospecha de ejercer dominación temporal sobre los otros Príncipes y Estados.

Es necesario, en fin, por su organización perfectísima, que satisfice y sobrepaja todas las necesidades, todas las teorías y todas las aspiraciones políticas. Sucesión electiva, por una votación la más libre, la más escrupulosa y más afianzada que reconoce la Historia. Hereditaria, por la creación de cardenales, que constituyen una familia de Príncipes elegibles, habida de la manera única que los Pontífices pueden procrearla.

Monarquía, en la indisputada supremacía de la potestad, y en la dirección unitaria de los negocios.- Gobierno representativo, por la inmutabilidad del derecho, por la autoridad e intervención de los Concilios, por la forma de las deliberaciones y la distribución de las jerarquías.- Democracia, por la capacidad reconocida a las condiciones más humildes, de ascender a las más excelsas eminencias.- Institución política, como Imperio.- Teocrática, como sacerdocio. Constitución maravillosa, de la cual si hubieran hablado a Platón y a Aristóteles, como existente en alguna región de la tierra, -«llevadnos allá, hubieran exclamado atónitos aquellos sapientísimos filósofos; -llevadnos allá, para que nos prosternemos en adoración ante esa autoridad portentosa y divina: porque esa institución que nos decís, es una revelación del cielo mismo;

como que todo el poder de la inteligencia y de la sabiduría humana no hubiera sido capaz de inventarla ni de establecerla...»

Verdad es también que si Aristóteles y Platón hubieran vivido en la Roma de los Pontífices, el uno se hubiera llamado Santo Tomás, y el otro San Buenaventura. Bien que entonces, en la imparcialidad de nuestros pretendidos liberales, la filosofía y la política de aquellos grandes genios no habrían sido contadas en la historia del espíritu humano, hasta que hubieran venido a disipar de repente las tinieblas de la ignorancia, y a enseñar a pensar a los hombres Descartes o Bacon, Hugo Grocio, o J. J. Rousseau!...

¿Y es esa institución, y las condiciones materiales y necesarias de su existencia, lo que quieren destruir los Italianos? ¿Se creen con el derecho de anular, por su propia voluntad y peculiar conveniencia, lo que es de altísimo interés moral en la organización de la Europa entera? ¿Se creen autorizados para hacer su constitución particular de hoy, incompatible y contradictoria con la secular constitución religiosa de doscientos millones de almas, a la que ellos mismos tan principalmente han cooperado? ¿Se creen bastante poderosos y autorizados para establecer el protestantismo universal, y para hacer prevalecer en un nuevo derecho público europeo, que así como la Europa no puede reconocer un solo Emperador, el catolicismo haya de dividirse en iglesias, no subordinadas a un Sumo Sacerdote?

¿Quién les ha permitido creer que esa enorme pretensión es de la competencia de las Cámaras italianas, ni de los habitantes de Roma? ¿Quién ha podido pensar que una ciudad, que por espacio de tantos siglos ha sido cabeza del mundo de la ley, y por tantos otros, Metrópoli del mundo religioso, está en las condiciones ordinarias de un reino que se legisla y constituye? Aun los que crean que esta cuestión es del dominio de los hombres, ¿no tendrán que reconocer la legitimidad del derecho, la universal competencia en ella de los fieles cristianos?

- XXIX -

Querer y no querer.- ¿Por qué no derriban los ingleses su catedral de San Pablo? Las lágrimas de melancolía y la gran carcajada de Carlo Magno

Pero si esos italianos continúan en confesarse católicos, si no quieren atacar la existencia del Pontificado, si proclaman ellos los primeros la necesidad de que debe subsistir, ¿cuál es, entonces, en condiciones prácticas y aceptables de buena fe y de común sentido, la misteriosa o enigmática fórmula de ese inexplicable y contradictorio catolicismo?...

Y con solo admitir que el Pontificado debe permanecer, ¿podrán querer despojar a esa Patria que tanto ensalzan, de la gloria y preeminencia de hospedar en su seno una tan grande institución? ¿Quieren subordinar esa primacía espiritual, suprema y única, a la conveniencia administrativa de dos millones de habitantes? La suerte de esa ciudad incomparable, que mereció un día tener altares como una divinidad(17), y que desde los tiempos de Alarico, fue ella misma santificada como un templo, y adorada como un santuario por todos los pueblos de la tierra, ¿vendrá a ser en

nuestros días exclusivo objeto de las ordenanzas municipales de una población de doscientos mil habitantes?...

Permítasenos sobre este punto una interesante observación personal y práctica. Este mismo verano nos hallábamos en Londres un día que, habiendo tenido que ir a la City, nos encontramos a las inmediaciones de San Pablo, envueltos en aquella confusión babilónica, arriesgada, sofocante, de que no pueden tener idea los que no hayan visto a las tres de la tarde el espectáculo de aquellos barrios, donde la circulación de aglomeradas muchedumbres, trenes, carruajes y carros produce casi una pesadilla, y origina a cada diez minutos una verdadera congestión y parada en el movimiento.

Aquel espectáculo nos sugirió una consideración. La municipalidad y el comercio han hecho todo lo humanamente posible para dar ensanche y desahogo a aquel centro de la actividad y concurrencia industrial del mundo. Vimos más. Se está haciendo un ferrocarril subterráneo que, partiendo de, Regent's-Park, atravesará en más de dos leguas la inmensa ciudad, para que sirviendo al transporte de efectos y mercancías, deje expedita la vía pública para las personas. Todo lo más gigantesco y portentoso se les ha ocurrido a los Ingleses, menos el sencillísimo expediente de derribar la catedral de San Pablo, transportarla a un barrio excéntrico y desahogado, y dejar donde hoy está, una anchurosa plaza. Y sin embargo, tal pensamiento no ha pasado por ningún espíritu inglés. Aquellos hombres tan positivos y prácticos, pero en su casa tan religiosos y conservadores, se hubieran escandalizado de tal proyecto...

¡Y lo que creerían abominable, impío, por conveniente que fuera a los intereses materiales de su gran metrópoli, respecto a un templo, lo creen aceptable, necesario, cuando se trata de derribar el templo vivo del mundo católico, por los intereses aparentes, transitorios, mal comprendidos de una población de Italia, que no llega a la duodécima parte de la de Londres!...

¿Querrán privarse los católicos Italianos de poseer el santuario universal y viviente del cristianismo apostólico, cuando los Españoles de Santiago y de la Virgen del Pilar, los Irlandeses de San Patricio, los Napolitanos de San Genaro, los Piamonteses de San Máximo, los Rusos de San Andrés y San Nicolás, y los Parisienses de Santa Genoveva defenderían aún con más encarnizamiento que el trono de sus Reyes, el depósito de las reliquias de sus santos Patronos?

¿Es posible que los hombres de aquella región, tan privilegiadamente iluminada por el espíritu de la sabiduría, tan electrizada por el sentimiento de la belleza; aquellas inteligencias para quienes la adivinación de la verdad y la inspiración del arte son cualidades ingénitas como el fuego de la mirada, y la armonía de la voz; es posible que aquellos corazones tan noblemente levantados al entusiasmo de la gloria, como a la comprensión de toda ideal grandeza, se hayan hecho de repente sórdidamente positivos y materialistas?... ¿Habrán llegado a creer que vale más el palacio de cristal, que la basílica de San Pedro, o que pueden trocar las catacumbas por millas de carbón de piedra?... ¿No habrá en sus ojos, ciegos por la luz de tantos resplandores, siquiera aquellas lágrimas que lloraba Melancton, el apóstol y ministro de Lutero, por la suerte de las venerandas abadías, de las portentosas catedrales, que por

su propia obra, iban a venir al suelo, bajo la intolerancia destructora de sus mismos fanáticos sectarios?...

Aquellos eminentes políticos, tan versados en la historia; aquellos esclarecidos hombres de Estado, tan dados a la ciencia y a la filosofía, ¿habrán podido asentir con un convencimiento serio y digno a la combinación de que coexistan en una misma ciudad la Sede pontificia y el trono de un Rey constitucional? ¿Si habrán creído que se puede hacer un Sumo Pontífice, del capellán de un monarca Piamontés?...

La augusta sombra de Carlo Magno se levantaría por encima de los Alpes, no ciertamente para dirigirles una imprecación fulminante, sino despidiendo de sus pulmones, de hierro una carcajada homérica, que haría estremecer ambas riberas del Po, desde las alturas de Superga hasta las torres de San Marcos!!

- XXX -

Guardad en Roma al Papa, italianos!...

Carlo Magno podría reírse comparando la grandeza de sus miras con la exigüidad de vuestros medios y el ilimitado alcance de vuestros horizontes. Nosotros, empero, nos afligimos y angustiamos en la comparación de nuestros temores con nuestras risueñas, desvanecidas esperanzas.

¡Carlo Magno podría reírse!... ¡Carlo Magno es lo pasado!...

Nosotros nos hallamos cara a cara con lo presente. Hijos respetuosos de la Historia -y hartos lo han visto nuestros lectores,- honramos la memoria, y consultamos la sabiduría de nuestros mayores. Pero si vamos con frecuencia a los cementerios para meditar, hartos sabemos que no son moradas para vivir; hasta que pronto nos venga el turno de dormir en ellos el sueño del olvido!...

En la vida estamos, de la civilización procedemos; hacia lo porvenir y a la eternidad caminamos. Y en medio de las angustias y tribulaciones que combaten nuestro ánimo en la época tempestuosa en que nos ha tocado vivir, y que, después de todo, no nos atreveríamos a trocar por ninguna de las pasadas, conservamos siempre aquella disposición de espíritu con que representa Dante a Catón en los umbrales del Purgatorio, donde todavía, a la vista de aquel espectáculo de expiaciones,

Libertá va cercando ch' è si cara.

La libertad buscamos, la libertad queremos, y por la libertad -en el último puesto del más oscuro soldado- más de una vez combatimos. La libertad y la independencia de Italia habíamos saludado con adhesión de ferviente entusiasmo: la libertad y la independencia de Italia, que eran a nuestros ojos condición y complemento de la libertad de Europa, y del progreso y de la civilización del mundo.

La pretensión de poseer a Roma, y de desalojar al Sumo Pontífice, ha venido a angustiar nuestro espíritu con el pavoroso recelo de que se aplace por largos años, o se malogre indefinidamente la esperanza de ese magnífico resultado.

Habremos de repetirlo. Nosotros consideramos como el mayor obstáculo

y peligro para la libertad de las naciones, el lógico aunque sacrílego divorcio entre el principio religioso y el principio liberal. Legado funesto de un siglo de crítica y de guerra, creímos y esperamos que la misión encomendada al siglo presente, era su concordia y armonía. Causa radical y profunda de todas las perturbaciones políticas y morales de nuestros días, creíamos que el orden de las instituciones y la paz de las conciencias, tan necesaria como la de los intereses y de las armas para la constitución y consolidación de una Europa nueva, sólo llegaría a obtenerse aquel venturoso día en que las almas religiosas pudieran creer tranquilamente en la libertad, y en que los corazones entusiastas por la libertad, vieran su complemento en la Religión.

La hostilidad y la agresión contra el Pontificado, y mucho más su extrañamiento de Europa, o su confinamiento en territorio de ésta, pero ajeno, si por desgracia se realizan, pudieran hacer eterno este desventurado antagonismo: en la desastrosa lucha en que la revolución francesa fue la agresora, tememos que la regeneración italiana sea la contumaz reincidente.

No, una y mil veces. No temblamos ante la idea de la destrucción del Pontificado católico. Dios podrá permitir otra vez que varíe su asiento en la tierra, sin que le abandone la supremacía que le viene del cielo. Ni siquiera pensamos en la desaparición perpetua del Pontificado de Roma. Tan absurda nos parece, que la tenemos por imposible.

Pero nos aterra el pensar que la necesidad de defenderle o de restaurarle, si por ventura llega a ser atacado y violentado, pueda ser en breve ocasión o causa de una guerra religiosa, que combinada con extraños elementos políticos, haría retrogradar siglos enteros los progresos de la civilización. El asesinato de un Ministro del Sumo Pontífice, -cuyo impío suceso recordábamos ha poco,- fue en 1848 la señal de la reacción para todos los gobiernos. El asesinato del Pontificado sería causa de una reacción de todos los espíritus y de todos los pueblos.

Nosotros habíamos esperado en la resurrección gloriosa de una Italia independiente, libre, purificada en la desgracia, escarmentada de la revolución, sin reminiscencias de demagógica anarquía, sin ilusiones de fantástico Imperio, tomando título y rango en una confederación pacífica de naciones hermanas y libres, a que aspira y marcha la civilización europea; y que, sea dicho de paso, no conseguirá, si el liberalismo moderno, como la antigua monarquía, como el antiguo feudalismo, como el antiguo republicanismo, no busca su ley dentro del derecho cristiano. La pretensión de poseer a Roma nos hace temer que la cuestión que se ventila, deje de ser en breve la cuestión de su independencia y de su nacionalidad.

Tememos para la paz del mundo la amenaza alternativa y tiránica de un Imperio feudal, sin lealtad ni caballería, de un cesarismo democrático sin libertad y sin religión, o la hegemonía materialista, opresora y disolvente de una metrópoli cercada de mares y erizada de cañones, que no reconoce en el globo más que colonias y factorías. Tememos para la Europa ver renovada la antigua y eterna cuestión que viene ventilándose, desde los hijos de Ludovico Pío hasta los tiempos de Napoleón I: si ha de ser Emperador de Occidente el Soberano del Sena, o el del Danubio; si ha de ser el Rey de los Francos o el Jefe de los pueblos germánicos el autócrata del Mediodía; si ha de llamarse Habsburg o Bonaparte el César que se

corone en Roma...

Guardad en Roma al Pontífice, italianos que queréis ser libres! Custodiadle vosotros mismos. Que no dependa de ningún Rey; que los unja a todos. No os creáis rebajados en ser bastante fuertes para hacer corte de honor y guarda de respeto al que ejerza tan alto y divino magisterio, No será la vez primera que os salve de ser Francos o Germanos, Bizantinos o Normandos. Que os salve otra vez, enfrente de los representantes de todas esas dominaciones, subsistentes todavía, a vosotros, de dejar de ser italianos, y a la Europa consternada, de optar entre un Imperialismo teutónico, una autocracia revolucionaria o un patriciado insular, para el cual seáis el gran Portugal de la otra Península. Más glorioso os será conservar en los Estados romanos un San Marino Pontifical, que el que paguéis con una Venecia austriaca la compensación harto leonina de tener en el Tíber otra Venecia sajona con un amo, no menos tirano y extranjero que el germánico. Más glorioso os será tener un Pontífice que pueda ser güelfo, que sólo un Rey que, de uno u otro Imperio no deje de ser gibelino; y cualquiera que sea la capital que lejos o cerca de Roma elijáis, siempre será la que esté más al alcance de sus bendiciones.

Ahí tenéis a Turín, a Milán, a Pavía, a Florencia, a Verona o Ravena designada por Napoleón y por Teodosio. No importa que no sean grandes. Los Españoles, el día de nuestra unión, no tomamos para capital ninguna de nuestras ciudades: improvisamos una en un páramo, encrucijada en los caminos de todas, y la vemos crecer espléndida y populosa, harto a despecho de la naturaleza, pero al impulso de la nacionalidad. Así, y más pronto, crecerá la vuestra, con la villa que le Infunda el espíritu de vuestro renacimiento. Roma no puede servir.- Roma es más grande que la Italia, como suele ser más grande que la montaña, la sombra que se extiende sobre la llanura.

Esa sombra os engañará siempre, como os engaña ahora mismo sobre las verdaderas proporciones del Estado que queréis fundar; sobre el destino comparativamente limitado, por glorioso que sea que os toca cumplir. O habéis de volver a ser lo que ella ha sido, o tiene ella que ceñir sus términos a lo que podéis ser. Y cuando no la podéis coronar con un Imperio, hay una especie de ingratitud o de presunción en querer reemplazar con vuestra nueva corona las tres que los siglos la han dado.

Ella sola sostiene mejor el peso y el blasón de su nombre y de su gloria. Ella sola representará siempre la memoria del mundo antiguo, la unidad social y política de aquel Imperio que abarcó el universo; la unidad religiosa de una creencia que abarca la eternidad...

¿Qué le traéis ahora con la representación de vuestra unidad, de vuestra moderna y peculiar Historia? ¡Nunca le daréis los seis millones de almas del tiempo de Trajano! ¡Por mucho que construyáis, no podréis borrar nunca las ruinas; y siempre tendréis en derredor de vosotros, más sepulcros que edificios!... No está hecha para las necesidades de vuestro siglo, para la existencia material de la civilización contemporánea. Siempre será como uno de aquellos mausoleos, que convirtió en fortalezas; como un panteón que se hizo basílica. ¡Eso... y nada más! -La prosa de los hombres no podrá alterar el misterioso simbolismo de la Divina epopeya. Eso, que vuestras aspiraciones apellidan grandeza, el mundo os lo contará como una profanación. Esa Roma hoy tan grande, quedará siempre en vuestras

manos materialmente exigua!...

Allí no hay más que una tumba convertida en altar. Allí murió el Imperio; allí nació el Pontificado; allí creció como una celestial siempreviva al pie de la cruz que levantó Nerón para San Pedro, al lado de aquel coloseo de Vespasiano que construyeron con sus lágrimas los cautivos de la Israel deicida, que regaron con su sangre los mártires de la Israel triunfante... ¡De allí se levantó sobre la tierra: de allí cubrió con sus ramas el mundo todo!

Del mundo es el Vaticano, como fue del mundo el Capitolio. Los dos son propiedades de la Humanidad; mayorazgo no enajenable de las generaciones pesadas; fideicomiso indivisible de lo presente para lo porvenir. Este le impuso al mundo la madre de nuestras naciones, constituida en Imperio: el otro le fundaron los hijos primogénitos de Cristo congregados en Iglesia.

No hay allí un monumento que no sea, prenda o despojo de una Nación: no hay una sola piedra de aquellos altares que no represente una ofrenda, una lágrima, una oración, un suspiro de penitencia, o una gota de sangre de los fieles de las cuatro partes del mundo. Del mundo y de la Europa fue aquel recinto sagrado por más de veinte siglos; y ahora ni la Europa ni el mundo tienen otro lugar que el Dios les ha dado para colocar la cabeza de su Iglesia; como no tiene el hombre otro lugar que su cráneo para aposentar su cerebro.

- XXXI -

El Papa en Jerusalén. Querer engendrar la vida en los brazos de la muerte

Uno de esos folletos que ha llevado a las orillas del Sena el soplo del fanatismo anti-católico, que viene de la tumba de Calvino, pasando por Ferney, se atrevió a indicar la posibilidad de trasladar la Santa Sede a Jerusalén!...

Desde luego nos pareció que el autor de este pensamiento había querido lanzar a la frente de su país y de la Italia el más sangriento de los sarcasmos, la más horrible y la más injusta de las invectivas. Era como decir que después de todo, el Jefe de la Iglesia católica estaría mejor hospedado en un aduar de Turcos que en una nación de incrédulos... Para cosas tan santas es irreverente el tono de la ironía, y el dejo de la burla sabe a la sacrílega amargura de la esponja del Calvario.- A nuestra vez pudiéramos preguntar nosotros si el trono de las Tullerías no estaría, por identidad de analogías, mejor colocado en Santa Elena...

Jerusalén!... Jerusalén no es la ciudad de los hombres, como Roma no es la ciudad de los Reyes!... Jerusalén es para los cristianos la tumba sacrosanta del Redentor del mundo: ante la inescrutable justicia del cielo, es la ciudad maldecida. Dios ha aceptado, en gracia de voto expiatorio, que vayan los pecadores en peregrinación penitente a llorar sobre aquellos lugares santos; pero no ha permitido nunca que los vuelvan a poseer y los conserven en soberanía los pueblos creyentes. Cuando a los ciudadanos de Pisa se les ocurrió cargar sus galeras con la tierra del Calvario, fue para rellenar un cementerio... De aquellos muros profetizó el Señor que no quedaría piedra sobre piedra; y las torres de David nunca

más fueron levantadas. Pasó el carro de Tito por encima del palacio de Herodes; y los tronos de Godofredo, de Balduino y de Lusitán vinieron al suelo entre los escombros del pretorio de Pilatos. La poesía pudo cantar las proezas de los cruzados; pero la Divina Justicia no quiso permitir que los hijos de Caifás dejaran de ser esclavos de bárbaros.

En Jerusalén muere el Hijo del hombre; pero el discípulo de Cristo no se asienta donde había hablado Dios... Ningún Papa ha osado llevar el nombre de Pedro... San Pedro no se atrevió a morir donde había padecido Jesús!... Ningún Pontífice pudiera predicar en la montaña que oyó las Bienaventuranzas. Aquella es la tierra de los prodigios: no es la tierra de las instituciones.

El Príncipe de los Apóstoles recibe en Jerusalén la visita del Espíritu Santo; pero su Cátedra y su Cruz las viene a buscar a Roma. San Pablo tiene la visión de Dios en el camino de Damasco; pero su misión es llamar a los gentiles y evangelizar a los romanos. Le esperan en Atenas los filósofos del Areópago, y en la ciudad de Calígula y Nerón todos aquellos de la casa de Aristóbulo, y de la casa de Narciso(18) y hasta los comensales del César.

De Jerusalén sube Jesucristo al cielo; de Roma es de donde desciende su doctrina al mundo. ¿Queréis construir un palacio en el Tabor? ¿Queréis edificar una gran Basílica en el Calvario? ¿Queréis que cuando vayan a consagrarse los Emperadores suban por la calle de la Amargura?...

Es verdad!... nos habíamos olvidado de que queréis poner un trono constitucional en el Capitolio, y una Cámara de Diputados en el foro de Trajano! Nos habíamos olvidado de que sois vosotros los que hablando siempre de juventud, de regeneración y de porvenir, estáis dando al mundo el siniestro espectáculo de querer engendrar obras de vida, abrazados sacrílegamente con los despojos de la muerte!...

Al veros emplear toda la calentura de vuestra agitación en apoderaros de sarcófagos y ruinas, creemos que no tenéis un soplo de vida en vuestro aliento, ni un germen de fecundidad en vuestra sangre!... Figúrasenos asistir a una de aquellas procesiones de sombras que describe vuestro Dante en las regiones de los suplicios expiatorios... Y a la manera de aquellas tristes voces, que dejan caer los ángeles al cruzar sobre los grupos atormentados, así nos parece ver alejarse, huyendo delante de vosotros, al genio de la libertad y al espíritu de la Religión, diciéndose el uno al otro aquellas palabras de Job, de tan amargo desconsuelo:

EXPECTANT MORTEM... QUASI EFFODIENTES THESAURUM:
GAUDENTQUE VEHEMENTER CUM
INVENERINT SEPULCHRUM.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

